

Jean M. Rivière

A la sombra de los Monasterios Tibetanos



H
KIER

Título original francés:
A l'ombre des Monastères Tibétains
© 1981 Archè, Milano

Ediciones en español:
Editorial Kier, S.A. — Buenos Aires
año: 1986

Diagramación de la tapa:
Jorge Ortigoza

Composición: CALAMUS
Corrientes 2434, Piso 10º Of. "38" - Capital

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

I.S.B.N.: 950-17-0139-5

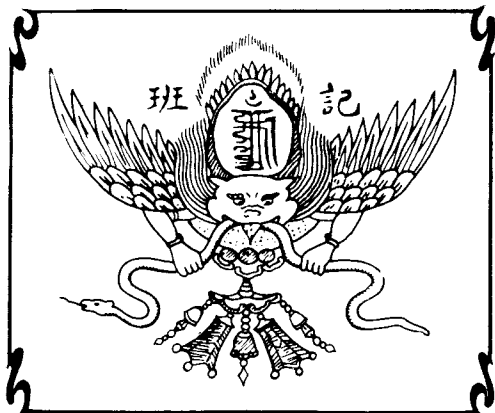
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© 1986 by Editorial Kier, S. A. — Buenos Aires
Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

JEAN M. RIVIERE

A la sombra de los Monasterios Tibetanos

Prefacio de **Maurice Magre**
Traducción castellana de **Héctor V. Morel**
Edición revisada y definitiva,
con un epílogo del autor

Primera edición



EDITORIAL KIER, S.A.
Av. Santa Fe 1260
1059 Buenos Aires

Título original francés:

A l'ombre des Monastères Tibétains

© 1981 Archè, Milano

Ediciones en español:

Editorial Kier, S.A. — Buenos Aires

año: 1986

Diagramación de la tapa:

Jorge Ortigoza

Composición: CALAMUS

Corrientes 2434, Piso 10º Of. "38" - Capital

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

I.S.B.N.: 950-17-0139-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 1986 by Editorial Kier, S. A. — Buenos Aires

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

सर्वमङ्गलै

SARVAMAÑGALAN

(Que todo sea bendecido)
en escritura **Lants's** tibetana

Todos los méritos que gané con meditación
y devoción ardiente
Te los dedico, oh **Gurú** mío;
Que esta dedicación sea agradable
Y finalmente pueda yo alcanzar la Beatitud...

MILAREPA, **El Jetsun-Kahbum.**

PREFACIO

Al leer los relatos de viajeros, adviértese que éstos encontraron a veces, en los países por los que atravesaban, a un habitante que no se parecía a ningún otro y cuyo carácter y gustos lo asemejaban a los europeos. Trátase de un moro del Africa que querría poseer un lecho en medio de una estera, de un turco que aspira a tener solamente una esposa, o de un natural de las islas Fidji que adopta con alegría el cristianismo desde las primeras palabras de un misionero.

Si, a semejanza de aquellos viajeros, un *lama* del Tibet hubiera venido, hace algunos años, a enseñar su religión a los bárbaros de Occidente, se asombraría de encontrar, en el niño que entonces era Jean Marquès-Rivière, una pasmosa facilidad para asimilar de inmediato las jerarquías de las divinidades tibetanas o penetrar el misterio de la encarnación de los *Boddhisatvas*, pues por doquier hay tipos humanos que son extraños entre su raza. Tal es Jean Marquès-Rivière. Nació tibetano a pesar de las leyes de la herencia y de una sucesión de parientes franceses. Ningún *lama* acudió a instruirle en su infancia. Fue él solo quien reencontró a los habitantes, las creencias y la sabiduría de la patria en la que su alma verdadera nació.

Hace algunos años que se descubrió a la India y a la China. Nuevos Marco Polos desembarcan sin cesar en Marsella y en Londres, sin olvidar la capa forrada con piedras

preciosas. Los sueños de los ideólogos remontaron el Yang-Tse-Kiang y se establecieron en las fuentes del Ganges. Se ha estudiado la filosofía del Gran Vehículo y del Pequeño Vehículo, y la de Shankaracharya, pero por numerosos que sean los informes misioneros, por nutridas que sean las obras publicadas, sólo débilmente se filtra, a través de ellos la pura luz del Oriente. El estudio penetra la letra pero no el espíritu. Se acuerda más importancia a la lengua que al pensamiento. Cada cual se complace en interpretar, de modo diferente, una filosofía que, por la multiplicidad de sus matices, se presta a variadas interpretaciones, y cada cual encauza esa filosofía hacia el molde estrecho del pensamiento occidental, pues nadie se inclina sobre ella con amor, ni se identifica con ella. El Oriente que se muestra a nuestros ojos es un Oriente repintado exteriormente con colores occidentales, disfrazado interiormente con un pensamiento cristiano. Es un Oriente al que se odia en secreto. No se osaría destruir abiertamente los monumentos. No se osaría, como lo hicieron los ingleses en 1860, incendiar, en el Palacio de Verano de Pekín, la biblioteca mayor y más antigua del universo, pero se traiciona el pensamiento, se rebaja voluntariamente el ideal.

El libro de Jean Marquès-Rivière, este estudioso visionario de los monasterios del Tibet, de sus ascetas y sus dioses, es un libro escrito con amor. A causa de este amor, el autor alcanzó la verdad profunda del tema que trata. Gracias a la magia de la evocación, entramos por primera vez en los asilos inviolados del budismo, descubrimos el pensamiento secreto. En Francia, nadie se internó tan lejos, como Jean Marquès-Rivière, en el conocimiento de la religión tibetana, en la vida de las lamaserías silenciosas que despliegan

sus techos chatos y sus murallas grises de cuatro puertas vueltas hacia los puntos cardinales sobre las cuestas del Himalaya o las planicies del Bod-Yul. Aprendió la lengua tibetana para iniciarse en esta literatura religiosa, de una riqueza prodigiosa, y de la que no conocemos sino algunos pobres fragmentos. Describe los lugares y los hombres antes de descifrar los textos y de revelarnos sus secretos. Su descripción es tan evocadora como la de un vidente.

¡Los monasterios del Tibet! ¡Qué lejos están de nosotros, cuán desconocidos y misteriosos son! En el centro del Asia, es una nación ermitaña que pocos viajeros visitaron y de la que se dijeron cosas tan maravillosas que, por lo general, uno se niega a creerlas. Por la puerta de Djarjeling o a través de los montes Kuen-Lun, todos los que cruzaron la tierra prohibida, cuando no fueron asesinados por las bandas errantes que la guardan, no efectuaron el relato de su viaje sino velándolo con un tinte de misterio, el misterio de lo que toma contacto con lo divino. Todo el mundo conoce la descripción hecha por el padre Huc sobre el árbol de la lamasería de Kombum, que crece con caracteres perpetuamente renovados sobre su corteza. Se oyó hablar de Nicolás Notovitch que reencontrara en el Ladak la celda del ermitaño Issa, que habría sido Jesús. Dícese que en el Tibet viven los sabios que tienen el poder de prolongar la duración de la vida humana, que son los guardianes del conocimiento antiguo que se perdió, y que, en sus archivos, poseen la historia de la Atlántida y la Lemuria, y también la historia de la humanidad futura, de las que tienen la visión mediante clarividencia. En Tibet está la misteriosa ciudad de Shambala, la ciudad de los sabios; en el Tibet está el rey del mundo.

¡Leyendas e invenciones de poetas!, dicen los occidentales que no creen sino en la evidencia inmediata y son incapaces de mezclar la poesía con su vida cotidiana.

“Es lamentable, para la lectura de esta historia, que el espíritu de formación occidental esté tan dispuesto a declarar absurdo lo que no comprende y a rechazar como fábula todo lo que no concuerde con su propia credulidad”. Esta frase de la *Introducción a la Vida de Milarepa*, de Jacques Bacot, podría ponerse al comienzo de este libro.

Y, para leerlo con provecho, correspondería librarse de la sed de verdad exacta, de pruebas materiales, que es propia de nuestra raza, y considerar como posible esta comunicación del hombre con la esencia divina del mundo que Oriente llegó a conocer después de milenios de experiencias espirituales. Correspondería reencontrar el estado puro del alma de quien lo escribió, impregnarse de la sabiduría *búddhica* que enseña que todo es cambio de la forma e ilusión perpetua, y que la ley esencial del hombre consiste en elevarse desde el plano material que es el error, hacia los planos espirituales que son la realidad única. El lector escalaría entonces, con el mismo recogimiento piadoso que Jean Marquès-Rivière, la colina arbolada en cuyas laderas está contruida la Casa de Oraciones. Leería con la misma admiración los *sutras* del *Kangyur*, seguiría los caminos de la meditación que preparan para la iluminación y, después de haberse acercado a la presencia en la gruta sagrada, y elevarse por encima de las pueriles fantasmagorías del bien y del mal, descubriría finalmente el último secreto, el que no debe ser revelado, pues cada uno debe encontrar la revelación en el fondo de sí mismo.

Maurice Magre

INTRODUCCION

Hace un tiempo, un hindú, que estaba de paso por París, me envió unos escritos y una carta. La carta me la dirigía uno de mis amigos, que se había marchado a la India hacía muchos años. Yo lo había perdido de vista hacía mucho tiempo, y leí estupefacto sus extrañas aventuras; me rogaba que las publicara. En su misiva, mi amigo me pedía que le arreglara ciertos asuntos personales, pues no volvería más a Europa.

Su carácter místico y aventurero me había inquietado siempre. Versado desde su juventud en las áridas especulaciones filosóficas, recorrió todo lo que la mística de Occidente podía ofrecerle. Como no pudo hallar una respuesta satisfactoria para él, se volvió hacia Oriente y sus ideas tradicionales. Ciertos encuentros con orientales en París y una activa correspondencia en Tibet con monasterios de Nepal y de Sikkim, le habían hecho presentir las regiones a las que el destino debía conducirlo un día. Finalmente, decidió marcharse hacia la India para volver a encontrarse con quienes ya le habían iniciado parcialmente.

Ciertos pasajes de su carta mostrarán mejor las preocupaciones intelectuales y espirituales de mi amigo:

“...Es necesario haber vivido en Asia para comprender y penetrar el alma de estas razas. ¡Qué barrera existe entre Oriente y Occidente! ¡Qué incomprensión, qué ignorancia, qué desconocimiento entre uno y otro! Todo lo que yo había aprendido, leído y estudiado, antes de partir hacia el Asia, antes de la gran experiencia que yo perseguía, todo fue inútil para mí...

“... Los cerebros son de la misma materia gris, pero el mecanismo cerebral es totalmente diferente. Entre los occidentales, hay gestos, asociaciones, ideas, principios morales y costumbres que son desconocidos en Oriente; ahora bien, esto es lo que crea la barrera entre las razas de Occidente y Oriente. Del Asia, los occidentales no conocen sino gestos incomprensibles, y los deforman; se han llenado páginas espléndidas sobre templos y monasterios asiáticos; y los funcionarios las rotularon según su manía y las aprovechan unas contra las otras. ¿Eso es arte asiático? En tales museos y libros se lo volvió parecido a aquellas plantas tropicales de las que informan algunas exploraciones, y que se conservan, detrás de la vitrinas, en frascos de alcohol...”

“Salí en peregrinación hacia Oriente, como un extraño peregrino, pues yo no iba a visitar dioses, ni a adorar reliquias. Yo tenía sed de certidumbre y de Verdad, y debía olvidarlo todo, convertirme de nuevo en un párvulo, a fin de aprender y, sobre todo, *comprender*.

“Mi probidad filosófica me prohibía jugar con las palabras. Por tanto, me incliné ante los hechos; fue preciso comparar mi sabiduría universitaria con la de los Maestros de Oriente; fue un fracaso, porque yo no sabía nada de nada... Le juro, mi muy querido amigo, que la ciencia filosófica occidental, y, en consecuencia, su solución del problema de la vida, es totalmente bárbara. No me hable de los movimientos modernos de la filosofía occidental, de sus ‘novedades’, que parecen profundas, pues yo le leería textos con una antigüedad de tres mil años, y usted vería...”

“Ahora bien, es allí donde comienza la barrera; los occidentales no querrían ni podrían verla, están ciegos. La Ciencia de la vida no puede ser enseñada a todo el mundo, pues como el problema es formidable y oculta una potencia temible, debe ser esotérico. Muy sabiamente, los Maes-

tros del pensamiento asiático exigían a los temerarios buscadores de la Verdad una preparación larga, fatigosa y monótona; correspondía poner a prueba la paciencia de aquellos, pues los amantes de la Diosa deben ser puros y fieles. Pusieron una clave sobre los libros de la Ciencia; y ustedes deben trabajar, en seguida, para descubrir la Clave... Entonces, si resistieran al desánimo, al tedio, a la aridez de los textos, y a los obstáculos que la propia naturaleza les ponga, ustedes serán *iluminados* en el sentido apropiado de la palabra...

“En el escrito adjunto, tendrá usted un ensayo descriptivo de mi experiencia mística en Asia; es sensiblemente diferente de muchas descripciones de fenómenos parecidos en Europa. Como me convertí en asiático de cuerpo y espíritu, sé que hay cosas imposibles de traducir al francés. Se necesitaría el cálamo y el pergamino, y, asimismo la lengua tibetana con sus ritmos, sus cánticos, sus plegarias... Ustedes, ustedes están en las comas y las hipótesis sobre el origen de los alfabetos asiáticos; ¿cómo me querrán comprender?...

“Le digo adiós, queridísimo amigo, pues pronto no podré escribirle más; voy a romper los últimos lazos que me atan todavía a nuestra joven Europa para enterrarme en esta viejísima Asia, generadora de toda sabiduría y Madre de sosiegos y consuelos... Trabaje y busque, amigo... Suplico a los dioses que lo guíen hacia la Luz en la que todos nos volveremos a ver un día, en los brazos de la santa Diosa...”

Este fue su último mensaje. El misterio del Asia le cobijó en su sombra y él desapareció, definitivamente, hasta para quienes le amaban...

¡Extraño destino el de este hombre de Occidente, de la raza de los nobles y los sabios, que voluntariamente se encerró en los umbríos monasterios, en medio de las nieves del Tibet, para alcanzar la Iluminación pura y la Paz del Alma!

HACIA EL TIBET MISTERIOSO

Las dos de la mañana, en pleno mar. Acodado en el empalletado, sueño... Los últimos rayos de luna matizan la móvil cresta de las olas, como un largo velo bordado, y forman una delgada línea blanca, trémula, en medio de los discretos reflejos plateados. En la penumbra, se yergue como un murciélago gigante la gran vela de un barco de pesca... Un buque de carga —fuego rojo que guiña como un ojo— se desliza sin ruido cerca del vapor y, de pronto, ulula prolongadamente en la noche...

Dominante, el plañido del mar, monótono, adormecedor, como el aliento de una bestia en reposo. Nada conozco más triste que el pleno mar de noche, nada más nostálgico y desesperante.

Siento que ahora se forma en mí un gran apaciguamiento, una gran calma. Hace poco, en el instante de la partida, había tanta angustia en torno de nosotros que yo había estado perturbado. Yo había visto en los pobres rostros tantos pesares, esperanzas y desgarramientos que todo eso me había emocionado. Nadie me había acompañado en la escollera de la partida, pues mi separación se había consumado mucho antes de ese día. Ese desgarramiento no había tenido lugar allí, en unas horas, en el momento en el que la sirena ulula en la partida, con la confusión nerviosa de la separación inmediata; no: para mí, todo aquello era más lejano, más profundo, y también más irremediable...

¡Ay, mi familia!... ¡Qué necio había sido yo! ¡Qué tonta pasión me impulsó a abandonar mis negocios, mi

“porvenir”, mi vida tranquila en medio de sus afectos tan tiernamente egoístas? En verdad, aquello era incomprensible, y rememoraban a aquel abuelo que, en el umbral de la vida, había partido hacia la China, abandonándolo todo, y cuyo recuerdo era una vergüenza para la familia... Escucho cómo se apagan las risas secas, llenas de conmiseración, y que para mí sólo son ruidos, ruidos que desaparecen en el ritmo profundo del mar y que se borra ya en mi memoria...

El espectáculo es magnífico; tan irreal en sus extraños colores, que me siento elevado por una emoción religiosa; escucho en mí los cánticos de oración que se elevan en mi recuerdo... y me acuerdo... vuelvo a ver a mi Iniciador, el *Gelong*¹ kyi-lha-pa a quien conocí en París, trivialmente, en un salón, y que me guió en mi nueva senda. Ante él, en mí todo era duda, incertidumbre, desesperanza. Yo me había ejercitado en nuestras filosofías, nuestros sistemas y nuestras sectas religiosas y, cada vez más, experimentaba la gran ignorancia y la nulidad total. Nuestro Occidente no sabe más; no conoce más. Seguí a sus mejores precursores científicos; me dieron títulos y diplomas, pero salí de su escuela tan ignorante de la Vida como un niño. Aprendí a analizar pormenorizadamente textos, a clasificar pergaminos, pero me disfrazaron y escondieron al alma viva que está debajo de los signos.

Penetré en los círculos cerrados, en los medios esotéricos, entre los pontífices de lo Oculto, y sólo oí frases huecas, vacías. Asimismo, en ocasiones, muy fraternalmente, se combatían entre ellos. En la creencia de que hablaba a los iniciadores, me volvía a encontrar con los prestidigitadores... Además, es cierto, decían ser budistas, *yogins*; yo conocía bastante bien estas cosas para juzgar a

¹ Ortografía tibetana; *dgé-slong*.

esta gente, y advertí que lo que ellos habían aprendido eran palabras... No creo que la Estrella iniciática ilumine el cielo de Occidente; hay demasiadas nubes del color de la ceniza y la sangre...

Entonces, te me apareciste, Venerable. ¿El llamado ardiente de mi alma alcanzó a tu corazón? No lo sé. Pero me apacigué, tu influencia me transformó. Lentamente, mi corazón, de modo doloroso, se calmó; entreví mis posibilidades y comencé a amar a la vida. Bajo tu dirección, de los libros del Oriente brotó una luz viva que yo ignoraba hasta estos días benditos. Escuché las estrofas inolvidables de los textos sagrados y, ante los Dioses victoriosos, oré, canté, lloré...

Me ahorré los primeros peligros de la iniciación, gracias a tu benévola protección y a tu poder mágico. Apartados los terrores de los monstruos de la puerta de Oro, que los Dioses guardan celosamente, yo pude pasar contigo los círculos de la segunda muerte y del segundo nacimiento. Mi cuerpo se purificó en el crisol de semejante atañor y aprendí a ver cada cosa en su verdadero sitio, según la Tradición muy verídica. La gran ilusión interrumpió su magia ante mis ojos, y, un día tras otro, me aparté de las cosas de aquí abajo, polvo entre el polvo.

Un día pareció que tu papel de guía terminaba. Si yo quería continuar el trabajo emprendido, debía partir. Yo necesitaba otros Maestros, en otro medio... Ya no tenía en mí sino sed de Paz y Liberación. Los seres y las cosas pro-

curaron retenerme con su encanto melancólico y con la dulzura de la prolongada costumbre. Le dije adiós a todo; me convertí en un ser errante, un pobre, un paria. Pero poseo en mí una llama que me incendia, un Fuego que me devora, una Fe que me sostiene. Siento la bendición mística del *Gélong* que me protege, que me acompaña y que, allá abajo, en los monasterios del Tibet a los que me dirijo, será retomada según el ritual lamaico y ampliada hasta que me cubra todavía más completamente, como una sombra protectora y benévola...

EN LA CASA DE ORACION

La Casa de Oración está maravillosamente bien situada... construida a media altura, sobre una colina arbolada, parecida a todas las que nos rodean, y cuyo conjunto se llama *Chumi-jadsa*. El bosque se extiende por todos lados hasta perderse de vista, en primer lugar, penetrable, después, muy a lo lejos, salvaje y espeso: es la Selva con sus innumerables simios, sus bestias y sus serpientes. El monasterio está construido apartado del pueblo, casi al final de los árboles, que vuelven a surgir más lejos, se extienden en una masa verde y umbría hasta los pies de los macizos del Himalaya. Los picos nos rodean, líneas blancas sobre el horizonte azul, formidables guardianes de tierras prohibidas. Y mi acostumbramiento a mi nueva vida, gracias a la dulzura del clima, fue muy fácil y muy suave.

Recordaré siempre la acogida del *Umzé* (el Superior) del monasterio de *Chumi-jadsa* y nuestra primera entrevista, en la gran sala de recepción, en la tarde de mi llegada. Todo era nuevo y extraño alrededor de mí. Yo me sentía en otro medio, entre otra raza...

Las vigas y el piso del salón estaban enteramente pintados de color amarillo vivo. El cielorraso, ahumado y negro, brillaba sin embargo en ese sitio, en la sombra, como si sobre la madera se hubieran fijado láminas de oro. Las paredes, también amarillas, casi desaparecían por entero bajo grandes frescos, que representaban escenas de la vida del Buda, en un trabajo bastante parecido al de los Primitivos de nuestra Edad Media. Eran numerosas las banderas que

colgaban, con la plegaria del *Mani* bordada sobre la rica seda amarilla. Alrededor de la sala, las estatuas de los abades difuntos del monasterio estaban ubicadas sobre mesitas y, delante de cada una de ellas, ardían las lámparas de grasa refinada, como homenaje perpetuo a la santidad del Personaje. En el crepúsculo que invadía la habitación, los fulgores de las lámparas vacilantes iluminaban los santos rostros dorados; colores y sombras fantásticos y movedizos, que animaban con una vida extraña a las inmóviles estatuas. De pronto, los dos *lamas* que me habían acompañado se postraron en tierra; ante nosotros estaba el *Umzé* de la Casa de Oración, el Maestro al cual el *Gélong* de París me confiara.

Es *Lharamba* (doctor en Teología) y siguió los cursos de Ciencias Ocultas del monasterio especial de Moru; por ello, se le nombró *Tchoi-tchong*, doctor en Alta Magia... Raras veces encontré en Europa una inteligencia tan notable. Su memoria es prodigiosa, y es prodigioso, por la Magia que posee, su poder de penetración del hombre que está frente a él. Es un anciano alto y delgado, de rostro enteramente rasurado. Estaba vestido con el gran hábito de coro, pues salía del Oficio de la tarde: el largo chal amarillo, que caía sobre su hábito amarillo y el gorro de coro de igual color, de una forma tan particular, que se parece a los antiguos cascos griegos. Sus ojos, profundamente hundidos, se fijaron en mí y sentí que una lámina de acero me penetraba, excavaba mi cabeza, mi corazón, mi alma; yo estaba absolutamente desnudo ante esa mirada que me examinaba minuciosamente una fibra tras otra...

El ya me conocía por las cartas intercambiadas con el *Gélong* de París. Tuve la intuición de una figura *vista antes*. ¿Dónde? ¿Cuándo? Mi memoria no me respondió. Pero, en su presencia, sentí que, entre nosotros, aparecía algo

misterioso, como un antiguo recuerdo, como un encuentro ya realizado... no pude denominar el fino rostro ascético y bronceado que me miraba, sonriendo dulcemente...

Conversamos largo tiempo de mis proyectos, mis viajes y mi vida en Europa; y él leyó atentamente la larga misiva del *Gélong*. En seguida, se retiró silenciosamente detrás de un tapizado amarillo que colgaba al fondo de la habitación y sobre el cual, bordada con enormes caracteres, estaba la sílaba mística tibetana; creí oír un golpe de gong que tañó a lo lejos, detrás detrás de las innumerables banderas del templo umbrío y desierto...

Y cayó el silencio, cortado solamente por el chisporroteo de las lámparas de grasa refinada y los crujidos de las vigas secas, en el viejo edificio de piedra... Extraño destino el mío, en el umbral del Tibet y quizá de la muerte, en vísperas de abandonar mi personalidad europea para no ser más que un monje errante y solitario...

Media hora después, salió más pálido bajo su máscara bronceada. Más tarde me enteré que él había ido a pedir a los Dioses que decretaran mi ingreso al monasterio y que la respuesta había sido favorable. Entonces, solemnemente, volvió a trazar sobre mí el gran gesto místico según los Rituales Tántricos y sus ojos me fijaron bajo sus párpados apretados, como para ver mejor aún al nuevo discípulo que los Dioses le daban, y leer el libro oscuro de mi alma...

La iniciación comienza, comunión viva de mi espíritu con el del Maestro venerado. Por la mañana, con la salida del sol, después de las adoraciones rituales y del oficio en honor de los santos Discípulos, me encuentro con el *Umzé*

en su habitación y me comenta algunos versículos del libro sagrado. En seguida, me da instrucciones muy precisas sobre la meditación y las posturas del cuerpo. Después, me habla de los Liberados, de los Budas, de los Sabios que ganaron la victoria sobre la ignorancia y el encadenamiento de las causas, y que triunfan, bienaventurados y siempre compasivos hacia la humanidad de la cual son los hermanos mayores...

Y yo medito, bajo los árboles del bosque cercano. Alrededor de mí, está la vida tropical; una savia siempre nueva brotaba de los escombros y del humus de las formas que desaparecieron; en un himno magnífico, todo canta, todo sufre, todo muere. Las corrientes de la vida me parecen animar a estas plantas, estas flores, estas lianas gigantescas que abrazan a árboles centenarios, a esta multitud de ruidos que caracterizan lo que se llama la selva, conjunto de gritos de bestias, de rodar de piedras, de bullir de insectos gigantes. Experiencias preciosas las de estas comuniones cotidianas con el bosque, con sus seres y sus cosas...

Por la noche, después del oficio religioso en el santuario de los dioses, rindo cuenta a mi Maestro sobre mi jornada y mis meditaciones, y escucho los comentarios tradicionales que sintetizan la antigua sabiduría de las edades desaparecidas.

¡Cómo traducir la riqueza de esta vida mística, la transformación profunda que experimento, un día tras otro! No soy más un occidental; los usos, los pensamientos de *allá abajo*, me parecen ridículos e incomprensibles; y me torno impasible ante todas las cosas, como los asiáticos que me rodean...

También tomo conciencia de mis fuerzas ocultas y exploro mi cuerpo, como una región desconocida cuyas posibilidades me maravillan cada día. Según las instrucciones

de los libros santos, medito, sentado, en la postura del "Loto", en cuclillas sobre mis piernas replegadas, el busto derecho, y respiro según un ritmo especial, pronunciando las sílabas sagradas. Entonces, siento el *fuego* que se desarrolla en mí. La serpiente de la Iniciación, la *kundalini*, desenrolla sus temibles anillos y esta potencia formidable se despierta, génesis oculta de toda magia y principio de toda Iniciación. Su calor invade lentamente todo mi cuerpo inmóvil, y lo quema, con una llama interior y purificadora. Al día siguiente, meditando cerca de un pequeño arbusto de flores blancas, proyecté mi aliento sobre una flor que se hallaba por casualidad delante de mí... vi que se encogía bruscamente, gris y reseca como una cosa quemada, y comprendí a los ascetas que, allá arriba, meditan totalmente desnudos, durante el invierno, en las tempestades y las nieves...

Con estos ejercicios de purificación física, mi *Lama* me da textos sagrados a fin de que medite para domar y reformar mi mente. Son extractos del *Kangyur*, el libro santo tibetano. Es una enorme colección de ciento ocho volúmenes de un millar de páginas cada uno. Las hojas son altas y alcanzan a un metro. Dos tapas talladas de madera, las retienen y forman la cubierta del volumen. Alrededor de toda la sala de estudio, en las paredes, hay huecos cavados para recibir los enormes libros. El estudio de estos libros sagrados exige casi una vida humana y, sin guía, como son en Occidente para estas cosas de Oriente, es imposible explorarlo.

Muy juiciosamente, mi Maestro escogió ciertos pasa-

jes correspondientes a mi etapa de estudio, y leo algunos *sutras* de esta colección extraordinaria. En este trabajo, mi pensamiento se transforma. Yo estaba acostumbrado a analizar, oponiéndome siempre al objeto, creando la dualidad absoluta entre él y yo: característica, además, del espíritu occidental. Esto conquista, aplasta, diseca, destruye y ante los trozos esparcidos, ante los miembros palpitantes, busca, entonces *solamente*, su razón de ser, su mecanismo íntimo. El espíritu oriental contempla. Sintetiza siempre. Para comprender un objeto, se une a él, se identifica con él. En Oriente, hay gran respeto por las formas, hasta por las más humildes. Bajo cada ser animado hay *alguna cosa*. Con su sensibilidad natural, el filósofo oriental ve esta *presencia* y, muy respetuosamente, prefiere glorificarla a ignorarla.

Siento que mi espíritu adquiere, poco a poco, esta nueva actitud. En otra ocasión, yo hubiera sonreído al oír hablar de los monjes *jainas* que, con la escobilla de lana, el *tchamar*, en la mano, van dispersando a todo ser vivo ante su paso. Ahora comprendo la profunda razón de esta mansedumbre humana.

Estos ejercicios de meditación me acostumbran a la vida interior. El tibetano, como el asiático en general, tiene una profunda indiferencia hacia todo lo que corresponde a la vida material propiamente dicha. Todas sus energías tienden a fines espirituales y, de acuerdo con su ejemplo, aprendo a penetrar en el silencioso santuario de mi corazón, que yo ignoraba hasta hoy. Es un dominio en el que se entra con dificultad: hay que atravesar muchas pruebas para llegar a él. Me es muy difícil hablar de estas experiencias interiores y cabalmente personales. Pronto

llegué a la siguiente conclusión: la barrera entre lo que se llama el cuerpo y el "espíritu" desaparece cuando uno se sujeta a cierta disciplina corporal y mental; a este respecto, los orientales tienen las instrucciones y los consejos de una multitud de Sabios y *Yogins* que legaron una ciencia preciosa a quienes los siguen y quieren imitar. No es aquí cuestión de experiencias indefinidamente renovables y que todo ser humano pueda volver a realizar cuando quiera; tiene que sujetarse evidentemente a las condiciones requeridas y ante las cuales muchos occidentales retrocederían. Corresponden largos y penosos ejercicios de respiración y concentración bajo la dirección de un *lama* autorizado. Hay posturas del cuerpo, palabras (*dzung*) que tienen una acción extrañamente poderosa. Siento entonces literalmente que mi cuerpo vibra de modo regular como una cuerda de violín sobre el arco; en estos estados superiores, en los que el espíritu está extraordinariamente lúcido, el universo se transforma y las nociones del tiempo y del espacio desaparecen en una Unidad mayor que parece *reaparecer* desde una profundidad oculta. Estas son, entonces, las experiencias místicas de los Sabios del Oriente; es el *Loto* inmenso del corazón, de dieciséis pétalos, cuyo centro es un radiante haz de *fuego*, que quema y devora a los universos según los ritmos eternos de la Ley... los universos que son granos de polvo encadenados a otros granos de polvo, instantes cristalizados de una Eternidad y que volverán mañana de donde ayer vinieron, hace unos millares de siglos, al seno del Inefable...

Y cuando vuelvo a descender lentamente hacia el monasterio, percibo el horizonte de color púrpura por el sol poniente y la riqueza de tonos y colores inconcebibles que enrojecen los macizos nevados del Oeste, en dirección al Everest, la montaña prohibida...

Cada tanto, en la Casa de Oración, se detienen visitantes venerables. Son monjes muy ancianos y muy santos, que bajaron de su celda y vuelven al valle. Los *lamas* del monasterio los interrogan y entonces hay largos relatos místicos sobre la vida del Sabio, que atraviesan y dan vida a las puertas de la muerte y dan órdenes a los dioses y a los demonios, —los demonios que, en la vida de los monjes tibetanos, ocupan un lugar tan importante. Seres de los “ciclos anteriores”, son los autores de los prodigios y maravillas que acompañan la lucha del Sabio en el camino de la liberación; fenómenos que los *lamas* desdeñan, pues son del dominio de *Yog* y de la ilusión universal... Así aprendo cosas extraordinarias, en comparación con las cuales los más extraños milagros de Occidente son realmente muy pálidos.

Y siempre, por encima de esto, la calma sobrehumana de estos seres, la paz profunda que se irradia alrededor de ellos. Toda cuestión de sensibilidad del corazón, de emoción sentimental se extingue para siempre. En la medida en que la mística occidental se acompaña con manifestaciones de amor, que algunos reprochan a las santas y a los santos de la cristiandad, en la misma medida, aquí, la calma razón domina todas las manifestaciones místicas. La piedad oriental es una piedad metafísica, tal vez extraña en su aspecto aparente, ¡pero, cuánto más profunda y más fecunda que la sensibilidad malsana que a menudo se disfraza, bajo este nombre, en Occidente!...

Si, cada tanto, un canto de amor se eleva en las calmas soledades del monasterio, es hacia los Maestros venerados, quienes nos precedieron en el sendero y fueron hombres como nosotros, sufrieron y lloraron, como nosotros, en los tormentos eternos de la rueda del mundo; ¡es al Iniciador, al *Lama*, al Perfecto, a quien se traslada todo el

afecto del Discípulo! Es al Padre espiritual, quien da nacimiento una segunda vez. Por El, el discípulo oye las voces de lo invisible y conversa en los aterradores templos con los dioses; su potencia mágica es el mejor broquel contra los demonios, y el *mantram* del *Lama*, transmitido a través de las edades y que se revela mediante secreto informe oral, es el arma más temible del Iniciado. Se crea una comunión íntima, secreta, una filiación espiritual muy particular en la que el *Lama* y el discípulo no son sino uno solo, identificándose de alguna manera uno con el otro, para formar en este mundo solamente un *ser*. Hay un abandono total del discípulo al Maestro, una absoluta y entera confianza recíproca, una mutua entrega, un sacrificio misterioso de uno hacia el otro en un plano sutil y totalmente espiritual...

Y, verdaderamente, ¿qué valen los afectos terrestres, todas las pasiones, lágrimas y desesperaciones frente a esta unión divina y muy sublime de las almas, en la misma marcha hacia la luz, en la misma adoración, en la misma contemplación del Inefable?

ANTE LOS DIOSSES

*Om! namo sarvah thatâgata, Om!*¹

Hoy es día de fiesta en honor de los Dioses, de todos los Dioses protectores, y reina gran animación entre los monjes del monasterio. Los molinos de oraciones giran con un crujido apagado, agitando sus campanillas. Los Solitarios descendieron de sus ermitas, del bosque o de la montaña, pues se necesita la concurrencia de todos y, primordialmente, la de los *Lamas* santos y venerables... Están ubicados en el coro del templo, revestidos con el gran hábito de ceremonia, y aguardan, inmóviles, con los ojos cerrados, las manos ritualmente colocadas sobre sus piernas cruzadas, siempre en oración...

Om! namo sarvah thatâgata, Om!

Es la fiesta de los Dioses, de todos los Dioses protectores, los que protegen ferozmente y los que protegen con bondad. Son aún de nuestro universo estos Dioses, aunque no sean más de nuestro ciclo; alrededor de nosotros, innumerables, invisibles, siempre permanecen, interviniendo entre los humanos... Están en camino hacia la liberación final ellos también, y hoy opera una extraña comunión de los Santos. Además, se murmura la gran nueva; se habla en voz muy baja de la Gran Cosa: está de paso un Enviado del *Tashi-Lama*, del Muy Santo, del Muy Venerado.

¹ ;Om, adoración a todos los Tathâgatas, Om!

Para la fiesta de los Dioses protectores, El se dignó aceptar la habitación alta, la habitación sagrada; El preside, en nombre del Muy Venerable, y dará la bendición pontifical, con el *Dordjé*, el primer instrumento sagrado ritual del Tibet. Yo interrogué para tener más pormenores, pero cerraron los ojos y juntaron las manos casi con terror ante mi pregunta indiscreta. Le pregunté a mi Maestro, el *Umzé*, el sentido de todo esto; sacudió la cabeza sin decir nada y comprendí que todavía no era mi hora de saberlo. Por tanto, los ritos se desarrollarán entre el misterio, entre lo extraño que me rodea y me oprime...

Om! namo sarvah thatâgata, Om!

En el templo de la Casa de Oración, llegan en hilera, recogidos y silenciosos, los monjes de mantos amarillos. Los han llamado la campana y los retumbos de la enorme caracola marina. Los *lamas* llegaron de todas partes, de las celdas del monasterio, de las tiendas alzadas en el patio, y hasta del bosque cercano que despierta en las brumas de la aurora... La víspera ayunaron y los rostros bronceados están más arrugados que de costumbre y, en sus ojos, hay algo de huraño y vacilante.

El *Umzé* me hizo colocar entre los novicios, un poco separado, y, como todos ellos, estoy revestido con el manto y el gran chal amarillos, mi cabeza cubierta con el alto casco de ceremonia. Un nuevo rugido de la caracola, de la *dunghâ* y, lentamente, el coro de los *Lamas* comienza a cantar; a lo lejos enrojeciendo las nieves de las montañas distantes, el sol se eleva. En verdad, también esta música

tibetana es de naturaleza cabalmente religiosa. Sus efectos están calculados; si me pareció semejante a la de las iglesias cristianas, difiere por una acción directamente mística y particularmente poderosa. Al término de algunos instantes de este ritmo obsesivo, mi organismo, ya afinado por la preparación religiosa seguida desde mi llegada al monasterio, experimenta una especie de embotamiento, y pronto, en mi cuerpo, me vuelvo lúcido respecto de cosas espirituales, visiones sobrehumanas e indescriptibles...

Om! namo sarvah thatâgata, Om!

El ritmo continúa, cantado sobre los instrumentos sagrados: las trompetas, los *Kanglingh*, confeccionados con tibias y fémures humanos, que pertenecieron a santos *Lamas*; los tambores, los *damarus*, compuestos por dos cráneos seccionados, coronilla con coronilla, y cuyas concavidades están cubiertas con piel humana. Las voces profundas de los *Lamas*, armoniosas y matizadas, suenan al ritmo de los versículos sagrados. En el fondo del templo, bajo los tapizados y estandartes que penden, está el enviado del *Tashi-Lama*, al lado del *Umzé* y de los altos dignatarios del convento. En el estado nervioso en el que me encuentro, una bruma dorada se irradia alrededor del centro y nos cubre a todos, como la niebla que, por la mañana, aparece al salir el sol. Una gran beatitud, una paz mística reinan sobre todos los rostros vueltos hacia el estrado de los grandes *Lamas*, mientras los cuerpos siguen, con un balanceo regular, la cadencia de los cánticos religiosos...

La ceremonia preparatoria termina, y, en medio de los versículos sagrados, el Pontífice se pone de pie y recita

los *Dzong*, las fórmulas mágicas, teniendo en su mano derecha el instrumento sagrado supremo, el temible *Dordjé*. El incienso y el sándalo invaden la nave con sus efluvios. Expándese un aroma pesado y persistente, un “aroma de la China”, y el coro canta con entonaciones que conservan plegaria y sollozos humanos. Las manos siguen ritualmente el ritmo según los *mudras*² y las campanillas individuales subrayan los versículos salmodiados.

Om! Om!

El ritmo ahora se precipita. Los Dioses están ciertamente allá, alrededor del recinto, atraídos por las fórmulas mágicas proferidas por el *Umzé*. Por extraña coincidencia, se levantó viento y aúlla alrededor del Templo haciendo oscilar, a lo largo de las paredes, los altos estandartes amarillos y blancos. Las grandes trompetas, delante del Templo, los *Rha-dungh*, enormes tubos de cobre de más de dos metros de largo, agregan sus formidables truenos al ulular de la tempestad. Todo esto crea una impresión de espanto y de horrible misterio que invade a este templo, estas paredes, estos estandartes móviles, estos monjes inmóviles, estos pontífices que hablan a los espíritus e invocan a los demonios...

Se pronuncian las palabras definitivas, las palabras muy sagradas. Se establece el vínculo entre los Dioses y los hombres; los cánticos se tornan más dulces, más fluidos, de algún modo más sobrenaturales. Me invade un

² Los *mudras* son las posiciones de los dedos de la mano según reglas muy precisas.

gran frío; a pesar de mí, me estremezco y me cubro con un pliegue de mi manto. Debe ocurrir algo muy misterioso allá abajo, donde está el Enviado sagrado, pues extendieron a pulso un velo amarillo, que nos oculta por completo a los altos *Lamas*; rápidamente, circulan luces detrás del velo de seda. . Los cánticos sagrados continúan, en salmodia menor y dulcísima.

Estoy mal de los nervios. Dos o tres monjes, con un grito ronco, se desplomaron rígidos en tierra. ¿Extasis divino o crisis nerviosa? No lo sé. La atmósfera está saturada de incienso, del perfume violento de las flores que se marchitan, y de la grasa refinada que se consume en las lámparas delante de las estatuas... Sombras fantásticas parecen frecuentar esta sala en la que ahora braman los retumbos de los cánticos y los instrumentos tibetanos de cobre. Se evoca a los dioses, a los *Lamas* todopoderosos, y, dóciles, los Seres invisibles, los *bkah-dod*, los que ejecutan, acuden de prisa... Me parece verlos alrededor de los grupos de mantos amarillos, estos monstruos del astral que se complacen en la sangre, la podredumbre de las carnes y la agonía de los hombres. Ante las espadas llameantes de los magos, se convirtieron en servidores dóciles y aguardan las órdenes secretas de los sacerdotes. Sí, veo que se apretujan en torno del misterioso velo amarillo, donde ciertamente se les debe ofrecer la sangre y la vida... Y bailan, pues el ritmo mágico del coro es para ellos, nada más que para ellos. Los aureolan colores fantásticos a estos Dioses de pesadilla. Es la danza hierática y lenta de los monstruos del Oriente, la que repiten los monjes en ciertas ceremonias ocultas y que las bayaderas de los templos brahmánicos han conservado... Las piernas y los cuerpos se elevan lentamente, en un tiempo infinito como las olas pesadas y poderosas de los Océanos. Es el

mismo ritmo de Brahma creando los mundos, de Shiva danzando en los lugares sombríos de las incineraciones sobre las márgenes del Ganges, las diosas crueles que patean el pecho del hombre que muere y de pronto jadea bajo la danza demoníaca. Sí, todos los dioses están allá, ávidos y despiadados.

Y nosotros, los novicios, salimos lentamente, en puntas de pie, cubriéndonos la cabeza con el velo amarillo de nuestro manto. En el fondo, las luces circulan siempre detrás del velo de oro donde parece que se hacen oír gemidos de bestias. Permanecemos toda la jornada en las celdas, inmóviles, dominados por el terror sin nombre que se cierne en el recinto sagrado, pues grandes misterios se cumplen en la sombra perfumada y prohibida de la sala de oración...

LA GRUTA DEL BUDA QUE HABLA

Por primera vez desde mi llegada, debí abandonar el monasterio de Chumi-Jadsa. Un grupito de monjes se dirigía a un antiguo templo cerca de Gantok, hacia el Norte orillando el Teesta, río que serpentea de Norte a Sur, procedente de los macizos densos y nevados del Pawhunri y del Kang-chen-juga. Había que recibir los libros de oraciones en la biblioteca de este templo, custodiado por viejos *lamas* venerables. Cerca de la entrada había una gruta muy sagrada; encerraba una antigua estatua del Buda, aparentemente ofrendada por el *Tashi-Lama* y procedente de Chang Sham-ba-la, el país de las leyendas, de las estepas y de los desiertos de hielo, donde todavía se cierne el recuerdo del Dios de la Guerra, Gengis Khan. A este templo se lo conocía por los milagros que en él se produjeron.

Mi Maestro me aconsejó que yo siguiera a los monjes para adorar a la Presencia que residía en esta gruta. Me confió al guía de la caravana, un *Lama* que había viajado mucho y que había adquirido reputación de santidad.

El viejo *Lama* era muy sabio. Mientras caminábamos por los estrechos senderos que conducen a lo largo del Teesta hacia la gruta sagrada, aprendí muchas cosas de este sacerdote menudo dentro de su amplio manto amarillo... Ante nosotros se alzaba el Kagnchen-juga, alto en el cielo, con su cima coronada de blanco. El sendero descendía bruscamente en medio de magníficos bosques de encinas y de altos helechos, con plantas extrañas, orquídeas que caían de ramas musgosas. Magníficas mariposas, flores vivas, atravesaban la ruta sinuosa, revoloteando delante de

nosotros. A pico, al lado de nuestro camino, en un valle lleno de bruma, rugía el torrente rápido y sucio; la temperatura era sofocante y nuestra marcha difícil.

El monje me contaba de sus viajes, de sus encuentros, de su animada vida en el inmenso Tibet. Era para mí una página de lamaísmo desconocido que me ayudaba a comprender un poco mejor a este pueblo extraño, ciertamente predestinado...

—Ahora, —agregó tristemente— nos acercamos al final. Nuestro venerado Maestro, el *Daleh-Lama*, es el último de la gloriosa sucesión de los Budas vivos... Robaron la piedra negra y, desde entonces, el budismo se extingue lentamente. Los bárbaros, por todos lados, nos encierran, nos penetran a pesar de los esfuerzos de nuestros jefes. La espiritualidad de nuestro pueblo, el más religioso de la tierra, desaparece ante el oleaje ascendente de las costumbres paganas... Sí, en verdad, nos acercamos al final... Los Sabios deberán ocultarse de nuevo a fin de preservar la Ciencia santa de toda suciedad y de toda profanación. Deberán realizarse las predicciones, todas las predicciones; y a las más dolorosas y más tristes les tocará su turno...

—¿Habla usted de la del *Maestro de los Tres Mundos*?—le pregunté bruscamente, pues esta denominación no me era desconocida y la había oído en las conversaciones entre los *Lamas*.

El viejo sacerdote empalideció y me miró: —Hasta lo que debería estar oculto es revelado, y *Esto* indica bien que los tiempos están cercanos... Sabes que la Ley nos prohíbe nombrar a nuestro Padre o a nuestro Jefe. ¿Cómo podría yo hablar de *Quién* es el *Lama de los Lamas*, el Maestro entre los Maestros? Si debes ver la Luz en este ciclo, conocerás que murmuramos en voz baja, ciertos días...

“En todo caso, has de saber que una *presencia* divi-

na santificó la gruta hacia la que nos dirigimos. La *imagen* que allí es adorada es vieja, viejísima... Allí reside el bienamado y Santo Avalokiteshvara. Esa estatua está tallada en una materia *que no es más* de esta tierra... y otrora fueron producidas grandes cosas... en el tiempo que ahora se llama el de las leyendas y las encarnaciones divinas...

Y así hablaba el viejo *Lama*, durante nuestra marcha hacia la gruta del Buda. Desfilamos por los magníficos bosques de pinos retorcidos y de encinas; las eternas orquídeas de perfume acre se alzaban bruscamente en la penumbra de la selva y sus colores vivos creaban como gruesas manchas blancas, amarillas y rojas en las lianas enmarañadas que enormes mariposas sobrevolaban...

El templo estaba situado en un sitio natural y salvaje que lo realzaba espléndidamente, como lo son todos los templos que visité, armonizándose enteramente con el paisaje e intensificando así la atmósfera religiosa del lugar... Era un edificio viejísimo, construido con piedras enormes, sin cemento, de un aspecto salvaje y misterioso. El bosque de pinos que lo rodeaba, hasta perderse de vista, volvía sombrío el lugar y, bajo estos árboles, parecidos a gruesas serpientes petrificadas, reinaba un silencio profundo. Las rocas, a flor de tierra, eran rojas y negras; y este me parecía un sitio primitivo y grandioso.

Me dirijo lentamente hacia la Gruta sagrada, con el *Lama*, pues el sol se pone y es la hora de las adoraciones y las plegarias ante los terrores de la noche. Una vez más las cimas rojas y grises del Templo se doran con los rayos que las golpean con un último resplandor, por encima de la masa verde de los árboles de la jungla. Marchamos lentamente hacia la Gruta que presiento tan gris y negra como el tem-

plo, sobre esta tierra de una era que desapareció para siempre...

Un claro, un descenso dulce sobre una espesa alfombra de musgo, y, en la ladera de la montaña, dominando al río que ruge abajo, en los árboles del valle umbrío, la entrada de la Gruta. Es una maravilla; las placas de oro están allí, selladas sobre la piedra. Encima del pórtico artificial, una estela grabada con signos semiborrados; y lo extraño es que esta piedra antigua está encastrada en las placas de oro que cubren la roca, rutilando, magníficamente, ante el sol poniente. El *Lama* no levantó la cabeza; camina más lentamente, con un poco más de respeto aún en su actitud meditativa. Pero, como "yo todavía no sé", miro y admiro estas piedras y estas rocas desiertas, recubiertas de oro puro, y que nadie protege, salvo el respeto y el terror que rodean a las moradas de los Budas y los Dioses.

Después del vestíbulo oscuro, estrecho, la Gruta se ensancha bruscamente en una nave fantástica iluminada por luces fijas en preciosas lámparas selladas en las murallas; por todas partes, cuelgan estandartes de seda amarilla y roja, según la modalidad tibetana. En el fondo del santuario natural, sobre un trono de madera roja y tapizado con sedas ricamente bordadas, está la famosa estatua del "Buda que habla", objeto de veneración de todo el Tibet y toda la China.

El viejo *Lama* se prosterna ante el ídolo, y, en su perpetua meditación, con esa impassibilidad del rostro común en todos los asiáticos, parece una estatua inmóvil y misteriosa. Con la mano delante de los ojos, él reza...

Miro también el santo rostro, grave en su indiferencia. En este rincón perdido del Asia, el misterio reina, como Maestro soberano; ¡conozco tan poco de estos espíritus y estos seres humanos! A pesar de todo, hay una sorda hos-

tilidad que experimenté desde mi llegada y que sigue rodeándome como una red invisible; debo moldearme, debo formarme en esta individualidad amarilla, tan lejana de la mía; sé y siento que las cosas y la gente son hostiles para con "el extranjero", procedente del Oeste, del país de la Muerte y del Fuego, de innumerables bárbaros que, sobre máquinas diabólicas, llegaron para sojuzgar y dominar a los pueblos de la Tierra santa. Creo leer todo esto en la expresión extraña de la Estatua. Es un Buda, o más bien un *Bodhisattva*, pues lleva vestiduras regias y joyas magníficas. La mano finamente esculpida se inclina hacia el suelo en un gesto de caridad y abandono, y así el Liberado ofrece al mundo la paz suprema de la Sabiduría...

A mi lado, el *Lama* reza siempre, en su contemplación interior, con los rasgos fijos en una calma parecida a la del rostro del Santo, del *Boddhisattva* dorado, con un reguero de perlas y turquesas. Dulcemente, el anciano arroja ahora puñados de hierbas odoríferas en un gran pebetero y ha descubierto un espejo mágico encima del altar. Los vapores pesados de las hierbas ascienden lentamente y forman una nube ante el gran plato brillante del espejo...

La voz grave del sacerdote se eleva en la gruta: —Hijo mío, los Dioses y los Demonios dirigen el destino de los seres humanos. Pero quienes obedecen a los Sabios y a los Santos, pueden leer así el porvenir de los pueblos y las razas... Una presencia augusta santifica este sitio y si los dioses te son propicios, puedes ver en el Espejo la respuesta a tus angustias... ¡Que el Maestro te proteja!

Miro la superficie sobre la que el humo traza extraños dibujos movedizos... hay entonces algo extraordinario: los dibujos y las sombras parecen obedecer a un impulso, a un movimiento rítmico; se forma un torbellino en el centro del espejo mágico y, pronto pasan nubes y colores: azul,

amarillo, blanco, oro, en fin, oro rutilante como fuego, deslumbrante y vivo...

Después, en el centro de esta extraña visión, aparece una cabeza: un rostro de máscara decidida y enérgica, enteramente rasurado como el de los *lamas* tibetanos. El cráneo es enorme, prominente, y los ojos chispeantes, potentes, extraordinarios, sobrehumanos; son ojos triunfantes, iluminados, radiantes...

La atmósfera de la caverna se enfrió súbitamente. Un viento invisible agita los estandartes y los pesados tapices de seda. Se hace sentir la oculta influencia de los dioses evocados. Reconozco esta sensación de miedo, de angustia vertiginosa: los Invisibles acuden... El espejo se vuelve alucinante; en una bruma amarilla y oro que es fuego centelleante, pasan seres, se dibujan sombras, aparecen escenas y visiones extrañas del más allá. Parece que el espejo oscila bajo la fuerza mágica que lo impregna; vuelve el cráneo de la primera aparición y sus ojos se fijan en mí de nuevo. Aparece detrás de él un signo y pronto rutila sobre las llamas de la visión. Es el signo de las sociedades secretas del Asia, el que une a millones y millones de Amarillos. Finalmente, ante el espejo, en una aureola de fuego y claridad, tengo el primer contacto con uno de los Seres más temidos del esoterismo asiático.

Lo que se me dijo, no puedo escribirlo; hay un juramento entre mí y El, y no lo traicionaré; además, estas clases de cosas son inexpresables. Fue mi primer contacto con la Ciencia secreta de los *lamas*; entreví el Sol que ilumina a los *Yogins*, a los Sabios y a los Budas, al Cual los chinos, este pueblo sabio, lo personificaron con el Dragón, y los tibetanos lo llamaron también Avalokiteshvara, el

Bienamado del Corazón compasivo.

Y pasó la tarde, en la gruta sagrada del gran portal de oro puro, ante el rostro muy venerado del "Buda que habla".

Cuando salí con el *Lama*, me volví para ver una vez más esta morada misteriosa. Las planchas de oro relucían débilmente en la penumbra bajo la blanca luz de la luna, y no supe qué fue lo que me pareció más incomprensible: si la entrada sombría que conducía hacia el Espejo de cobre tibetano, o las estrellas que, en este cielo de Oriente, centelleaban innumerables y tan cercanas...

LA ENCARNACION DEL DIOS VIVO

La tristeza se cierne sobre el Monasterio de Ky-rong, en las montañas blancas del Norte... Los cantos lúgubres se elevan en un ritmo doloroso y lento. Ha muerto el *Umzé* del Monasterio, el venerado y todopoderoso *Lama Mé Thôn-Tsampo*. El gran taumaturgo y terapeuta, célebre en todo el Tibet occidental, uno de los Budas vivos de la tierra prohibida, abandonó su envoltura física para entrar en la Luz gloriosa... La tristeza se cierne sobre el Monasterio de Ky-rong, en las montañas blancas del Norte...

Un grupo de monjes y yo hemos partido para tributar el homenaje supremo de adoración antes de la incineración. Además, debe cumplirse un rito misterioso, y es indispensable la asistencia de todos los *Lamas*. El difunto era un *Khubilgan*, un Buda encarnado, y el capítulo del Monasterio buscó al ser vivo en el que debía encarnarse el espíritu de Buda, siempre presente entre sus adoradores. Después de cuarenta y nueve días en el mundo intermedio, en el *Bardo Todol*, el rayo divino que iluminaba al *Umzé* se posa de nuevo sobre el ser que el destino escogió y que, entonces, se convierte en un Buda vivo, esparciendo alrededor de él la Luz y las bendiciones místicas.

Una muchedumbre de *Lamas*, pertenecientes casi todos a la secta de las gorras rojas, acudió para asistir al acontecimiento. Hemos penetrado en el atrio del Templo en el que, bajo un inmenso dosel, reposa el cuerpo del *lama*. Según los ritos lamaicos, el cadáver fue esmeradamente embalsamado. Casi desnudo, el cuerpo está acuclillado en la postura de meditación. Alrededor de él, los *lamas* recitan plegarias mágicas en un piadoso murmullo monótono, con

el ritmo retumbante y apagado de los tambores de piel humana. Y el *Umzé*, rodeado por sus fieles discípulos, parece todavía vivir y meditar sobre una verdad metafísica, según algunos ritos esotéricos, en medio del círculo atento y silencioso de los *lamas* de su monasterio. Los dominios de la vida y de la muerte se confunden pronto sobre esta tierra santa y casi todos los *lamas* atravesaron vivos, las puertas de las tinieblas del más allá.

Ahora bien, los *lamas* astrólogos y magos buscaron al ser vivo, digno de la próxima encarnación del rayo místico. Es un niño de alrededor de ocho años, de una humilde familia de campesinos de la región y a quien la suerte y los astros designaron por unanimidad. En un rincón del patio inmenso, un grupo compacto rodea al elegido. Su rostro refleja un terror no disimulado del extraño y nuevo espectáculo que lo rodea. Fue para mí un misterio la comparación de este rostro ingenuo e infantil con la majestad suprema, la calma segura y sobrehumana que reflejó *después* de la tremenda ceremonia.

Ya resuenan los gongs, se agitan los *damarus*, suenan los címbalos, las campanas lanzan los llamados agudos, aúllan las trompetas de huesos humanos: el niño elegido, en su rincón, llora, se inquieta. Un grupo de *lamas* lo conduce...

De inmediato, los cantos; invocaciones a los Dioses y a los *Ydams* de la comunidad que guiaron al *Umzé* y sus innumerables discípulos en el sendero temible; plegarias al compasivo para que se digne morar entre su pueblo para guiarlo, sostenerlo y ayudarlo. Su presencia misteriosa es una luz que ilumina al mundo sombrío de esta era negra... El himno continúa grave, interminablemente. El sándalo y el incienso, en volutas espesas, se expanden sobre los grupos inclinados de gorros rojos, y forman una bruma que

sombrea las formas inmóviles de los *lamas* que meditan.

Lentamente, una procesión avanza entre salmodias. El niño es extendido sobre una camilla, está tieso, con una palidez cadavérica... ¿También él estará muerto? ¿Qué misterio reposa, pues, bajo los rasgos alterados del cuerpecito?... Lentamente, avanzan los sacerdotes de hábitos color escarlata. Los chales rojos me parecen redes de sangre sobre la blancura de la seda que envuelve al niño que transportan.

Piadosamente, han entreabierto los brazos cruzados del *Lama* que descansa en su meditación eterna. Colocaron el cuerpo del niño sobre las rodillas cruzadas del cadáver y los brazos volvieron a cerrarse... Se coloca un velo blanco sobre este grupo, y, bruscamente, todos los instrumentos callan en un silencio trágico.

De pronto, se eleva un canto. De la muchedumbre de *lamas*, de los grupos oscuros, una voz habla y pronuncia las palabras rituales. Dulcemente, el coro reinicia las estrofas; después, los instrumentos, uno por uno, con lentitud, retumban apagadamente. El alma tibetana, religiosa hasta la locura y mística hasta la demencia, se exhala en un canto menor, en esta invocación misteriosa de la que ella posee el encanto temible de las palabras y los ritmos. Y todo esto es punzante y triste, triste como un canto de iglesia impregnado de la humana desesperanza, eterna...

Y, de repente, un grito desgarrador, un aullido interrumpe la salmodia. Los *lamas* se precipitan, levantan el velo blanco que recubría las formas inmóviles. Veo... veo el cadáver volcado, los brazos entreabiertos, el cuerpo replegado en dos sobre el costado, y, de pie, con los ojos brillantes, en una actitud de autoridad absoluta y de poder victorioso, el niño que ahora se adelanta hacia los grupos agitados.

—Soy yo, el *Lama Mé Thôn-Tsampo*, hijo espiritual del *Lama Khur Tchong Répa*. Escuchad, escuchad... Descendí del *Vihara* inmenso, de la presencia de Urgyan; he venido de los cielos Tushita en los que reina Cham-pa, el Buddha del Amor, y entre vosotros moro...

En una exaltación feroz, el niño-Dios profetiza. La forma ingenua y juvenil ha desaparecido. Una energía espiritual, una experiencia mística madurada y segura, un conocimiento profundizado de la Doctrina se expresan a través de la boca infantil.

Ante el niño, los *lamas* han colocado los rosarios, las tazas de te de la comunidad, mezclando allí intencionalmente los objetos que pertenecieran al venerado *Lama* difunto. Observo que el niño, ante la solicitud del capítulo del monasterio, se dirige con paso rápido hacia los instrumentos sagrados y, sin vacilación, escoge cuatro o cinco objetos, los lleva consigo hacia el trono, al fondo de la nave, diciendo: —Este es mi rosario; ésta es mi taza de te; éste es mi *dorjé*...

Hay un tono de mandato absoluto y la duda deja de ser posible. El misterio reina; el misterio absoluto, sombrío y trágico...

Uno tras otro, los *lamas* del monasterio primero, los *lamas* visitantes luego, acuden a tributar homenaje al joven y nuevo Guía espiritual de la comunidad que, con gestos llenos de unción, los bendice. Llegan el turno de mi *lama* y el mío. Jamás olvidaré la impresión alucinante de ese rostro de niño que yo observara tímido y pueril en su ingenuidad y que ahora veía mesurado, calmo y radiante, y cuya mirada ponderada en el rostro impassible parecía totalmente impregnada de una sombra desconocida y terrible.

HACIA LHASA

La caravana se alarga y serpentea por el estrecho sendero, al lado del abismo hirviente. Los *yaks*, enormes y macizos, de altos cuernos arqueados, caminan pesadamente; los pelos grises y sucios que caen a sus costados forman una capa que los recubre y se arrastra. Las burdas campanillas suspendidas de los cuernos tintinean con la misma nota, perpetuamente, y todo es un conjunto melancólico en la bruma del sol naciente.

Abandoné la Casa de Oración de Chumi-Jadsa, pues mi Maestro me instó a partir hacia Lhasa a fin de encontrar a Instructores más poderosos y calificados. Además, parece que mi iniciación suscitó comentarios en el *Potala* y las autoridades desean conocer personalmente a este occidental. Para evitar preguntas indiscretas del gobierno británico, y como *se conocían* mis hechos y gestos desde mi llegada al Asia, se me hace viajar en un grupo de monjes del monasterio, vestido como ellos, encargándose el sol y el viento de transformar el color de mi piel. El *Umzé* de Chumi-Jadsa arriesga, además, su vida; pues, si por casualidad yo fuera un enviado de una potencia política extranjera, su intento de introducirme así en la tierra prohibida sería castigado con la muerte: yo conozco demasiadas cosas sobre la política y la doctrina del lamaísmo. Pero la recomendación formal del *Umzé* venció las vacilaciones del Sagrado Colegio. Para continuar mi iniciación, me quieren cerca a fin de vigilarme y castigarme más rápidamente en caso de incumplimiento. En Lhasa, hay *lamas* médicos que conocen muchas cosas y mi Maestro me previno clara-

mente sobre mi suerte. Un joven *Lama* que fracasa en sus estudios tiene el recurso de convertirse en *Lama* hechicero en alguna aldea china o tibetana; en cuanto a mí, sé que mi caso será muy diferente. En mi marcha hacia el conocimiento del esoterismo lamaico no puedo retroceder. Conozco el poder de ciertas plantas, de ciertas hojas y de ciertos venenos que los *Lamas* manipulan con una destreza peligrosa; en el Tibet hay enfermedades extrañas.

Atravesé las montañas blancas que defienden la tierra de los Monjes. Fueron barrancos, gargantas encajonadas entre murallas escarpadas, senderos angostos que contornean caos inimaginables. Alcanzamos las altas planicies y por la ruta más frecuentada de Gyang-tsé y Chushul, en pequeñas etapas, llegamos a la ciudad santa. Durante la marcha no nos sobrevinieron incidentes notables; los monjes me hicieron pasar fácilmente los sitios peligrosos. Sobre una barca rústica y groseramente rectangular, atravesamos el Brahmaputra y llegamos a Chushul, donde gracias a nuestras calidades de *Lamas* tuvimos la mejor ubicación en la hotelería de la aldea.

Parecen ignorarme desde mi entrada en el Tibet; nos detenemos en monasterios a lo largo de nuestra ruta, y tributo homenaje, con los otros *lamas*, al *Umzé* y a los santos protectores del lugar. Pero sé que me observan con atención, y que un monje vigilante está detrás de mí, listo para notar mis desfallecimientos.

Esto me es totalmente indiferente; me transformo lentamente en asiático; vivo, pienso y medito como un monje tibetano; adquiriré los hábitos; siento las emociones religiosas; participo de la misteriosa fiebre de lo incognoscible y del pavor sagrado de los dioses que presiento cada vez más reales alrededor de mí; conozco a los genios de las aguas y de las montañas, a los dioses de los bosques, y vi

los rituales para gobernarlos, calmarlos o excitarlos. Experimento también ese menosprecio por la actividad estéril de las cosas de aquí abajo y, a este respecto, me vuelvo impasible como estos sabios del Asia que saben lo que todas las cosas valen y que las clasificaron definitivamente, en su justo valor...

Recorremos el valle sagrado del río del Medio, el Kyi-Chu. La garganta se cierra sobre la ruta rocosa, luego se ensancha hasta los últimos contrafuertes que dominan Lhasa; a la izquierda dejamos el monasterio de Drépong, el más poblado de la tierra, con su ciudad, su ejército y unos doce mil monjes. Nos acercamos a la ciudad santa y comenzamos a murmurar oraciones, pues aquí todo es sagrado, el suelo, el aire, el agua, las piedras. La Ciudad, todavía invisible, resplandece ya alrededor de nosotros; resplandece sobre los bajo-relieves esculpidos en la roca, y ante los cuales hay ofrendas y telas de colores; resplandece sobre los inmensos *Mani* grabados en letras gigantescas sobre los peñascos rojizos; resplandece la Santa Ciudad en las altas banderas y las largas oriflamas amarillas y rojas, flameando al viento violento de la tarde que barre la inmensa planicie del Asia central; todo canta la presencia sagrada de los santos y los dioses que residen allá abajo, detrás de las montañas color violeta, en la gran ciudad del Asia, a la que se venera sobre todas las demás ciudades y sobre todos los demás santuarios...

Después, de pronto, en el bullir de la luz ardiente del sol de Oriente, un centelleo a lo lejos, en una masa gris y ocre: la cúpula dorada del *potala*, la muy sagrada residencia del *Daleh-Lama*. Allí reside el representante espiritual de la más alta doctrina y del más poderoso esoterismo que conozco. Quien está en estos muros posee los poderes cu-

yas tremendas posibilidades ya entreví. Y sé también que hay otros misterios, otras cosas ocultas más terribles aun, y que sólo son reveladas a los viejos *Lamas* que ya llegaron al umbral de la muerte...

¡Lhasa! La ciudad de los monasterios, la ciudad de la oración, el refugio de los dioses de la tierra, la morada de los Budas encarnados! Quienes allí residen son los liberados, los *Arhats*; alcanzaron todo lo que pueden alcanzar humanamente los hombres. Tienen un conocimiento de las leyes de la Naturaleza que les legaron razas y continentes desaparecidos, y esto se vuelve sobrehumano. Su ciencia les fue revelada por Seres que no son de este mundo; conservan, a este respecto, los terribles secretos en sus archivos secretos.

Todo esto lo siento con una profunda emoción religiosa; hago como mis compañeros de viaje que se inclinan ante esta primera visión de la santa Ciudad en un gesto de adoración y de profundo respeto. Alcancé el primer objeto de mi viaje, pues al fin estoy en la morada de los sabios de la tierra, en la morada de Quienes penetraron en los misterios de la vida y de la muerte...

EL ORACULO SAGRADO DE LHASSA

En Lhasa, habito en el monasterio de Ramot'ché, al norte de la ciudad, a poca distancia del *Potala*. Allí se estudia la Ciencia oculta y los rituales de Magia. Bajo la dirección de un amigo de mi antiguo Maestro de Chumi-Jadsa, un diplomado en la jerarquía lamaica, continúo trabajando en tenebrosos arcanos.

Es otra vida, son otras preocupaciones intelectuales. Esto primero me sorprendió; mientras que en Chumi-Jadsa me enseñaron el lado místico del lamaísmo, aquí se estudia el lado mágico y ceremonial de la Ciencia sagrada. No es más cuestión de adoración de los *Bodhisattvas*, de *Nirvana* ni de paz mística. Ahora se trata de poderes elementales de la naturaleza. Mis nuevos maestros me muestran la fuerza natural de los dioses que trabajan en las cosas y los seres; me enseñan los medios para dominarlos, dirigirlos y vencerlos. Los cultos de los que participo son ceremonias mágicas, pues las fuerzas de la naturaleza son divinizadas en Oriente; esto permite clasificarlas y reconocerlas.

También aprendo a manejar los instrumentos especiales de la magia. Me parece que me reúno con épocas desaparecidas en ritos oscuros; los objetos y los signos son de sentidos perdidos y lejanos, y la lenta acumulación de su simbolismo psíquico los volvió todopoderosos y muy temibles. Es el Dordjé¹, el rayo divino, especie de cilindro que termina en cinco puntas que se curvan formando una llama. Es el *Purbu*, el puñal sagrado, triangular que sirve para extraños usos en ciertas ceremonias de inmolación

¹ Ortografía tibetana: *rdo-rje*.

psíquica; también es un arma de defensa contra los poderes enemigos, los demonios y las larvas humanas. También es el rosario de cuentas de vértebras de serpiente, el *Theu Treng*², insignia misteriosa de uno de los poderes mágicos del ser humano y cuyo uso se remonta a la noche de los tiempos de la Tradición Sagrada...

El monasterio es regio, inmenso. El templo es una maravilla de antigüedad y de escultura. Allí ocurren extrañas ceremonias, pues estoy en la primera escuela de magia del Asia. El occidental que ponga en duda el poder de la Magia sólo tendría que residir en el monasterio de Ramot'ché y asistir a las evocaciones y a sus escenas de pesadillas; allí, las fuerzas de la Naturaleza y del hombre son diseccionadas y analizadas con tal minuciosidad, con tal precisión, que las investigaciones occidentales en psicología son muy poca cosa frente a los resultados que los magos tibetanos obtienen. Aquí no veo girar mesas; son enormes bloques de piedra negra, roca primitiva y grosera, que se mueven lentamente en los alvéolos untados con grasa sagrada, masas enormes que oscilan con los ritmos de los encantamientos mágicos... Hay una atmósfera de espanto, de alucinación, que estremece y demuda a quienes se acercan a estos poseedores de los secretos de la Naturaleza. Las fuerzas ocultas de nuestro cuerpo son estudiadas y cultivadas minuciosamente; es la escuela de los faquires y de los hacedores de milagros, que se propagan en Asia y dominan las poblaciones con su poder y sus prodigios. Vi extrañas cosas en el monasterio de Ramot'ché; vi fenómenos que el más escéptico de los sabios de Europa sería incapaz de explicar... En ceremonias del Tibet, en ciertas noches de espanto, en la nave oscurecida, al son de *damarus* y de címbalos de piel humana, que me hacen temblar de terror, vi muer-

² O *Pren-ba* (pronúnciese Ten-va).

tos que se levantaban, pálidos, con su hábito negro y, obedeciendo a las órdenes de los *Lamas* todopoderosos, se bamboleaban lentamente sobre los altares entre las nubes de perfumes y los gruesos haces de flores rojas y amarillas; los sacerdotes tibetanos tienen el poder para *retener* las almas de los muertos sobre la tierra... Y en la sombra fantástica de la nave, estas formas oscuras me recordaban los cipreses que se agitan lentamente en el viento del invierno...

Vi brotar llamas de las puntas de los *Dordjé* que los *Lamas* blandían, e iluminar a los ídolos con una aureola de fuego y de luz. Vi otras cosas aun, que espantarían a los más temerarios y, que en Ramot'ché, a los jóvenes estudiantes de la Alta Ciencia los volvían semejantes a ancianos.

Me presentaron al Gran Oráculo de Lhasa. Así lo decidió el Sagrado Colegio de *Potala*, cuya vigilancia invisible no amaina. Este *lama* posee el don de la clarividencia y de la adivinación; parece que el *Daleh-Lama* recurre a él a menudo para decisiones importantes. Habita el monasterio de Garma-khia, al Este de la Ciudad santa.

Cuando mi guía y yo llegamos, el santo personaje nos atendió en su habitación particular. Sentado sobre un trono de laca negra incrustada con nácar chino finamente trabajado, el Oráculo estaba revestido con su hábito de ceremonia de seda amarilla, bordado con gruesos colgantes de oro y piedras preciosas. Cubría su cabeza un casco de forma extraña...

Tuve un ejemplo de la más exquisita cortesía asiática. Me ofreció el te y el "chal de la felicidad"; preguntó por mi salud, mis estudios, mis diversos viajes... vi cómo la fina habilidad de este monje leía en mi alma y adivinaba los

móviles ocultos de mis actos. En la alta función que lo liga a Lhasa, este hombre vio más cosas y tramó más intrigas que muchos generales y monarcas todopoderosos del Asia... Miré con curiosidad este rostro arrugado y sonriente que ocultaba oscuros misterios: la autoridad de este Lama tibetano es incontestable sobre más de trescientos millones de almas.

Pero, abajo, las trompetas monstruosas llamaron a los *lamas* y novicios para la ceremonia que se preparaba. Nos instalaron en un rincón oscuro del Templo en el que vimos perfectamente el gran trono macizo en medio de la nave; las esculturas y sedas resplandecían con los brillos cambiantes de las innumerables lámparas del Santuario. La música y el coro habían comenzado sus armonías y sus ritmos marcados con bruscos golpes de gong. Después, en la sombra del altar, como una aparición de dios, el Oráculo apareció. Cubierto hasta el cuello con pesadas y suntuosas sedas, el anciano me pareció más debilitado aún por los años, más delgado aún que allá arriba, en su habitación. Inmensas planchas de laca negra en las que rutilaban invocaciones en letras rojas eran llevadas a brazo y movidas cadenciosamente...

...Los gongs redoblan su trueno y el *crescendo* del coro de monjes está en su apogeo. El Oráculo está inmóvil en su trono... y ya tiembla. Tiene los ojos cerrados, las lágrimas se deslizan por su cara cérea; movimientos convulsivos lo agitan siguiendo el ritmo acelerado de los cantos rituales. Un *lama*, con el rostro oculto por un velo de seda negra, murmura sobre un tono menor de poderosos *dzung*... Después, de golpe, los gongs truenan, las trompetas lanzan un rugido que acompaña a los clamores de los *lamas*. Proyectado en tierra, ante su trono, el Oráculo se retuerce, aullando. Dos servidores se precipitan y lo sostienen durante

esta crisis en la que el Dios toma posesión de su servidor. Poco a poco, vuelve la calma; ayudado por los dos monjes, se levanta, temblando, y se desploma en el trono. ¡Qué cosa extraña!, y ninguna ilusión la puede explicar: él asumió la misma actitud atormentada, los dedos crispados, el cuerpo retorcido, que la Imagen del dios, al que no puedo identificar y que se halla al fondo del templo, bordado sobre un inmenso estandarte detrás del altar. El rostro del *Lama* tiene el rictus del dios triunfante; pero la mandíbula inferior del sacerdote se abre y se cierra lentamente como si *alguna cosa* intentara en vano exteriorizarse; las lágrimas gotean por el rostro demacrado que, en la sombra de la nave, parece fulgurar con una fosforescencia sobrenatural...

Y el Oráculo habla: primero son palabras inconexas, con esfuerzos en el pobre pecho jadeante, como si el dios se impacientara con la imperfección de la forma que revisió: tiene órdenes que expresar y no aguanta demoras ni negligencias en su ejecución. Los *lamas* se acercan y aguardan, ansiosos, las palabras divinas... Ahora las palabras son más claras: son del viejo tibetano mezclado con mongol. Después de fragmentos de frases y en un estilo lapidario, el Oráculo habla; su voz es apagada, jadeante. Me impresiona esta fuerza misteriosa que, en este cuerpo débil, intenta exteriorizarse en medio de sufrimientos infinitos. La gran asamblea de los *Lamas* está muda y todos escuchan la voz del dios encarnado:

—Veo... veo... pueblos, pueblos armados que hacen brotar el fuego sobre la tierra, en el mar y en los aires.. y hay sangre, oleadas, torrentes de sangre... y este mar rojo se pudre... veo las infecciones engendradas por esta podre-

dumbre: la enfermedad, el hambre, la muerte... y los grandes demonios del séptimo infierno se desencadenan... se precipitan hacia los lugares de podredumbres y hay más grandes hambres y más grandes miserias... los pueblos piden justicia a gritos y mueren... y después, sangre de nuevo, y las naciones desaparecen... la tierra tiembla y los océanos se desplazan... el reino de Gehg, del gran Enemigo, llega en la noche y las llamas, la Tierra se recubre con *dudpos*, con fantasmas de los muertos que no agotaron su vida y todavía vagan, perseguidos por los *Sindja*, en los ciclos lunares...

“Y tú, ¿qué vienes a hacer entre nosotros, hombre de oración, amante de la Sabiduría Eterna? Vienes de la tierra de la sangre y de la muerte, y todavía estás impregnado... ya recibiste la Iniciación menor en el país del Sur; avanza, puedes trabajar sin temor, pues tu corazón es puro y el Compasivo está sobre ti... aguarda todavía un poco y verás la Luz de la tierra, aguarda todavía... una-dos-tres lunas... serás llamado... no olvides el Rostro que viste, el gran secreto de la tierra...

Y de nuevo, el Oráculo profetiza a través del tiempo y del espacio, las grandes horas del Destino de nuestra Humanidad. Los *lamas* escribas se apresuran a transcribir las visiones del Vidente pues, desde tiempos muy antiguos... se conservan en Lhasa, en una biblioteca secreta, las palabras de los Oráculos que guiaron al pueblo santo desde sus lejanos orígenes.

EN LHASSA, LA CIUDAD DESCONOCIDA

Mi llegada a Lhasa suscitó comentarios en el *Potala...* A pesar de mi buena voluntad, de los oráculos, y de las suertes favorables, subsiste a mi respecto un recelo; a pesar de todo, me siento un extranjero, y a estos tibetanos puedo parecerles un curioso, o tal vez un espía inglés; por tanto, quieren sondearme por entero, saber quién soy, qué pienso y qué quiero. Y figuras sombrías me observan noche y día, en silencio, discretamente; la policía de los *Lamas* me parece que es la primera del mundo.

Permanezco siempre en el monasterio de la Magia en el que me revelan los secretos de la aterrorizadora ciencia lamaica. Pedí según las reglas de la Tradición y me dieron las Iniciaciones menores, las que se acuerda a todo asiático, incluso laico, que efectúa la solicitud. Pero aquí hay otra cosa: no soy sordo ni ciego; conozco ahora perfectamente el tibetano y capté observaciones y signos de conversaciones extrañas. Sé que la constitución política del Tibet está íntimamente ligada a la constitución religiosa, y que ciertos secretos metafísicos y políticos no carecen de cierta relación oculta. Para evitarme el hecho de revelarme una cosa me hacen ignorar la otra. Pedí las Iniciaciones mayores, pues estoy dispuesto; me hicieron contestar que las pruebas llegarían pronto y que correspondía esperar con paciencia...

¡Esperar! ¡Conozco esta palabra desde mi permanencia en Asia! Y tengo paciencia pues todo pasa en esta tierra, ¡hasta la curiosidad de las autoridades tibetanas! Permanezco, pues, en Lhasa, y, las pocas horas que los ejer-

cicios me dejan libre, las empleo para penetrar un poco más en la intimidad de este pueblo al que amo profundamente.

En la Ciudad Santa, llegué a conocer a algunos notables a los cuales mi doble título de *lama* y de extranjero los ha atraído. Cuando saben que me dirijo a los bazares del centro de la ciudad, hay invitaciones solemnes en un estilo exquisito y refinado. El hijo mayor me trae, como gran anticipo, el chal de la felicidad, el *Ka-tags*, de fina seda blanca, que acompaña toda cortesía, toda invitación en el Tibet. ¿Pues, acaso no “me perturban en mis meditaciones y mis trabajos religiosos, y mi presencia, evidentemente, es por cierto, entre los muy indignos que osan pedir que pase una noche con ellos y bendiga su techo y su rebaño?...” Sé bien qué es la cortesía asiática, pero ¿cómo rechazar tal invitación?

Antes del ocaso, me encamino lentamente hacia la ciudad, siguiendo el camino orillado de flores y bordeando los grandes parques silenciosos, desiertos, que el sol poniente torna más tristes y abandonados todavía... Pronto pasamos los barrios exteriores, y la gente se acerca al *lama* del monasterio de Ramot'ché, el más temido de la región por su poder oculto. Mujeres y mendigos me imploran un remedio, cualquier amuleto. Les distribuyo trocitos de telas que tenemos en el monasterio para este uso y que estuvieron en contacto con algunas santas reliquias. Y pronto, alrededor de mí, hay una muchedumbre que me saca la lengua y pone la mano detrás de la oreja, señal profundísima de cortesía tibetana.

Llego a los bazares y, por turno, los mercaderes preguntan si el piadoso y venerable *lama* del monasterio de Ramot'ché desea algo. En general, son chinos que tienen su comercio aquí, y sus solícitas saluciones me distraen

siempre y me recuerdan invariablemente a Occidente. Tal vez sea un curioso encadenamiento de pensamientos. Pero sus gritos, sus clamores, sus ajetreos, y sus disputas son una imagen fiel de la vieja Europa...

De pronto, en un recodo de la calle, el hijo de la familia de mis amigos viene a mi encuentro; besandó el extremo de la manga de mi hábito amarillo, me da la bienvenida y se informa sobre mi salud con un tono de angustia. Y esto en un lenguaje lleno de imágenes, un poco viejo y anticuado, con fórmulas que no terminan, pero que me complacen por su dulzura y su refinamiento.

La casa, pintada de color rojo ladrillo, está en la esquina. Anuncian mi llegada: veo a mis amigos que se afanan por saludarme desde lejos, junto a la puerta blanca donde cuelgan numerosas oriflamas multicolores... Los veo a todos en fila, esperándome: el Padre, anciano mongol, de rostro arrugado, cuyos ojos desaparecen en los múltiples pliegues de los párpados apretados; la hija y el yerno, ambos vestidos con largos hábitos y cuyas siluetas, a lo lejos, se confunden; el hijo mayor que obtuvo títulos universitarios en una escuela de mandarinato en China y que está muy ufano; otro hijo, *lama* en un monasterio del Este y que, silenciosamente, reza y medita todo el tiempo, con los ojos perdidos en un ensueño eterno...

Y me hacen entrar en la gran sala de recepción, parecida a las de nuestros castillos medievales. En un rincón, cojines y tapices bordados forman el sitio de honor que me reservaron. Traen lámparas metálicas de aceite y, solemnemente, después de las ceremonias a los dioses protectores, comienza la colación.

Como religioso, no debo comer carne ni nada que haya tenido vida. Por deferencia hacia mí, la comida es estrictamente según la regla. Los platos fuertes son *tsampa* asado

y desleído en el te, arroz hervido, sazonado con manteca y azúcar. A veces, en circunstancias solemnes, y según la llegada de las caravanas chinas, sirven manjares que provienen de la lejana China y que son muy caros. Estos ágapes dan lugar a numerosas pláticas. Viejos *lamas*, religiosos y curiosos, uno después de otro, vienen a tomar parte en nuestras conversaciones teológicas. El pueblo tibetano es esencialmente religioso; en él todo es dominado por lo espiritual: costumbres, hábitos, lenguaje. Los dioses tibetanos son conocidos y temidos; participan de la actividad social bajo todas sus formas. La vida pastoril (pues el comercio es casi esencialmente chino) desarrolló entre los tibetanos el ensueño y la mística. Es un pueblo de monjes, de ascetas, de poetas líricos y prolijos que cantan incansablemente a los Dioses y al héroe Gésar...

Cuán dulces son aún en mi recuerdo estas veladas de Lhasa entre mis amigos tibetanos, cuando uno de ellos cantaba algunos himnos religiosos o algunas poesías melancólicas cuyo tema es siempre el mismo: la belleza de la vida ascética y religiosa, la gran desesperanza de los seres ignorantes que penan en el infierno de los renacimientos y en los tormentos de la vida terrestre llena de amargura y angustia...

EL MAESTRO DEL TRUENO

Mi *Gurú* me instó a visitar a un *Lama* amigo suyo que habita en una pequeña ermita en los alrededores del monasterio de Sera. El conocía las fórmulas que dominan los elementos y yo debía permanecer cerca de él para adquirirlas. Según la inmutable costumbre entre los *Lamas*, mi Padre espiritual me dio algunos objetos de valor para ofrecérselos al *Lama* “guardián de la doctrina” (*batan-srunpa*). En efecto, es una costumbre ancestral, que consiste en hacer un presente de telas o de piedras preciosas al *Lama* que debe enseñar una doctrina al discípulo. Me muní de un trozo de paño fino de Lhasa, ciudad que, de alguna manera, posee la especialidad de su fabricación; reuní algunos lingotes de oro, joyas y rosarios de ciento ocho vértebras, con textos que mi Padre espiritual enviaba, por mi intermedio, al *Lama*, y que debían acreditar me ante él.

Estábamos en primavera, y la naturaleza ofrecía un encanto incomparable. Las montañas que se alzan al Norte de Lhasa impiden que el viento glacial de las estepas sople directamente y hay un soto salpicado de flores que rodea a la gran ciudad espiritual del Asia. Campesinos, que cantaban lentamente en un tono menor, trabajaban la tierra roja, mientras los enormes *yaks* caminaban bajo las pesadas cargas de haces de hierbas y sacos de granos. En nuestra ruta, monjes y peregrinos, en cantidades innumerables y en apretada fila, acudían hacia la ciudad santa, con el rostro radiante y murmurando las plegarias a las divinidades tutelares de los sitios y las montañas que atraviesa-

ban. Cada tanto, un pequeño grupo de soldados, de uniforme kaki, rodeando a un funcionario cualquiera, galopaba rápidamente hacia algunos puestos avanzados para supervisarlos, o hacia algunos monasterios para inspeccionarlos. Todo esto exhalaba esa "atmósfera" tibetana, tan particular, cuyo encanto actuó siempre, profundamente, sobre los que se le aproximaron. Aquí, los mercaderes contaban minuciosamente las moneditas de plata, enhebradas en una cuerda burda, como un collar rústico; más lejos, un fanático venido de algún rincón perdido de Mongolia o de las altas planicies del Este, cumplía su peregrinación según un voto bárbaro y cruel; se dejaba desplomar sobre la ruta polvorienta, murmuraba un *dzong*, se incorporaba, avanzaba con el largo de su cuerpo extendido y recomenzaba perpetuamente su penoso ejercicio. A grupos de peregrinos les lleva así años atravesar el Asia... Estos hombres están irreconocibles: recubiertos enteramente por un polvo amarillento, con sangre pegada sobre el cuerpo, con los ojos hinchados y enrojecidos por el frío, las privaciones, el sol y la arena de los desiertos, con las manos tumefactas, son seres verdaderamente sometidos a suplicio que así cumplen su santa peregrinación. Pero una vida interior extraordinaria transfigura sus rostros. Lanzados hacia un objetivo deseado desde hace muchos años, atravesando el Asia, sus desiertos, sus fiebres y sus peligros, se dirigen hacia el centro místico que los llama y al que a menudo llegan para morir de alegría y agotamiento... Misterios del alma del Oriente, que yo orillo así, pero que siento infinitamente lejana e incomprensible...

El digno *Lama* "guardián de la doctrina" habita en una alta colina, en los primeros contrafuertes de la inmensa cadena nevada que cierra, en el Norte, a la planicie tibetana. La fama de este Sacerdote-mago es grande, y su in-

fluencia es temida. Es un antiguo *Lama* del monasterio de Ramot'ché que no aprobó los exámenes de los altos grados y se contentó con ejercer la magia para el mayor bien o para el mayor mal de quienes se le acerquen. En el Tibet también es usual solicitar a un *lama* que haga caer la lluvia o el granizo, como en Europa lo es solicitar un informe a alguna oficina meteorológica. Y, según lo que sé y vi, estoy absolutamente persuadido de que los errores de los resultados no son de los *lamas*. En Occidente se olvida que una creencia, cualquiera que ésta sea, exige un mínimo de realidad, so pena de desaparecer rápidamente; si el tibetano es un místico, también es un realista absoluto. El le paga a su *lama* para obtener la lluvia o destruir con el rayo el ganado de su vecino; si esto no se produce, se impugna el poder del mago y éste debe desaparecer de la región. Ahora bien, esta creencia en la eficacia de ciertas fórmulas y ritos sobre el tiempo es absolutamente general en el Tibet y los *lamas* más elevados en la jerarquía lamaica me confirmaron la realidad de los hechos. Además, junto a este mago, yo vería fenómenos bastante perturbadores como para darme una idea del poder real de estos hombres.

En una casa de tierra, en la cima de una colina, el *Lama* me recibió. Le ofrecí los presentes y las cartas de presentación, y le pedí el favor de conocer las invocaciones para dominar a los elementos y conocer a las fuerzas ocultas de la naturaleza...

—Mi hermano de Lhasa me ayudó; ambos estamos unidos y no veo razón para rehusar instruirte en las fórmulas todopoderosas. Los sellos que me traes son verídicos. Dispón tu permanencia en la pequeña gruta "Luz de la Luna" que está a la derecha de este sendero, y espérame. Me encontraré contigo en un instante.

Me dirijo a la gruta “Luz de la Luna”, sobre la otra ladera de la colina; domina el valle en el que algunos rebaños pacen bajo la vigilancia de un joven tibetano. Reconozco en esta gruta el lecho de piel de cordero y los toscos cobertores, las escudillas y las tazas para el alimento, lo mismo que los casilleros para los libros, horadados directamente en el muro de piedra.

El *Lama* llegó en seguida; me condujo a su casa de tierra y desayunamos *tsampa* servido por su mujer, que participa de la ciencia de su marido y le ayuda en sus trabajos mágicos.

Aprendo las fórmulas de evocación. Es necesario trazar según reglas precisas, los círculos mágicos¹ que rodean las figuraciones de las tierras a inundar, a destruir o a preservar. Es menester invocar a los Dioses protectores que obedecen, según un ceremonial preciso y riguroso, a los llamados que se les formulan. Ante los círculos de ofrendas, hay que ordenar a los dioses esclavos e indicarles los trabajos que deben cumplir. En este caso, el poder mágico del evocador es evidentemente todopoderoso. Según su fuerza y su conocimiento, subyugará más o menos a los dioses y podrá cumplir más o menos prodigios...

Ahora bien, *yo he visto*. Afirmando aquí mis visiones y los resultados extraordinarios del adiestramiento oculto que seguí una hora tras otra con creciente angustia.

En la víspera, ante los círculos mágicos, en los dibujos multicolores y complejos, ante el llamado imperioso del *Lama*, vi que las sombras tomaban forma y adquirían precisión; vi que aparecían los dioses eternos, gesticulando, larvas que se movían según las sombras caprichosas de las pesadas volutas que salían de los invisibles pebeteros, de-

¹ Los *mandalas* tántricos hindúes.

lante de las ofrendas. Oí las órdenes que se les daban. Observé la conversación terrible entre el hombre y los dioses obedientes. Y según las instrucciones precisas del *Lama* "guardián de la doctrina", los resplandores amarillentos surcaron las sombras de la habitación entre los torbellinos movedizos de las formas. Ahora bien, en este mismo momento, debía desencadenarse una tormenta terrible: esto fue lo que me afirmó el *Lama*. Era un castigo que él infligía a algunos pastores de los valles vecinos que se habían burlado de él.

Salí para asegurarme de que el hecho se materializara y comprobar el trabajo de los dioses protectores. En la pesada noche, resplandores aclaraban el cielo; un viento rápido hacía temblar el suelo y los valles resonaban extrañamente. Oí al trueno que retumbaba apagadamente y me parecía que un fulgor sobrenatural rodeaba la casa del mago, y se extendía a lo lejos, hacia los oscuros valles de las montañas...

Y todos los dioses protectores, bajo el dominio del Mago de quien yo oía las imprecaciones en el silencio de la noche, me parecían tomar las formas rápidas de las nubes oscuras que la crecida luz de la luna aclaraba. La visión era fantástica... El viento se elevó en tempestad y entré. Alrededor del círculo de ofrendas, estaban dispuestas espigas de cebada y ramitas de hierbas frescas. Un torbellino de humo negro llenaba la sala y, en los muros de tierra y los muebles de madera, se oían crujidos singulares. Inmóvil, con la cabeza recubierta con un velo rojo y negro, el *Lama* rezaba. Su mujer, con los ojos fijos, lanzaba maquinalmente polvos odoríferos en los braseros sagrados. Un frío glacial reinaba en la habitación, y yo sentía en mi piel las crepitaciones que me recordaban las sombrías sesiones de evocación del templo de los terrores de Ramot'ché...

A continuación, vi otros fenómenos de este género y, para mí, la duda dejó de ser posible. Sobre esta tierra de misterio, vi a los *lamas* desencadenar los elementos, dar órdenes a los dioses del rayo y del granizo; los campesinos, temblorosos, venían a implorar a los poderosos *lamas* que perdonaran a sus tierras y sus cosechas, y formulaban las plegarias y presentaban las ofrendas para que los demonios desencadenados, ciegos servidores de los Magos, pasasen sin detenerse sobre su morada ni sobre sus rebaños...

LOS MISTERIOS DE LA MUERTE

Sin embargo, en Ramot'ché, nos revelaron uno de los arcanos más grandiosos y temibles: los misterios de los estados en el más allá y la búsqueda de *lokas* (lugares) para la reencarnación.

En ciertas épocas, pues la enseñanza lamaica sigue leyes astrológicas muy precisas, acudimos al templo de los espantos... Entre los acres hedores de las hierbas sagradas que quemaron en la víspera, entre los instrumentos mágicos que sirven en las terroríficas ceremonias del llamado de los muertos, nos agrupamos en silencio, alrededor de nuestro Maestro, con la cabeza recubierta por un pliegue de nuestro amplio hábito. Y en las tinieblas de la sombría capilla de las evocaciones, nuestro *Lama* nos explica la marcha de la lenta e inexorable disolución de los seres humanos. La clave del esoterismo de los misterios *post mortem* es severa y sólo se la revela a una pequeña cantidad de laicos. Sin embargo, todos los *Lamas* conocen estos misterios, pues uno de sus papeles principales es el de ayudar a los moribundos y presidir las ceremonias fúnebres.

En el Tibet, es común ver operar al *Lama phoôh*, el que preside las ceremonias fúnebres. En el silencio de la casa mortuoria, se coloca en la cabecera del moribundo y, cualquiera que éste sea, *lama* o laico, rico o pobre, le comunica las palabras secretas de los pasajes *post mortem*. Entonces, el moribundo lleva este viático en el largo viaje...

Nuestro *Lama* nos habla de los "signos de la Muerte"

que revelan entonces a los hombres el otro estado. Estudiamos los rictus, las extinciones sucesivas y regulares del oído, de la vista y del olfato, premisas de la rápida desintegración del ser humano. La respiración del moribundo, según su jadeo, indica las visiones interiores que ya se reflejan, fulgores de la nueva aurora, en la mente que se separa...

En el silencio atento del grupo de sus discípulos, nuestro Maestro nos habla, finalmente, del Misterio de los misterios: los estados intermedios¹, temibles pasajes de la muerte a la vida nueva.

Quien lee estas líneas, recuerde... Estas palabras las transcribió un *Chela* bajo la dirección de su *Lama*. Si el lector rechaza este relato como indigno de su razón, recuerde al menos el nombre de los dioses, en la hora de la muerte, en el momento de los espantos del final, las palabras que serán comunicadas en el oído, en voz baja. En el silencio, cortado solamente por los ahogados sollozos y lejos ya de parientes y amigos, recuerde el lector...

“Una sensación de hielo, de sofocación, de vértigo te oprime y este es el primer síntoma. Tu cuerpo te parecerá hundido en *agua* helada y mortal; no percibirá nada externo, salvo ciertos pliegues de tu rostro que sólo un *lama* podrá descubrir. Lentamente, tus sentidos se cierran; no ves más, con los ojos abiertos; no oyes más los llantos y rezos alrededor de ti. Poco a poco, un calor insoportable, un fuego interno arde en tu pecho. Entonces, predominará el *Fuego* y tu respiración oprimida mostrará las llamas que te devoran, aunque tu cuerpo sea ya de hielo. Bajo este fuego devorador, te parecerá que los átomos de toda tu carne se disolverán en el *aire* y tu respiración desaparecerá;

¹ En tibetano: *Bardo Thodol*

entonces, tu consciencia se “centrará”, de alguna manera, en tu corazón, y este será para ti el gran momento”.

“Caerás en un desvanecimiento, en un sueño profundo, sin consciencia. Pero acuérdate que, entonces, tu *último pensamiento* será el faro que más tarde te deberá guiar. Este pensamiento último será la síntesis de toda tu vida, el panorama de tu *karma*, es decir, las huellas buenas o malas de tu existencia. Puedes, entonces, no haber sido tibio ni mediocre en todo: en el bien o en el mal, en el odio o en el amor. Los fuertes vivirán, pues la *idea* los habrá lanzado y sobrevivirán por esta idea misma, ya sea que deban merecer los *lokas* de dulzores inefables o los abismos tenebrosos...”

“¡Ay, las almas ávidas y desesperadas que ruedan en el cono de sombra de la tierra! ¡Asustadas por las visiones horribles de su propia vida y las tendencias secretas que entonces se revelan, activas, ellas van y vienen, buscando desesperadamente la masa de carne en formación en la que podrán hundirse y huir así del horrible resplandor de los abismos del más allá. Para quienes no buscaron la paz del alma y las claridades puras de la Beatitud, los misterios de la Muerte son dolorosos...”

“Perdidos en los vórtices sin número, en los abismos vertiginosos, sin apoyos, sin amigos, sin luz, sin reposo, ruedan por las olas de este mar monstruoso en el que zozobran siempre pero no se ahogan. Un resplandor pálido ilumina este mundo de angustia y las corrientes de la tierra y las de las influencias lunares atraviesan como tifones gigantes las masas vivas de seres que vagan sin esperanza, sin objetivo”.

“Oh tú, que lees esto, acuérdate de las palabras de los *Lamas*: las congojas de la muerte están llenas de espantos... Si en tu existencia terrestre deseaste alguna vez lo Único y

buscaste lo Inefable: esto será para ti un gran consuelo y una ayuda preciosa...”

“Escucha la marcha de los procesos de la muerte: las Deidades se mostrarán a ti; en las angustias del más allá, de tu corazón brotarán las formas divinas de apaciguamiento y calma. Si puedes escucharlas, bendito, bendito seas por seguir las e inclinarte humildemente... Pero, si, enloquecido por tus deseos y por los embriagadores recuerdos de tu cuerpo que se pudre, rechazas y desdeñas a las dulces Diosas de la Muerte, entonces vendrán las furias...”

“En medio de un estruendo espantoso en el que tal vez se entremezclan tus huesos helados, ellas llegan. ¡Ay, ay! Oye los llantos y los gemidos del abismo; mira las carnes que aullan bajo la opresión quemante o helada, y mira el milagro terrible: el renacimiento perpetuo de la forma a la que se aserra, corta, cepilla y tortura...”

—Maestro, Maestro, oh *Lama* todopoderoso, detente! ¿Estas son imágenes creadas para hacer reinar el bien entre los hombres mediante el temor al más allá? Mira, Maestro, a tus discípulos que están pálidos de terror y tiemblan al oír la descripción de los abismos...

—Escucha, escucha, *Chela*, toma el *Dordjé* sagrado, extiéndete sobre la piel de pantera y pronuncia los *mantrams*. Las estrofas místicas te guiarán hacia los abismos subterráneos y descenderás en las austeras moradas de Yama. Allá arriba, nosotros, los *Lamas* poderosos, velaremos los cuerpos inmóviles de nuestros discípulos en el templo oscuro, entre los fulgores rojos de los palillos de incienso y las oriflamas veneradas...

”Mira ese fulgor, oye esos gemidos que tienen el ritmo de las respiraciones invisibles de las Diosas sombrías de Yama, de las Diosas con cabeza de animales. Acércate, estás protegido por el poderoso *Dordjé* y los dioses te escol-

tan. Mira: observa los fuegos de los deseos que rugen, victoriosos e insaciables, y que envuelven a los seres como con una llama eterna. Mira a los orgullosos, a los concupiscentes; mira a quien despreció a los dioses, mira a quien pecó por el espíritu, mira a los magos negros, a los de la *mano izquierda*, cuyas lágrimas de sangre caen una gota tras otra sobre su ropa de color cobre oscuro, de matices rojizos; sus instrumentos mágicos los traspasan y sufren a cada instante mil muertes, todas ellas ocasionadas por su ciencia criminal...”

“Mira los ciclos negros de los demonios que los rodean, en una ronda infernal. Y siempre ese resplandor pálido, frío, implacable que *allá abajo* ilumina todas las cosas... Como en los sombríos días de tormentas, los nubarrones de colores de hierro, llamean entre los cuerpos esparcidos, reflejando la sangre y el fuego de las *gehenas*...”

Chela, vuelve a ascender lentamente de los abismos. Tus cabellos encanecieron en contacto con el más allá. Hijo mío, escucha en el silencio de la noche fresca y dulce las palabras esotéricas:

Has de saber que los horrores de *Hung* (el infierno) son tu propia creación. La ilusión está por doquier, en el universo entero, entre los dioses y entre los hombres. Con tu actividad, creas deseos sin número; visibles en los estados intermedios de la muerte, te agobian entonces con una fuerza igual a tu ignorancia... Si captas esta ilusión suprema de tu mente, serás liberado. Las formas horribles desaparecerán como con el resplandor de la mañana huyen las sombras de las pesadillas. Alcanzarás el *Nirvana*, el arrobamiento inefable en *el Único, sin forma*. Toda diferenciación se desvanecerá como se desvanecen en el Sol las larvas y los espíritus. El UNO se realizará en ti y habrás alcanza-

do el puerto, el Mundo de los Budas, el mundo superior
incluso a los de los dioses, en la dulce, radiante y santa luz
de la liberación...

EN EL SANTUARIO DEL DIOS VIVO

Pasaron muchos meses; en el monasterio de la Magia efectué rápidos progresos. Mis instructores parecieron satisfechos. Aprendí muchas cosas y vi extraños grimorios: los que enseñan a evocar a los Dioses infernales; a curar y matar a los seres vivos; a sugestionar a las muchedumbres y corresponder a distancia. No hablo de la predicción de los acontecimiento futuros según las estrellas o los dibujos que se forman sobre los esqueletos de las ovejas quemadas, pues todos los *lamas* conocen estas cosas y las practican...

La supervisión del *Potala* no menguó un solo instante; esto también lo sé. Y sólo medianamente me asombra saber que me dieron la orden de presentarme en el Palacio rojo, ante el Sagrado Colegio, el consejo supremo del *Daleh-Lama*, los doce *nom-Kan*'. La orden la transmitió un servidor del Palacio; apenas tuve tiempo de vestir mis ropas de ceremonia, el *Lagoi* y seguir al silencioso servidor del Todopoderoso. Tomamos por una de las calles plantadas con árboles, que conducen al Palacio pontifical; en medio de los parques que rodean a la montaña sagrada con un silencioso y tranquilo jardín, nos encaminamos rápidamente bajo el sol quemante. El corto verano del Tibet reina sobre todas las cosas y reseca a la inmensa planicie del Asia central... La rarefacción del aire marchita y el sol quema a las plantas raquíticas que pronto forman un fino polvo sobre el suelo rojo. El viento que sopla siempre al caer la noche levanta rápidamente estos desechos y, de

esta manera, el suelo se torna limpio, rocoso, desolado como ciertas landas que he visto en Bretaña o en Alemania...

Por la izquierda, pasamos a la escuela de Medicina y pronto abordamos las dos rampas de la inmensa escalera que conduce a la fortaleza gigantesca que, allá en lo alto, refulge en oro y rojo, bajo el sol rutilante. El palacio pontifical, construido por el quinto Buda viviente, Ngavan-Lob'sank¹, causa una primera impresión formidable. Es, en parte, templo, cuartel y monasterio. Aquí reina el silencio, el gran silencio tan particular de los monasterios del Asia... No hay ruido, salvo el de los enormes molinos de plegarias que gimen bajo el viento y que, perpetuamente, hacen irradiar, por su movimiento, la benéfica influencia de los textos sagrados que contienen. Se los colocó cerca de la escalera de honor del *Potala* y los monjes los vigilan, rezando. La tierra, las piedras, el aire, todo es sagrado en este lugar; los peregrinos recogen las pequeñas piedras que la intemperie grabó y cinceló, y se las llevan: son reliquias preciosas de la montaña santa. Los monjes van y vienen, con un paso siempre igual. Mesurados en sus actitudes y con los ojos bajos, desgranar el negro rosario que encierran en su puño derecho, meditando sobre las leyes esotéricas del Buda.

Entramos por una puerta pequeña y baja, ubicada bastante lejos del edificio central. El interior del *Potala* es el de un cuartel, primeramente: sala de guardia, escaleras estrechas y empinadas, cavadas en el muro; después aparece la suntuosidad: las salas de recepciones, revestidas con oro, plata y nácar. Estamos en una sala, la atravesamos lentamente: los paneles que adornan la pared provienen del Norte de la China, son lacas maravillosamente delica-

¹ Ortografía tibetana: *nag-dban-blo-bsan-rgya-mto'o*.

das y finas; hay corredores, salas de un solo color, en gris, en oro, en azul pálido. Esta última es tan maravillosa que le ruego al servidor, que me acompaña, que se detenga un instante para admirarla: un enorme caballo, al que reconozco como el animal místico, el *Lungta*, está bordado sobre un tapiz gris, con un matiz tan fino e inmaterial que estoy maravillado; toda la habitación está pintada de azul, de azul chino que más bien recuerda las aguas calmas de los estanques sagrados que el cielo vivo de Oriente; es un tinte indefinible, cálido, colorido, vivo...

Hay aún otras salas; hexagonales, redondas con el techo extrañamente inclinado, y un ídolo en medio de la habitación, de color rojo y oro; pequeñas capillas en las que las lámparas de grasa refinada arden ante la tumba de un *Lama* venerado, en una sombra perfumada; corredores que se hunden en inquietantes tinieblas de donde llegan murmullos de plegarias y golpes de gongs que yo reconozco bien. Aquí sólo hay una atmósfera de piedad y adoración, colmada de quietud y misterio.

Después, el mundo de ahora; soldados tibetanos, inmóviles, con uniforme color kaki, equipados al estilo inglés; monjes que hablan en voz baja; sirvientes que pasan; atareados y silenciosos. Atravesamos los grupos y me miran con poca curiosidad, pero siempre muy discretamente, como deben hacerlo las personas refinadas y de buena educación china.

Un *lama* desaparece de nuestra vista y aguardamos en la antecámara de la sala del Consejo de los Doce. El *lama* regresa y se aparta para dejarme pasar. De paso, me murmura que no olvide los ritos de la cortesía tibetana. Preparo el chal de felicidad y los presentes que traje. Ahora estoy ante el areópago sagrado, comenzando los ritos de prostración según la gran urbanidad de la corte del *Potala*.

Antes de inclinarme, cerrar los ojos y pronunciar palabras de paz y de homenaje, de buenas a primeras, no distinguo nada. El aire me parece singularmente fresco y la sala resuena extrañamente ante mis palabras. Finalmente, me quedo inmóvil en medio de la habitación, y veo. Es una nave redonda y sin ventanas. Lámparas de colores iluminan las paredes enteramente doradas. El techo es un inmenso mosaico chino, que representa las diez regiones del espacio según la astrología tibetana. En cuanto al piso, hay allí dibujadas figuras mágicas, de formas complicadísimas, y algunas me son enteramente desconocidas.

Alrededor de toda la sala hay un diván bajo, sobrecargado de cojines. Los doce jefes de los "Templos sin puertas", los *Nom Kan*, están sentados en cuclillas según la moda única del Asia e, inmóviles, me miran. Cada uno lleva una insignia y un atuendo particular. Ante Ellos, pequeñas mesas chinas están atestadas de documentos, rollos, elementos para escribir. El jefe está en medio del círculo que ellos forman y es él quien ahora me interroga.

—Hijo mío, conocemos la ruta que os condujo hasta aquí. Pero, antes de introduciros en el círculo de nuestros misterios, nos es necesario veros, conoceros, oíros...

Observé los doce rostros: se parecían al del *Umzé* de Chimi-Jadsa, mi Maestro venerado. La misma figura rasurada y menuda, con la nariz recta y fina de la raza aria; el mismo porte eclesiástico y siempre esa inmovilidad, que he observado entre los viejos *lamas*, y adquirida sin duda por las posturas de meditación. Esto hace que se parezcan a los Budas de piedra de los templos... En fin, un aire de elevada nobleza, de dignidad calma y voluntaria; estos son los hombres que gobiernan a millones de hombres y que conversan con los dioses, cara a cara, en los

santuarios...

—...Conocemos un poco vuestras doctrinas de Occidente. Estamos asombrados de que hayáis venido a nosotros, a quienes menospreciáis tanto, para buscar la Paz y la Luz... Nos parece útil interrogaros sobre vuestros conocimientos adquiridos antes de dejaros ir más lejos...

Para mi gran estupefacción, sin apartar de mí los ojos, el Maestro de los doce jefes del Tibet contó mi vida pasada, mis investigaciones, mis estudios. Me describió como tal vez yo jamás hubiera osado hacerlo conmigo mismo y eran terribles para mí esos reproches imparciales y severos que analizaban pormenorizadamente mi corazón y mi alma. Este hombre tenía un conocimiento de mi pensamiento que era verdaderamente sobrenatural; mis deseos ocultos, mis voliciones y mis propensiones secretas, que quizá yo nunca me hubiera confesado a mí mismo, eran expuestos en este pretorio; yo no experimentaba molestia alguna; estos hombres inmóviles que escuchaban al Jefe, estos Jueces, no parecían tener una curiosidad malsana. A medida que se desarrollaba esta extraña confesión, en la que los papeles estaban invertidos, yo me sentía más fuerte, más libre. Mi vida pasada desaparecía en un torbellino confuso, en un olvido que yo sentía definitivo...

El Jefe hablaba ahora de mis estudios occidentales; citaba a los autores y filósofos que yo leyera o aprendiera y cuyas ideas influyeran sobre mí. Al oír en esta sala extraña, en Lhasa, en el corazón del Asia, resonar los nombres de Kant, de Bergson, de Freud, esto me parecía ridículo e incomprensible. Sentía yo el abismo entre el pensamiento humano y el pensamiento místico, entre los hombres y los dioses. Entre nuestras disputas de escuelas y la síntesis magnífica del Oriente, yo medía la diferencia absoluta y la unión imposible. Lo que el joven Occidente puede afirmar,

el viejo Oriente lo medita desde hace siglos bajo formas diferentes. Nuestras teorías más recientes, nuestros descubrimientos más audaces están consignados allá abajo en los manuscritos de los monasterios. Esto lo he comprendido y me inclino ante la conclusión ineluctable...

El Jefe del Consejo terminó la exposición de mi vida. He sido analizado moralmente durante dos horas por este hombre cuyos ojos brillantes en el rostro bronceado no se apartaron un segundo de los míos. Sigue un silencio que ningún ruido interrumpe; los doce *Nom Kan'* cerraron los ojos y experimento de repente una incomodidad ante estos hombres inmóviles quienes —lo siento— se comunican con alguna cosa... Me parece ver encima de ellos, como en una nube, el mismo rostro severo de la Gruta del Buda, pero quizá no sea sino una alucinación de mis sentidos debilitados. Una atmósfera intensa de misterio reina en esta habitación extraña, ante estos jefes de lejanas regiones en las que reina el lamaísmo...

Y los minutos pasan, interminables, en este silencio que, para mí, se torna pronto intolerable. Ahora me parece que unos resplandores atraviesan la habitación y, tal como lo observé en las grandes ceremonias lamaicas de los templos tibetanos, el aire se carga con una especie de electricidad que pasa sobre la piel como efluvios crepitantes, como centellas; y esto me tensa dolorosamente los nervios. Un fulgor parece oscurecer el aire entre mí y los doce *Lamas* a quienes no percibo sino a través de una especie de sombra indecisa y gris...

Pero, ¿qué quieren estos tibetanos, estos *Lamas* inmóviles, con los ojos dados vuelta bajo los párpados semicerrados? ¡No pronuncié palabra después de mis saluciones rituales y, sin embargo, me conocen más que yo mismo! Están en un mundo en el que no los puedo seguir... un

mundo en el que las almas de los hombres leen en las otras almas de los hombres, sus hermanos, como en un libro entreabierto...

Oigo ahora que repica una campana en la bruma gris y dorada que me rodea; esta campana es obsesiva; nada veo alrededor de mí; ¡tal es la bruma que hay en la habitación! Mis ideas se dispersan; mi cerebro ciertamente está a punto de estallar, pues todo esto es, en fin, terrible. Y el temor se apodera de mí; el temor que, de noche, hace gritar ante la sombra más opaca que de costumbre en la que hay *alguna cosa*. Recuerdo mis antiguos temores; el que, por ejemplo, tuve en la China, en la época de la Revolución, cuando me tiraron a un pozo en los alrededores de Pao-Ning, con otros chinos masacrados, y donde permanecí durante cuatro días, inmovilizado por mis heridas; entonces oí cómo las carnes y los músculos de los cadáveres rechinaban en la sombra de la fosa... Quiero escaparme, pues ya no soy más dueño de mí mismo. Aquí, alrededor de mí, hay una fuerza horrorosa, implacable. Me parece estar como arrastrado en el eje formidable de una rueda inmensa que gira de modo vertiginoso... Soy aplastado, aniquilado... La campana suena siempre lentamente, en un ritmo que me parece el de los latidos de mi corazón, de mi vida entera. El eje gira inexorablemente, siempre en el mismo ritmo vivo de la campana. ¡Qué suplicio horrible!... Después, finalmente, la caída en un agujero negro, en el vacío, como una masa...

LA DECISION DEL POTALA

Me desperté muy tarde por la mañana, con la cabeza pesada. Yo estaba en una pequeña habitación en la que, por una angosta ventana, el sol penetraba oblicuamente. Yo no tenía recuerdo alguno luego de mi interrogatorio ante el gran Consejo tibetano y, además, me fue imposible conocer el final de la extraña entrevista de la víspera; este es un secreto que jamás me fue revelado, pues está bien guardado el silencio sobre las deliberaciones de los *doce*.

Me enteré que finalmente me habían admitido para proseguir mi Iniciación, pero con la condición de prestar el solemne juramento de no salir más del Tibet. Esto me lo anunció un *Lama*, todo encorvado por la edad, cuyo rostro inmóvil estaba impregnado de nobleza y dignidad.

—Por supuesto, —agregó— todavía estáis en libertad para volver a vuestra nación; podéis abandonar la tierra sagrada. Pues, de nuestras doctrinas y nuestros escritos sagrados sólo aprendísteis el sentido alegórico y mágico, que son las primeras y más inferiores interpretaciones posibles. Todavía ignoráis nuestros secretos más poderosos y nuestras luces más sublimes. Pero, los *Nom Kan'* (¡benditos sean!) no os pueden permitir el acceso a estos altos grados si no os convertís en uno de nosotros, para siempre... Ellos me dieron la misión de guiaros hacia nuestros misterios superiores, hacia la Paz inefable de los Budas. Con este título, yo seré el intermediario entre el Consejo del *Daleh-Lama* y vos... Por ahora, reflexionad sobre todo esto y dadme vuestra respuesta, cuando caiga la noche...

Y el viejo *Lama* se retiró, dulcemente, sonriendo, en la sombra discreta del palacio monacal.

Yo esperaba esta diligencia hacía largo tiempo. Los occidentales suscitaron demasiada amenaza como para hacer sospechar de todos los que se dirigen al Oriente. ¡Cuántas veces encontré, en mi marcha hacia los templos ocultos en las nieves, este recelo y este temor! Empero, me considero un privilegiado de los dioses por haber podido recorrer tal camino desde mi llegada al Tibet...

Yo sabía que una vez asumido el compromiso, debería permanecer aquí para siempre, pues las órdenes del *Potala* son escuchadas y ejecutadas formalmente. Más tarde me enteré del poder político y social formidable de este último centro de la Iluminación pura que reina sobre todo el Asia, hasta los confines de las islas de la Malasia y ciertamente aún más allá.

¿Por qué abandonar, pues, esta vida totalmente interior y de pura investigación espiritual? ¿Por qué volver a las ciudades de humo, de cielo gris, de bruma, por qué regresar a las peleas de multitudes y razas, a los pisoteos del fango?... ¿Por qué volver a ver el odio y la miseria? ¿Por qué asistir, impotente, a las injusticias y los crímenes, al lento desarrollo del Destino trágico de estos tiempos de tinieblas y miseria, tal vez necesario, pues es la propia naturaleza de las cosas, pero envenenando toda energía espiritual y todo esfuerzo hacia la paz del Alma?... ¿Por qué sufrir, actuar?

Cuando los últimos rayos amarillos y violetas, siempre magníficos en el espléndido abrazo del cielo, vinieron a iluminar las cúpulas de oro del palacio de la Ciudad de los Dioses y la puerta dejó pasar al mismo viejo *Lama*, que salía sin duda del Templo y venía a buscar mi respuesta, lo único que hice fue adoptar la postura sagrada del

“Buda renunciando al mundo y el viejo *Lama* comprendió. Sin una palabra, inclinó la cabeza y permaneció en silencio cerca de mí... Y la sombra invadió la habitación, pues el sol desaparecía definitivamente detrás de los picos inmaculados del Oeste, cuando de todos los monasterios del Asia se elevaba la misma nota melancólica del llamado a la oración, en la sombra del anochecer...

EN LA CIUDAD DE LOS DIOS

La enseñanza lamaica se expresa con una tradición oral que se apoya en textos sagrados. Esta enseñanza prosigue en los monasterios, “los templos sin puerta”, como se los llama en la China occidental. Sobre las laderas del *Potala*, se hallan numerosos monasterios que tienen un *Lama* como jefe de escuela filosófica y un grupo más o menos importante de novicios. Seguí la enseñanza del viejo *Lama* que había sido designado para que me guiara. Esta enseñanza es totalmente diferente de la que se acostumbra a ver en Occidente. Según la calidad de los oyentes, la enseñanza del *Lama* es más o menos completa, aumentando o truncando la glosa de textos, y ciertas doctrinas y ciertas fórmulas de meditación no se dan sino de boca a oído, en los lugares desiertos.

De manera que, para mí, proseguía el lento trabajo de transformación mental. Yo me mezclaba con el grupo de las disciplinas de mi *Lama*, grupo que se llamaba: “el corazón del Buda compasivo”, pues éste era uno de los temas favoritos de nuestro Maestro. Aquí ya no se trataba de magia ni de Yoga: ejercicios espirituales, meditaciones sobre figuras y textos escogidos y que acrisolan cada vez más la mente de los discípulos: he aquí nuestros ejercicios diarios.

Por ejemplo, ésta es una de nuestras lecciones, comentario de un libro sagrado, de un *Upanishad* traducido al tibetano. El texto decía más o menos esto: “*Quien dice ‘Yo soy Brahma’ se convierte en Eso. Y a ese hombre, los Dio-*

ses lo obedecen y no pueden hacer que ese hombre desaparezca, pues éste es su propia sustancia, su propia alma... Mas, quien adora a una Divinidad y declara: esta divinidad está arriba, y yo estoy debajo, ese verdaderamente no sabe. Es como ganado alimentado por los Dioses y cebado con esta finalidad. Cada persona, cada adorador alimenta a su dios. Así mismo, un animal sacado del rebaño, no es agradable a los Dioses; ¿y si se los arrebata a todos? Es por ello que los Dioses no quieren que los hombres sepan esto..."

Y magistralmente el *Lama* nos interpretó el texto. Nos mostró los dioses de la naturaleza, su papel, su poder; los dioses que son los genios de los volcanes, de los temblores de tierra, de las estaciones, de los astros, de los ríos, de los cataclismos naturales de toda clase. Son los portadores del rayo y ejecutan sus efectos extraños; son los demonios del fuego central de la tierra. Estos dioses esclavizan a los hombres mediante el terror, y éstos últimos, en su ignorancia, los llaman el destino ciego de las leyes naturales.

Después, habló de los dioses particulares, de los dioses individuales, de quienes obsesionan a unos, quienes animan a los profetas y crean las corrientes místicas de la humanidad. Son los dioses de presa, seres que viven de la sangre del alma de quienes los adoran, y de los que hay que librarse. Los panteones asiáticos están llenos de estos dioses que son los ídolos de las multitudes. Estas les dan de comer, tanto con su adoración como con sus ofrendas. Y esto es aún necesario, pues estas fuerzas así encauzadas son armas poderosas en las manos de quienes las dirigen convenientemente. Así aprendí a dominar a los dioses, a todos los dioses que esclavizan el alma de los pueblos y ocultan, bajo uniones imposibles y ardores místicos, un vampirismo espantoso. Los dioses, todos los dioses viven de nuestra fuerza física, y el *Yogin*, el Liberado, debe comenzar a li-

brarse de esta atadura titánica...

Y las palabras graves continuaban, descubriendo misterios pavorosos... Me dijeron que los ascetas, los *Yogins*, no conocen el secreto de la existencia de los dioses, pues es un arcano que sólo los Maestros tibetanos comunican al pequeño círculo escogido de sus discípulos.

En ocasiones, después de una jornada de estudio, mi Maestro me llevaba con El en un coloquio solitario. Descendíamos la colina del *Potala* y vagábamos un poco a la aventura, en la floresta de los parques inmensos que rodean a la ciudad y los monasterios. Entonces, más íntimamente, el sabio *Lama* me instruía sobre la Ciencia eterna. Como un padre muestra la vida de los antepasados de su familia, él me contaba a menudo la vida y la leyenda de los antiguos *Lamas*, de los Maestros venerados. Era Lao-tse que abandonaba la China, en el ocaso de su vida, y dirigía al oficial de la frontera su último mensaje, antes de penetrar en uno de los monasterios solitarios del alto Tibet oriental, patria espiritual de quienes escalaron la montaña de la Ciencia sagrada. Eran también los antepasados desconocidos, que pueden identificarse en los misioneros nestorianos de los tiempos primitivos, y que sin duda acudieron para traer al Tibet algunas de sus doctrinas; estos misioneros son los Sabios de nariz recta y piel blanca de los que ciertos templos conservaron las estatuas y, según parece, los escritos. Eran, en fin, los enviados de la India o los maestros budistas, Padma Sambhava, Thonmi Sambhota, Shanta Rakchita y, por último, el divino Tsong-khapa, el reformador, el inspirado del Cielo. Con el ejemplo de estos Sabios, mi *Lama* me indica la voz a seguir, el camino del renunciamiento y de la Paz divina. Pues ahora es el período de realización de todo lo que aprendí desde mi llegada al Tibet. Hay un fenómeno que desde entonces se me confirmó: en

el contacto de un Ser espiritual que llegó a la iluminación, todos los que se le acercan, hasta los más toscos, los más indiferentes, los menos evolucionados en la ruta del Espíritu, sienten la fuerza divina, el radiante poder del Lama y se tornan mejores, quizá por un tiempo, y, en ocasiones, sin mañana. Pero en el fuego radiante del Iniciado, en el contacto del poder de su espiritualidad, el espíritu más burdo se irradia a su alrededor, temporariamente, como un frío metal en contacto con un horno.

Y así los discípulos del *Lama* bienhechor meditan, comprenden y avanzan por el angosto sendero. A través del mundo, hay una secreta correspondencia de símbolos y enseñanzas esotéricas; recuerdo entonces los centros iniciáticos árabes, chinos y, en particular, taoístas; son los mismos modos de meditar sobre la Vía del Ser en el Medio Invariable. Es la misma tradición primitiva que se irradia todavía sobre el Asia y cuya Luz se mantiene esmeradamente en los centros espirituales de la China, del Tibet y de la India.

EVOCACION DEL DRAGON

En la enseñanza que ahora recibo, ya no se trata de dioses ni de magia, lo cual se deja en manos de los *Lamas* brujos. Hay ciertas verdades de orden natural y físico que los *Lamas* tienen que hacer verificar, sin embargo, a sus discípulos. No tengo el derecho de decir mucho al respecto; la vida del Universo es compleja y de oscuros encadenamientos.

Llegó un tiempo en el que mi *Lama* nos habló del Dragón, de la imagen de la Vida, del Verbo que asciende y desciende las espirales de múltiples manifestaciones del Cosmos, como el dragón chino asciende los pantanos lodosos para desaparecer en las nubes. En esta ocasión, recuerdo un versículo de un libro chino que nos citó y cuya profundidad me sorprendió:

"...En tu costado izquierdo, el Dragón te morderá y por esta herida Dios penetrará en ti; la voz, sin la emisión de sonidos; la comprensión, sin el objeto; la visión, sin los ojos, he aquí las gotas de sangre de la mordedura. Así tu pensamiento será Su pensamiento y tu sangre la Suya, y estaréis unidos en el Cielo..." ¡Palabras profundas! Y nuestro Maestro nos comentó el grandioso simbolismo del Dragón sagrado, originario de la lejana China...

Ahora bien, en esta época, las fiestas del Dragón tenían lugar y se realizaban grandes diversiones en Lhasa durante estas festividades religiosas. Nuestro *Lama* nos dijo que en esta ocasión los Superiores de diversos monasterios de la región se reunían en la ciudad santa y procedían a la evocación del Dragón celeste. El mismo debía dirigirse al

templo del *Potala* durante algunos días y nos dio algunos ejercicios para que ocupáramos nuestros trabajos durante su ausencia.

De paso hacia Lhasa, y volviendo con mercaderes chinos del Tibet occidental, llegó un gran amigo de nuestro *Lama*, un religioso taoísta, un *Phutuy*. Se encontraron en alguna parte en el inmenso continente asiático. Este religioso se quedó durante las fiestas, y mi Maestro, sabedor de que yo conocía chino, me presentó al taoísta. Así, viví varios días con el *Phutuy* y, gracias a mi situación especial de discípulo de un *Lama* venerado de Lhasa, aprendí muchas cosas sobre el esoterismo y las sociedades secretas chinas; quizá más de lo que algún europeo conociera jamás.

Era un anciano arrugado y pequeño, de un porte severo y, en el primer trato, distante. De una cortesía de raza, que no se encuentra más en este mundo, ni siquiera en la joven China, las largas meditaciones y los trabajos austeros lo habían afinado, afilado; su cráneo estaba enteramente rasurado. Los discípulos que lo acompañaban tenían con él un cuidado muy especial, y se ocupaban de su persona como los hijos de un padre amado. Siempre ricamente vestido, cubierto con un gorro de seda negra, adornado con diamantes magníficos, el religioso chino paseaba sobre las cosas y las gentes una mirada ausente y como velada por un ensueño sin fin. Los *Phutuy* están por encima de los *Tsongsang*, los que enseñan e inician a los jóvenes discípulos. Los *Phutuy* son los ascetas, los solitarios espirituales en los monasterios cerrados en los que se enseña más y en los que se medita siempre. La ciencia suprema la obtienen entonces por sí mismos, en una soledad absoluta. El *Phutuy* me dijo que permaneció doce años en un monasterio del Norte de la China, sin hablar ni leer una sola obra. Tras haber alcanzado entonces la iluminación y satisfecho

finalmente con el resultado obtenido, ingresó en la vida política. ¡Misterio de la vida religiosa asiática, siempre incomprensible para nuestros razonamientos occidentales!... Los discípulos que, paso a paso, le cuidaban y acompañaban, no recibían enseñanzas pero vivían en la atmósfera espiritual del Asceta y esto les bastaba, según las influencias ocultas de las que ya hablé anteriormente.

Le hablé de la fiesta del Dragón y le planteé algunas preguntas al respecto. Me afirmó la existencia del Dragón terrestre, imagen invertida del Dragón celeste y que reside en medio de los espíritus infernales, en el centro de la tierra. Parece que en la China una de las pruebas que se le da al discípulo consiste en ir a combatir solo contra el dragón infernal. Finalmente, en el transcurso de nuestras conversaciones, el *Phutuy* me aseveró que tenía el poder de transportarse cerca de este Dragón y transportar también a quienes lo desearan. Además, estimaba que eso era magia y no me interesaría. Deseando tener una experiencia sensible del poder de los Iniciados chinos, le rogué a uno de mis *lamas* amigos que le pidiera al Religioso, no atreviéndome, ante mi grado inferior, a hacerlo yo mismo. Hubo algunas reticencias; finalmente, después de una conversación decisiva, el *Phutuy* nos prometió formalmente al *Lama* y a mí, actuar según los ritos de la alta Magia china y hacernos “descender” en la morada del Dragón...

La experiencia debía tener lugar en una pequeña capilla del *Potala*, que el *Phutuy* conocía particularmente. Era toda roja y oro, y las eternas lámparas de grasa refinada eran lo único que iluminaba las paredes de la pequeña habitación, sin ventana. Un enorme biombo chino estaba plegado en un rincón y me di cuenta de que esta capilla parecía más particularmente destinada a una divinidad de origen chino. Los ideogramas bordados sobre las tres o cuatro

banderas eran chinos. Sobre el altar estaba el joven Dios Thap'kieph, el Buda niño, saliendo del loto del mundo, representado éste por cuatro figuras arrodilladas, los *Thieu*. Alrededor, las estatuas de Han-Kha-Dieph, los *Pho-huc*, imágenes de la Sabiduría, de los *Omthé*, imágenes de los liberados, y, finalmente, los cuatro "guardianes del Umbral", de la ciencia esotérica china; estos últimos en los cuatro rincones del mundo, velan, inmóviles y gesticulantes, para arredrar al imprudente que ose aventurarse sin guía ni protección por el camino sagrado. Y todo esto causaba una impresión de permanente misterio y de sombría magia china introducida en la capillita del *Potala* de Lhasa.

Pronto llegó el *Phutuy*, con el mismo atuendo que la víspera, con sus instrumentos litúrgicos. Dio un golpe de gong y comenzó las oraciones y las adoraciones a los santos personajes. Como se expresaba en chino antiguo, con entonaciones especiales, me fue casi imposible seguirle. Sólo observé los gestos rituales. Ofrendó granos de arroz y flores; luego de unos instantes de silencio, me rogó, en tibetano, que me pusiera en cuclillas, con el *Lama* que me acompañaba, sobre un cojín que él trajera. La escena se tornó fantástica: el joven Dios de oro sonreía en los resplandores inciertos de las lámparas y un pesado olor impregnaba la atmósfera de la capilla sagrada. El *Phutuy* trazó, con una especie de espada acerada, un rápido círculo alrededor de nosotros y lanzó un puñado de perfumes en un enorme pibetero. El polvo crepitó en el silencio de la habitación. Entonces, ocurrió una cosa inconcebible.

Inmediatamente, sin transición alguna, las paredes y el altar desaparecieron ante mis ojos; me pareció hundirme, a una velocidad vertiginosa, en el suelo, y sentí netamente mi *respiración cortada* por el traslado vertical de mi cuerpo. Caí realmente en un abismo... sentí que mi garganta se

contraía y procuré colgarme de cualquier cosa, pero delante de mis ojos se agitaba una sombra espesa, con una impresión de frescura húmeda, de fetidez, de enmohecimiento. Busqué a mi compañero, el *Lama*, y le vi a mi lado, con el cuerpo contraído de espanto, la cabeza oculta en un pliegue de su manto amarillo... Ante nosotros, derecho, luminoso en una aureola de fuego, el Mago chino, con los ojos cerrados, parecía dirigir nuestra caída.

¿Cuánto tiempo duró este descenso en el abismo? No lo sé. Pero los minutos fueron largos, en esta carrera horrible en el seno del abismo.

La fetidez y la humedad aumentaban; creí ver resplandores, formas fosforescentes, cosas blanquecinas que se movían lentamente en la sombra llena de agua. Un frío helado cayó sobre mi espalda y tirité...

De pronto, un fulgor ascendió y un espectáculo pavoroso se ofreció a nuestros ojos. Ante nosotros, en una caverna inmensa, chorreando agua y hielo, embadurnado de barro, se estiraba un enorme monstruo, bestia de pesadilla y apocalipsis. Era espantosa, terrible. A mi lado, el *Lama* estaba doblado sobre sí mismo, con las manos crispadas en una última convulsión, la cara de cera. En un sueño, me pareció que el monstruo, cerca de nosotros, se agitaba pesadamente. El mago chino lo amenazó con su espada y un rugido apagado resonó en el horrible antro. La carne del Dragón me pareció agitarse con temblores convulsivos. ¿Qué fue este monstruo? ¿Fue un sueño, una pesadilla, un símbolo? Nunca lo supe. Mi carne estaba helada, mis nervios crispados, y perdí conciencia de mí mismo...

Volví a encontrarme en la oscura capilla. El *Lama* estaba todavía desvanecido a mi lado... En la sombra, el *Phutuy* seguía impasiblemente salmodiando las invocaciones chinas al joven Dios de oro, al *Thap-kieph*, al Buda niño,

que salía del loto del mundo, representado por cuatro figuras arrodilladas, los *Thieu* sagrados de la China misteriosa...

EL ENVIADO DEL MAESTRO DE LA TIERRA

“...Pero pronto... espera aún... una-dos-tres lunas... Tú sabrás; verás la hermosa Luz de la tierra...” Las palabras del Oráculo del Dios encarnado vuelven a mi memoria. Desde ese día, a pesar de mí, cuento los meses lunares, los *Dava*, que los tibetanos designan también con los nombres de los animales cíclicos: la rata, el buey, el tigre, la liebre, el dragón... Pronto pasarán cuatro lunas y en el asilo silencioso y calmo en el que habito ningún acontecimiento, ninguna distracción viene a romper las meditaciones de los Sabios. Las únicas novedades llegan con una embajada de algún monasterio alejado, una peregrinación de mongoles piadosos, vestidos con pieles de oveja y cubiertos con abrigos de pieles. Felices de haber llegado a buen puerto sin accidentes, cuentan sus viajes a los *Lamas* que acuden a recibirlos. Así me entero de las escenas de atrocidad de la Mongolia del Norte bajo la invasión de los ejércitos rojos; los monasterios saqueados e incendiados, las estatuas de maderas preciosas, los viejos ídolos, destruidos y destrozados. Parece también que el *Bogdo-Khan* de Urga huyó antes de las batallas y las invasiones chinas y moscovitas. Estas conversaciones son escuchadas y anotadas, pues Lhasa tiene ciertos ciudadanos, posee ciertos oídos, tanto en el Sur como en el Norte, que un día tal vez podrían asombrar a Moscú o al *Foreign Office*... Ahora conozco las razones de ser de ciertas peregrinaciones, de ciertas embajadas, de ciertos monasterios; pero yo no diré más, pues no quiero traicionar a mis amigos y Maestros. En Oriente, un día habrá sorpresas,

y actualmente las naciones europeas tal vez jueguen el papel de cándidos y simples instrumentos entre los dedos de largas uñas cuidadas de ciertos *Lamas*. El amarillo conoció al blanco y pronto aprendió a apreciarlo a fin de servirse de él un día.

Así, los largos relatos ingenuos de los peregrinos rompen la monotonía de los austeros trabajos del monasterio. La cuarta luna termina. Mi Maestro me inicia en la Metafísica lamaica según las reglas inmutables de la Tradición. Son fórmulas sagradas, claves que abren los textos de los escritos sagrados casi incomprensibles por demás sin aquélla. Estas fórmulas pueden trasportarse a figuras geométricas y sirven entonces en ciertos ejercicios de meditación; esto corresponde a la mística tántrica que ya estudié.

Una tarde, mi Maestro nos dijo que pronto se produciría un acontecimiento importante. Una vez por año, en épocas calculadas según ciertas leyes ocultas, los monasterios del Tibet cierran sus puertas a los curiosos y peregrinos, y tienen lugar misteriosas ceremonias. Esto yo lo sabía por mis anteriores viajes a la China. Pero mi situación entonces era totalmente diferente. El anuncio se efectuó con toques de trompetas y caracolas de que nadie se acercara al monasterio a menos de una distancia determinada; pronto se cerraron las puertas de las celdas de los *Lamas*, rezando y meditando cada monje en su propia celda.

Con mi iniciador, aprendí los vínculos secretos entre la doctrina filosófica y la constitución política del Tibet. Los tres aspectos de la Ciencia Universal: la Ciencia teúrgica, la Ciencia espiritual y la Ciencia física y material son representadas por tres centros de fuerzas que dominan al Tibet con su aplastante esplendor y su temible poder; el *Tashi-Lama* que gobierna a los Dioses y a los Demonios; que enciende las llamas de oro ante las estatuas de los ante-

pasados con su solo poder mágico; el *Daleh-Lama*, que refleja la pura espiritualidad, la metafísica calma y luminosa del Asia; el *Bogdo-khan*, el príncipe de la Mongolia del Norte, potente influencia guerrera y que supervisa las sociedades militares y secretas de todo el Asia. Entonces, comprendo las razones de mis estadas en mis diversos pasajes hacia el Tibet y la Unidad oculta de esta marcha ascendente; yo había pasado por tres monasterios que, en su manera de ser, eran los reflejos de los tres poderes de la Organización mágica del Tibet; así, aprendí las tres ciencias del Saber universal en los sitios donde se las enseñaba especialmente.

—Y ahora, Hijo mío, —continuó el viejo *Lama*, en el silencio de todas las cosas que nos rodeaban— hay un misterio muchísimo más profundo que todo esto. Esta organización religiosa que te describí no es sino el reflejo de una organización más perfecta, totalmente espiritual, aunque casi de *nuestra Tierra*; allí está *el gran misterio*. Has de saber que reina sobre toda la Tierra y más allá del *Lama de los Lamas*, *Aquel* ante el cual el *Tashi-Lama* mismo inclina la cabeza. Aquel a quien llamamos *El Maestro de los tres Mundos*. Su reino sutil está oculto y los de “la Tierra de las Nieves” somos Su Pueblo. Su reino es para nosotros la tierra prometida, *Napamaku*, y en nuestro corazón llevamos la nostalgia de esta comarca de Paz y de Luz. Allí, un día terminaremos todos, ante los bárbaros invasores y en los tiempos cercanos, pues nuestros Oráculos son formales. Los más Santos de entre nosotros ya partieron hacia *Napamaku*, en los Monasterios de Sabiduría del Maestro de los tres Mundos. Pero un día, para salvar la Tradición eterna de la profanación posible, huiremos ante los invasores del Norte y del Sur y ocultaremos de nuevo nuestros escritos y nuestra Doctrina. ¿Qué le importa todo esto al Venerable,

a la “Poderosa Joya del Cielo”? Para *El*, un día es como un ciclo para nosotros. Inmutable, *El* reina sobre el corazón y el alma de todos los hombres. *El* conoce sus pensamientos secretos y ayuda a los defensores de la Paz y la Justicia.

El no ha estado siempre en Napamaku. La Tradición nos dice que antes de la gloriosa dinastía de Lhasa, antes del sabio Passepa, antes de Tsongkhapa, el Maestro Omnipotente reinaba en Occidente, sobre una Montaña rodeada por grandes bosques, en el País que hoy habitan los *Pili-neu-gheu* (la gente de afuera, los extranjeros). Por sus Hijos espirituales, *El* reinaba sobre las cuatro direcciones del Mundo. En ese tiempo existía la *Flor* sobre la esvástica... Pero los ciclos negros expulsaron al Maestro del Oeste y *El* vino al Oriente, entre nuestro pueblo. *El* apartó entonces la *Flor* y sólo queda la esvástica, símbolo del poder central de la “Joya del Cielo”. Su omnipotencia nos protege, pero las leyes inexorables de las cosas nos dominan, y ante los ciclos sombríos corresponde ocultarse y esperar... Una vez por año, *El* da sus instrucciones a su pueblo y a los pueblos del Asia mediante un delegado de su Reino que se encarna en Lhasa; durante este período, toda el Asia permanece en oración, pues el Maestro de los Tres Mundos *se comunica con su pueblo*. Este momento llegó. Al estar en Lhasa, serás admitido en presencia de su Enviado y participarás de la solemne bendición del *Maestro* de los dioses y los sabios.

Y una tarde, en efecto, las caracolas sagradas, lúgubremente, en la noche que caía, nos llamaron al Templo principal del *Potala*, el que es dominado por una cúpula de oro maciso y cuyas numerosas estatuas están llenas de joyas inestimables. Todos los monjes de los monasterios de la Colina santa estaban presentes. Acudí allí con mi Maestro,

no teniendo el derecho de estar solo en el recinto sagrado. La sala inmensa zumbaba con los murmullos de las oraciones. En este lugar se hallaba reunido todo un pueblo de monjes. La música sagrada comenzaba los cánticos graves que los toques de los *damarus* marcaban apagadamente.

Cerca de los inmensos Budas, en el fondo de la nave, bajo un dosel, ante una mesa atestada de documentos, había una forma, enteramente velada y que dos servidores parecían proteger, con grandes biombos laqueados, contra las influencias invisibles. A su lado y de pie, en un magnífico atuendo amarillo, ceñido con un chal azul, la cabeza adornada con el gran tocado de ceremonia, había un hombre cuyo aspecto me asombró inmediatamente. Sus rasgos parecían amarillos y, sin embargo, las sienes eran blancas. La tez era clara, y sin dificultad pude distinguir un tipo caucasiiano puro, que sobresalía sobre el conjunto de rostros bronceados y arrugados que lo rodeaban. Su actitud era de soberana nobleza; en la majestad y la calma de sus gestos rituales, pues presidía la ceremonia, había algo regio. Mi Maestro me dijo que la forma velada era el *Daleh-Lama*, y el hombre de atuendo amarillo, el enviado misterioso del Maestro de la tierra.

La ceremonia, de forma muy especial, y que se me prohibió que yo relatara aquí, toca a su fin. Según los ritos tántricos, cada monje acompañado por su Padre espiritual debe desfilar ante el trono pontificio para recibir la bendición. Observo el fervor de los *Lamas* al acercarse al misterioso misionero. Casi con terror se inclinan ante el poderoso *Lama*; todo esto se efectúa en silencio; los monjes se recubren, por turno, con un pliegue del manto amarillo y regresan a su habitación para continuar su meditación y sus oraciones. Me acerco lentamente al grupo de los po-

derosos *Tulkus* y *Kampohs* (quienes dirigen a los otros monjes en su vida espiritual). Mi *Lama* me acompaña, pues según los ritos, siendo mi Iniciador, debe presentarme; todavía no soy digno de pronunciar algunas palabras en una ceremonia de esta importancia...

La mirada del Enviado misterioso del reino desconocido se fija en mí y siento que la fuerza intensa que se desprende de sus ojos me atraviesa y busca en lo profundo de mí mismo. Oigo que la voz grave pregunta a mi *Lama* quién soy, yo, el hombre *Pilineu-Gheu*, el de los rasgos de la raza que vive en Occidente... Mi Maestro explica mis viajes y mis votos iniciáticos. Pero la forma velada, a su vez, se agita sobre el trono de oro macizo, e interroga. Un servidor se inclina y habla dulcemente en el Oído del *Daleh-Lama*. Observo un hecho extraño que, a continuación, me asombra, cuando recuerdo esta escena: es la voz extrañamente femenina que salió de debajo del velo... A nadie le pedí que me explicara esto y, sin duda, jamás lo pediría, pues eso sería, indudablemente, la muerte por mi pregunta indiscreta y profanadora...

Recuerdo, como en un sueño, las palabras del *Lama* del gran manto resplandeciente: —Hijo mío, vete, la bendición del Maestro está sobre ti. Trabaja y medita, pues fuiste llamado y tal vez seas elegido... Vé unos meses a los monasterios de *Lapsché*, en las Montañas del Sur... te seguiremos y guiaremos, discípulo del sombrío Occidente...

LEYENDAS Y MISTERIOS DEL TIBET

De inmediato, la decisión del Enviado se conoció y comentó en el *Potala* y me parece que estoy más libre y menos vigilado. En el Templo, me permiten sentarme entre los *Gechés*, quienes superaron la etapa de simples *thra-pas* (estudiantes). Los novicios comienzan a inclinarse ante mí como ante los *Lamas* que enseñan...

Mi Maestro me relata a veces las santas leyendas que iluminan la vida religiosa de estos países en los que la historia, tal como nosotros la concebimos, no existe; los orientales no retienen de los hechos pasados sino lo que puede ser de alguna utilidad espiritual, y ubican estos hechos en su verdadero lugar en las leyes humanas. Los grupos de raza o de sistemas religiosos se individualizan en una persona que representa a esos grupos; así, a los Indos, Manú, Rama...

En el Tibet, la administración es únicamente la de los monjes; las ciudades son monasterios en la ladera de la montaña, contruidos sobre la roca, con fortalezas y murallas impenetrables. Los tibetanos son piadosos y viven una vida impregnada con la presencia de los dioses; nada hay más conmovedor que ver, por la mañana, a los labradores y a los pastores, dirigirse a los inmensos campos que rodean sus moradas, murmurando las plegarias a los dioses y a los espíritus que los protegen; a menudo, encontré mujeres que se dirigían a los torrentes de las montañas y cantaban juntas himnos religiosos de una tristeza infinita... ¡Qué vida extraña la de este pueblo en el que todo habla de lo di-

vino, las piedras, las montañas nevadas, los ríos torrentosos y los árboles perfumados!...

Y estas son las leyendas que el *Lama* me cuenta, al anochecer, con el resplandor de las lámparas de grasa refinada. En general, a esta hora, el viento se levantó y sopla tempestuoso. Es un clamor continuo que penetra por doquier y hace vibrar todo: las paredes de madera o de piedra, los techos, las grandes banderas doradas y rojas que están en el interior de los templos y que revisten los muros de las salas de oraciones. Una vida fantástica parece animar las viejas moradas asiáticas y todo canta, grita, llora y chilla, hasta las impasibles estatuas a las que las vibraciones de las paredes las hacen a veces moverse en su equilibrio inestable, lo que les da movimientos de bruscos avances y repentinos retrocesos...

Existe la leyenda del monasterio de la "Meditación Esotérica", situado en Samadhing, donde se halla el célebre templo de la famosa diosa tibetana *Dordjé-Pamo*, en uno de los extremos del lago sagrado Yamdro. La Diosa encarnó en el cuerpo de la Superiora del convento (pues siempre es una mujer la que dirige este convento mixto) y, respecto de la calidad de este Poder oculto, un gran ceremonial reina en el Convento. La Diosa viviente tiene un terrible deber: jamás puede extenderse sobre un lecho para descansar. De día, sentada sobre el trono pontificio, puede dormir, y de noche, en la larga noche helada que rodea al monasterio, ella debe rezar, siempre rezar y meditar en el templo, con dos monjas que la sostienen y acompañan en su extraña devoción... ¡Destino incomprensible el de esta mujer divinizada que vive tal existencia!....

Además, los milagros acompañan a esta poderosa Diosa encarnada. *Dordjé-Pamo* es una diosa con cabeza de marra (esto por razones ocultas y simbólicas), y posee el

poder misterioso de transformarse, en ciertas circunstancias, ante las monjas y los monjes aterrorizados; ante sus ojos, gradualmente, el rostro demacrado de la Abadesa resplandece; en una luz refulgente, aparece la máscara atormentada de la Diosa, como el de seres con cabezas de animales del antiguo Egipto que también eran símbolos ocul-tos de la misma Tradición sagrada, conservada cuidadosamente a través de los tiempos...

Estos son los relatos del *Lama* sobre el poderoso *Tashi-Lama* del monasterio célebre de *Tashi-Lumpo*. Son relatos de milagros y sobre el poder mágico, que dominan las leyendas de este pueblo. Me confiaron ciertas historias concernientes a las dinastías de Ram el Divino y los templos místicos y escondidos en el Asia en los que su culto todavía continúa. Me revelan el secreto de los veintidós templos del Himalaya y los misterios que éstos encierran... templos ignorados por los viajeros, pues sólo son algunos edificios en el Asia inmenso, pero templos venerados y temidos por más de cuatrocientos millones de hombres; los jefes espirituales del Asia están allá, poderosos y ocultos. La ley de la polaridad universal, la ley misteriosa de los principios masculino y femenino rige a estos veintidós monasterios; de manera que sólo hay once superiores que se reúnen en una época determinada en Lhasa y que forman, con el jefe del Templo del *Potala*, los doce *Nom-Kan'*, ante los cuales comparecí hace unos meses...

Así tengo la impresión de una organización completa, racional y metódica, que cubre todo el Oriente y lo unifica espiritualmente y, en verdad, también políticamente, a pesar de las divergencias secundarias de raza, creencia y religión. Detrás de los símbolos, las pagodas, los bonzos o los *lamas*, hay Maestros, *Gurús*, *Nahldjorpas* que dominan al Asia, Dioses vivos encarnados, poseedores de secretos ex-

traordinarios y de una Sabiduría que no es más humana... Tuve esta impresión, en otras ocasiones, en mis viajes por el Africa del Norte (sobre todo en Marruecos) y por Arabia del Sur, en el Hedjaz y el Hasyr, ante la potencia espiritual del Islam. A pesar de las razas, nacionalidades y situaciones políticas, el fiel discípulo de Mahoma es primeramente mahometano, y, a continuación, francés, egipcio, turco... Hay sociedades secretas que, por la autoridad de jefes en general desconocidos, unen entre ellas a la multitud de quienes viven bajo la Media Luna. Una palabra, una señal y tal vez la vieja Europa, estupefacta, vería un extraño ejército que se levanta en todo el Cercano Oriente... Según encuentros que tuve y relatos que a veces capté, creo que los jefes ocultos del Islam y del Asia no se desconocen. Lo que hasta aquí salvó a las civilizaciones occidentales de desórdenes es el hecho de que la actividad de estos jefes ocultos se orienta espiritualmente, y que ciertas contingencias que inmediatamente hubieran rebelado al Occidente fueron apreciadas en su verdadero valor en Oriente, donde todo lo que es material es considerado justamente como transitorio, efímero e ilusorio... Los objetivos de los dos pensamientos de Oriente y Occidente son contrarios, espirituales en uno y materiales en el otro, y esto fue lo que permitió esta extraña usurpación de uno y esta no menos extraña abnegación y pasividad del otro. Bien podría ser que luego que ciertos partidos de Oriente hayan degustado de modo más completo el "veneno" occidental, y adquirido así los mismos apetitos de conquistas individualistas, hubiese un violento sobresalto del oriental "materializado". Tal vez el Japón podrá servir para ilustrar mi afirmación...

Hablo de todo esto con los *Lamas* de Lhasa y compruebo que, si los tibetanos son ignorantes respecto de Occidente, los conductores de este pueblo del Asia están

muy al corriente de la política y la economía occidentales. Vistas las calmas planicies del Tibet, muchas cuestiones se resuelven fácilmente, e inextricables complicaciones se reducen a poca cosa en la paz y el aislamiento que reinan en los monasterios budistas...

Pues, según las enseñanzas de nuestro *Lama*, existen corrientes misteriosas de la humanidad, las "Influencias errantes" de la metafísica amarilla; en los pueblos que no tienen más conductores esclarecidos, los Sabios para guiarlos son sometidos ciegamente a estas corrientes, a estas tempestades invisibles, y los dioses de presa, quienes viven de la carne y de la sangre de los pueblos, los dioses que empujan a la guerra, a la dominación, a la esclavitud, los enemigos misteriosos de la humanidad se apresuran para preparar sus festines demoníacos...

Y a este respecto aprendí muchas cosas en la pequeña celda del palacio de Lhasa, a los pies de nuestro venerable *Lama*. Conocí y medité, en verdad, pavorosos misterios sobre la vida de los pueblos e increíbles encarnaciones de los dioses de la guerra, de los *Gegs* y, sobre todo, del negro Dha-lha, cuando los astros y los ciclos le permiten actuar...

LA ULTIMA ETAPA

De nuevo, la lenta caravana de *yaks*, y caballos, De nuevo, las monótonas etapas, las discusiones y las peroratas interminables en los albergues, de noche, después de la larga jornada de marcha. Son marchas interminables, hoy en el desierto y las llanuras de arenas y pequeñas lagunas de agua corrompida, mañana en los valles y las planicies cultivadas en las que una vegetación frondosa alimenta a los hombres y los animales; en ocasiones, atravesamos misteriosos bosques de enebros y pinos, en los que enormes ramos de rosas y anémonas forman manchas vivas.

Experimento de nuevo esta impresión que dan los grandes viajes a través del Asia, esta impresión de aislamiento y soledad...

Terminé mi ciclo de estudios en Lhasa. Abandoné a mi Maestro; me dio su bendición y me puso en el dedo los dos anillos atados, signo de mi iniciación. Su rostro impasible no delató un instante la emoción que tal vez experimentaba. Pero durante nuestra separación, mi *Lama* amado me pareció tan menudo, tan doblegado por las maceraciones y la vejez, tan encorvado en su amplio manto amarillo, que percibí que nuestra separación debía ser larga. Nada apareció sobre el fino rostro de mi Padre espiritual, a los pies del cual permanecí largo tiempo, la víspera de mi partida, y donde recibí preciosas instrucciones iniciáticas...

En el resplandor de la mañana, divisé la reverberación de las cúpulas del palacio rojo y oro del *Potala*. La Ciudad santa despertaba en la bruma azulada de la aurora, y así vi

por última vez a la ciudad de los misterios y del Buda viviente...

La ruta continúa hacia Lapsché, rumbo al Sur, en una parte de los macizos de la santa Montaña, la Madre, la Muy Sagrada, la Inmaculada, el Chomolungo¹. Una embajada religiosa de Lhasa y una caravana china del Yunnan se dirigen hacia el Tibet occidental. Aproveché esto para dirigirme a Lapsché, mi última etapa, la que me asignó el misterioso enviado de Lhasa.

En la larga caravana, hay chinos y tibetanos, unos viajan por comercio, otros en peregrinación. Los chinos están a la cabeza de la larga fila y parlotean bulliciosamente. Son series interminables de aventuras comerciales, en las que quien charla tiene principalmente el papel principal, y esta gente las cuenta para realzar su prestigio. Tras los largos silencios de los monasterios, todo esto es fatigoso. Me recuerdan a la civilización de Europa y los negocios de los hombres. Hablan de Shanghai, de Hong-Kong, de Cantón, y de extranjeros a quienes cada vez se teme menos y se intenta robar cada vez más. Estallaron huelgas sobre las costas de la China del Sur, y las asociaciones secretas de China; de las que todos los viajeros de la caravana forman más o menos parte, preparan las revoluciones y las revueltas. Para mí esto es de nuevo la mala levadura, el olor insípido de Occidente que vuelve con sus vanas agitaciones; aquella gente que llega a Shanghai trae consigo el veneno; es un sueño, un mal sueño que pasa y que perturba la calma quietud de mi alma.

Me aparto de esta gente que habla y me mezcla con los *lamas* que vienen de todas partes: de la región desértica de las altas planicies del Norte y de los bosques del Sur de la China. Pertenecen a diversas sectas tántricas y conversan

¹ Nombre tibetano del Himalaya.

de filosofía y de misteriosas experiencias tántricas, todavía desconocidas en Occidente, que orillan los dominios de la locura y la muerte...

Hemos abandonado las grandes llanuras grises y los valles umbríos del Brahmaputra. Atravesamos inmensos bosques y la atmósfera se torna sofocante. Alternadamente, helado por las corrientes procedentes de las cimas nevadas del Sur, o ardiente y húmedo, el aire es irrespirable. Nos acercamos a los altos macizos que ahora se dibujan en las nubes. Se levantó el viento de la tarde y los torbellinos de arena nos ciegan. La marcha de la caravana se vuelve penosa; las dunas artificiales se derrumban bajo los pasos pesados de los *yaks* y nos distanciamos, formando una larga serpiente que se infiltra en las dunas y los árboles, minúscula en medio de cosas gigantescas que nos dominan...

Nos acercamos a las riberas del Bhongh-Chu; la comarca se puebla, pues el clima es más clemente. Atravesamos inmensos jardines de rosas y arbustos de flores blancas y azules; mariposas, grandes como pajarillos, atraviesan el lugar y forman corolas multicolores y movedizas. Grullas, canarios y alondras, que están cerca, no prestan atención alguna a nuestro paso; el *Daleh-Lama* prohibió formalmente la caza en todo el Tibet.

Según el uso establecido, nos detenemos en todos los monasterios para adorar a los dioses protectores que allí residen y a los *Lamas* más o menos venerados que allí moran. Para mí, esta es la ocasión de penetrar un poco más en las costumbres religiosas de este país del misterio y que ningún explorador pudo observar todavía.

Me encuentro así con personajes extraordinarios, verdaderos magos de leyenda, cuyos relatos y milagros me dejan estupefacto, a pesar de mi conocimiento del poder lamaico. Vi a Budas encarnados, entregados a prácticas tán-

tricas y cuya existencia era una vida de misterios y de magia... ¡Oh *Lama* venerado de Chekhar-Dzong, *Gompt-Chen* temido, que me habéis mostrado la Ciencia de los Mantras del Norte y hecho el honor supremo de ofrecermé, después de las libaciones a los Dioses y a las Diosas terribles, para que yo bebiera el *chang* sagrado en la copa de cráneo humano, la copa mística de los iniciados tántricos! Acordáos... Me habéis revestido con el chal negro y me habéis hecho inmolar a las Diosas poderosas; me habéis comunicado las palabras secretas de la Imagen; en el umbral de la Iniciación suprema, os ruego que me bendigáis desde el fondo de vuestro monasterio oscuro y temido; habéis agotado las posibilidades humanas y me habéis mostrado, a mí, que estoy vivo, las tinieblas de la muerte... cuando la noche fluía y la diosa sagrada de la noche iluminaba al cielo... Acordáos, oh *Lama* temido, acordáos...

Seguimos el angosto valle del Gya Chu. El paso se encajona entre las murallas de altura vertiginosa, en una decoración fantástica. Tenemos que subir, subir siempre por el estrecho sendero en el que la nieve forma blancas planchas. Muy felizmente, los chinos nos dejaron en Tengri Dzong, pues se dirigían hacia el Burtra. Sólo somos monjes y peregrinos sagrados de la Montaña santa...

El viento glacial y el aire rarificado molestan considerablemente la marcha de nuestra caravana, poco habituada a las altas cimas. Entramos en los majestuosos macizos de las montañas más gigantescas del mundo, en un reino tenebroso y salvaje, de un aspecto grandioso e inolvidable. Ahora, la nieve cae en copos tupidos y marchamos en la penumbra. En las gargantas que bordean el estrecho sendero que seguimos, los torrentes tumultuosos fluyen con estrépito; son sitios salvajes cuya armonía severa es dominada

por el quejido del viento que aulla en los pinos. En la nieve que ahoga todas las cosas, los hombres y los animales marchan y son puntos negros perdidos en los abismos que los encierran. Y me siento impregnado por este temor religioso de la santa Montaña, que hay que abordar así, en caravana de peregrinos y en el desencadenamiento de los elementos, para experimentar la sublime belleza y la profunda grandeza...

Atravesamos los glaciares cuyos animales temblorosos siguen los promontorios sinuosos; encima de nosotros, nos acompañan buitres que describen grandes círculos inquietantes.

La nieve desaparece en una bruma espesa que se eleva desde el fondo de los barrancos y los valles que abandonamos. Como una inmensa caldera, la Montaña está rodeada de bruma y el sol poniente alumbra extraños reflejos en las nubes. Las cimas immaculadas, allá arriba, chisporrotean en púrpura...

Debemos llegar al final del viaje. Pequeñas oriflamas, girones de tela, que el hielo puso duros como madera, crujen en el viento. Montículos de piedras, de *chorthen*, cubiertos de nieve, atestiguan la proximidad de la tierra santa. El *Lapsche-Kang* está muy cerca y nuestros guías apresuran el paso de los animales. La noche se aproxima, y los precipicios que bordeamos son demasiado peligrosos para arriesgar una marcha en la oscuridad y la niebla. Ya se deslizaron dos *yaks* en los barrancos, lanzando mugidos de angustia. Los otros animales jadean, con las narices en la nieve, extenuados por una ruda jornada. Los hombres están enteramente envueltos en sus capas, y rezan, perdidos en un sueño interior que nada puede interrumpir. Los guías lanzan cada tanto piedras de ofrenda sobre los *chorthen* para calmar la cólera del dios de la santa Montaña y

alejar a los demonios malvados que pronto frecuentarán los sombríos barrancos, pues cae la noche y es la hora de los espectros y de los malos espíritus de la Montaña...

Los peregrinos cantan invocaciones a los dioses protectores... En un tono menor, la endecha se eleva, con una tristeza punzante; es un himno de muerte dirigido a una de las *Ka-gro-Mha*, las diosas de cabeza de leona, divinamente bellas y que bailan totalmente desnudas sobre los cadáveres de los hombres y los animales...

A lo lejos, en la bruma, aparece un monasterio en la ladera de la montaña. Pero no distingo nada más, pues la niebla sube rápidamente. Los muros de piedra que nos encierran se esfuman en el gris infinito que lo cubre todo. Y entonces ocurre lo que me sorprendió más desde mi llegada al Tibet. Yo había oído hablar de los ascetas que vivían desnudos en las montañas, los *repa*, "los vestidos de tela", y a menudo deseé acercarme a estos superhombres; por primera vez, los vi...

En la muralla brillaban luces. Intrigado por estos fuegos extraños en plena montaña, abandoné la caravana y espoleé a mi caballo hacia el pie de la Montaña. ¡Qué visión fantástica! En las anfractuosidades de la muralla inaccesible, en el umbral de las grutas naturales, ante las cuales ardían hogueras de enebros cuyas llamas iluminaban curiosamente las rocas, hombres enteramente desnudos, en cuclillas, meditaban... En este cuadro pavoroso y salvaje, esto me pareció tan prodigioso, que creí asistir a alguna visión aterradoradora y sobrenatural, creada por un *Lama* mago y poderoso del monasterio de Ciencias Ocultas de Depung...

Y en seguida, todo me pareció un sueño: el hielo que crujía siniestramente bajo los pesados pasos de los *yaks* y los caballos, el viento que aullaba en los barrancos y abis-

mos, la caravana que serpenteaba lentamente hacia el objetivo imposible, y estos Santos, estos Santos que, en la noche glacial, impasibles ante las tempestades y los elementos desencadenados, continuaban meditando sobre los misterios de la Muerte...

EL TEMPLO SECRETO DEL HIMALAYA

Este templo de Lapshi-Kang es una perla en su estuche. Así me pareció al día siguiente de nuestra llegada. Las laderas de los valles estrechos están cubiertas por flores amarillas y blancas; una niebla perpetua vela las altas cimas. Una gran humedad reina en esta región; plantas tupidas, lianas inmensas y helechos espesos cubren el suelo.

La aldea de Lapsché se distingue abajo de la Montaña. Abarca unas veinte casas. Estamos en verano y los habitantes, que abandonan el país en invierno para dirigirse al Nepal que está cerca, se ocupan de la cría del ganado y de trabajos menudos.

Pero lo que a todos nos atrae con un mismo impulso es el pequeño templo cuadrado de techo bruñido, de paredes blancas, centro de veneración de la mitad del Asia. Allí vivió el famoso Santo tibetano Mila shad pa dordje, o Mila Repa, de la familia espiritual del muy venerado Marpa, discípulo de Tilopa. La sombra de estos grandes ascetas se ha cernido desde hace siglos sobre el Tibet. La primera colección sobre la cual mi Maestro me hizo ejecutar las prácticas de las meditaciones tántricas fue el famoso tratado de los "diez mil himnos", el *gar-bum*. Mila Repa es la imagen perfecta del metafísico tibetano: aceptó las enseñanzas del Buda, pero completadas por los datos tradicionales del esoterismo lamaico. De esta familia espiritual, los *Khagyud-pa* fueron los que me guiaron e iniciaron en los diversos monasterios que frecuenté desde mi llegada a la Tierra prohibida. Bajo la protección espiritual de este gran Santo traba-

jé y realicé los esplendores de la Ciencia lamaica..., el *Kāla-cakra*...

Al día siguiente de mi llegada, el superior del monasterio del Phuta-Gumpa vino a recibirme. Se enteró de nuestra partida no sé cómo, pues su monasterio está perdido en las nieves... Este superior es, además, curioso de observar. Posee pronunciado tipo mongol, su lenguaje es áspero y me parece que, a menudo, busca sus expresiones y sus palabras. Le mostré los sellos, los anillos y los rosarios místicos que me dieron los Maestros, y le hablé del objetivo supremo que busco. Con el cuerpo inclinado como un ave de presa, con su chal rojo, pues pertenece a la secta de los gorros rojos, me escuchó con atención. Después, ante mi gran asombro, me formuló algunas preguntas demostrándome que mis "antecedentes" habían llegado hasta él. Ante una observación mía, sonrió pero no respondió...

El Superior me lleva ahora a visitar el Templo, a través de las lianas y las plantas tupidas. Alrededor de nosotros, mariposas de colores tan vivos que parecen artificiales vuelan en medio de flores monstruosas que este clima húmedo desarrolla prodigiosamente. Ante nosotros, sobre la "colina preciosa", llamea el verde-gris de la cúpula cobriza del Templo. La nieve lanza destellos sobre los picos nevados del horizonte cercano...

Ahora entramos en el viejo templo esotérico. Los molinos de plegarias, enormes y antiguos, están en la entrada. Los adornos son ricos; el interior es suntuoso. En el fondo, detrás del altar, la figura inmensa del Santo Mila Repa domina a los Budas del altar y es para mí un símbolo: la Tradición de Sabiduría que domina sobre las religiones pasadas, presentes y futuras que sólo son traducciones, a veces efímeras, siempre incorrectas de la luz pura que emana del Reino de la Vida.

El Superior, antes de regresar a su monasterio, decidió confiarme a uno de sus monjes que reside en la región; es un anacoreta, un *nald-jorpas* que, en la montaña, medita en medio de rocas en la soledad. Actualmente, no puedo imitar a estos Sabios y vivir como ellos llegaron a vivir con algunos granos de mijo cada semana. Me quedaré cerca del Templo e iré a escuchar las instrucciones del Solitario, en la Montaña de la que el *Lama* y yo seguimos el sendero angosto en el calor creciente del día...

Muy felizmente las marchas naturales permiten subir sin demasiada fatiga la escarpada pendiente. Atravesamos bosques umbríos y planicies nevadas. En estas alturas viven animales y ninguno de éstos se inquieta con el paso de los hombres pues, cerca de estos Sabios, toda cosa viva permanece en paz.

Pero el sendero hace un giro alrededor de los macizos y subimos considerablemente desde nuestra partida. Las brumas del valle están por debajo de nosotros. El espectáculo es grandioso; el sol resplandece e ilumina las cimas cercanas que refulgen gloriosamente en su blancura inmaculada; el silencio, este silencio pavoroso de las nieves eternas, reina soberano. Ningún ruido, ninguna vegetación, ninguna vida. La nieve está por todas partes, lo domina todo, cegadora bajo el sol tropical que centellea en el cielo.

El anacoreta recibe a su Superior con deferencia. Nos ofrece el *Tsampa* y, en la misma postura de meditación en la que lo encontramos escucha las instrucciones que le da el *Umzé*. Y la inmovilidad de este hombre que nada tiene de humano, en la delgadez esquelética de su cuerpo, se agrega al Silencio y me asombra con una impresión involuible.

El asceta, delante de él, plantó en tierra el tridente tántrico. Oye que yo subiré de tiempo en tiempo para se-

guir mis meditaciones cerca de él y aguardaré, como siempre, las órdenes del Regente Invisible y el lento desarrollo de mi destino... Las palabras de los Sabios tienen una significación profunda ante el emocionante espectáculo de las Montañas, y fueron horas inolvidables las que pasé a los pies del Solitario del Himalaya, cuando me comentó los misterios de la Ciencia de los Tantras...

Volvemos a descender lentamente el sendero, el Superior y yo. Me habla de la vida del gran santo Mila, mago y anacoreta; de sus pruebas y sus penitencias corporales terribles... Y el *Umzé* ahora canta el himno glorioso a los *Lamas*, a los *Ydams* y a los Dioses:

En el Océano de la transmigración de los tres mundos,
El cuerpo ilusorio se engaña siempre;
Si buscas el alimento y la comodidad material
No puedes ser un Liberado.
Renuncia, pues, al mundo, y reza.
El loto de tu alma se abrirá bajo la santa bendición
De los rayos ardientes caídos del Cielo...
Honor a todos los *Lamas*, *Ydams* y Dioses
Reunidos en la misma contemplación suprema
Y en la gran igualdad de la Vida...

Las santas palabras caen, graves, en el silencio del cielo. Y armonizan con las inmensas planicies nevadas que nos rodean y que parecen aislarnos y protegernos; ¡cuán lejos del mundo está esta Tierra prohibida! ¡Y cuán cerca siento el cielo refulgente a este asilo de la Sabiduría y del Misterio!...

LAS PALABRAS DEL SABIO DEL HIMALAYA

—Escucha, Hijo mío: las enseñanzas que has recibido se detienen ahora. Has examinado; has meditado. Debes realizar. En Chumi-Jadsa meditaste sobre los Kasynas¹ y tu mente se calmó y apaciguó. Tus Maestros sucesivos, por diferentes vías, prepararon tus envolturas corporales para el gran misterio de la Iluminación. Aprendiste a *convertirte* en el objeto contemplado y a identificarte absolutamente con él. El objeto y el sujeto perdieron su sentido contrario y se volvieron complementarios e identificables.

En Lhasa, aprendiste a desplazar tu consciencia y a fijarla en lo que deseas. Aprendiste a animar con tu propia vida, con tu *prana*, las misteriosas estatuas del *Potala*, y te adoraste a ti mismo, glorioso e impenetrable entre el incienso y los palillos de meditaciones, los *Kom tching*.

En Ramot'ché, conociste a los *Kôrlos*, los centros de fuerzas del cuerpo humano, y viste en actividad a los poderes psíquicos formidables de cada ser vivo...

Pero todo esto sólo lo aprendiste intelectualmente, y las meditaciones que te aconsejaron los *Lamas* sobre estos temas sólo fueron preparaciones elementales para tu realización futura. Aquí, solo, frente a ti mismo, debes realizar plenamente la enseñanza que recibiste. Escucha, Hijo mío, las palabras secretas del *Gurú* al *Chela* probacionista...

¹ Los *Kasynas* son las superficies geométricas (redondeles-círculos coloreados...) que el estudiante debe fijar hasta que la imagen mental sea bastante fuerte para que no haya diferencia alguna en la visión del objeto, estando los ojos ora abiertos, ora cerrados.

MANDALA?
=
KASYNA

Aprendo, pues a realizar las enseñanzas que hasta aquí apunté. Completo mis conocimientos, o más bien, interpretando todo lo que yo sé con una clave nueva, un mundo desconocido se revela en mí. La enseñanza tibetana esotérica es esencialmente tántrica. Pero muy pocos hombres podrían soportar las terribles pruebas exigidas. Yo mismo retrocedo ante la mayoría de ellas y aprendo así que serán necesarios numerosos tiempos antes de que llegue la liberación. Describiré pronto una de las más alucinantes: la creación de un ser vivo en la soledad negra.

Pero mi Gurú continúa la enseñanza lamaica antes de darme las fórmulas de meditaciones que deberé *realizar* en seguida...

—Escucha, Hijo mío, las palabras de vida: los dioses, el universo entero, no son sino una ilusión. Todo esto existe en tu espíritu, surge de este último, y desaparece en él. Si deseas una enseñanza suprema, ve lo que aprendiste. Tu propio cuerpo es un santuario y, por la ilusión de la luz terrestre, puedes crear todas las cosas. Toda vida es una fantasmagoría; todo pasa, todo fluye. Medita en los lugares desiertos, sobre la Montaña santa en la que estamos y que es la morada y el palacio del *Ydam* Sambara.

Hay dos reinos: el reino de lo efímero, y el reino de lo Único. Desaparece del segundo en el primero; rechaza la gran ilusión que te aturde y obsesiona, y que corre detrás de ti, como la sombra detrás del cuerpo. No vuelvas la cabeza a los ruidos múltiples de la vida; escucha, contempla. Si vuelves los ojos y alzas la mirada al aire, irás a las tinieblas más grandes todavía. Medita, medita, Hijo mío.

Aprendiste las fórmulas en Ramot'ché. Conoces las invocaciones. Los Dioses protectores deben obedecerte. Pe-

ro a tu *Ydam* invisible lo ignoras. Pronto vas a crearlo y verlo...

Concentra tu mente y apacigua enteramente las olas desordenadas de tu espíritu. No te duermas; medita, medita... La ruta de los deseos y las alegrías, la conoces. Medita, Hijo mío. Dirige la intuición en ti, separa tu mente de las formas que la modelan, penetra en el mundo, sin forma, y ve los colores místicos de la vida y de los seres.

Entonces, en la sombra de la tierra, considera al triángulo de tu corazón y ve el misterio, el *Hum*, que allí reside; en medio del lago calmo, hay una montaña santa. En la cima está tu *Gurú*, quien, con la cabeza vuelta hacia el Levante, con el rosario entre los dedos, contempla la Luz de lo Inefable. Hijo mío, escucha las palabras del *Gurú* Supremo que reside en tí. Todo lo compuesto es perecedero. Pero tu corazón es un monasterio puro y resplandeciente que encierra la maravilla de las maravillas.

Medita, Hijo mío, medita sobre las fórmulas benéficas y secretas. Penéstrate con sus sentidos múltiples y misteriosos.

Arranca de ti el deseo. Mata el deseo de vivir, mata las raíces del deseo. Deja toda acción inútil. No seas indiferente; no seas agitado. Está por encima de los sentimientos del alma y de las olas de la mente. Siéntate cuatro veces por día y medita.

Considera los pecados de los hombres y ve su profunda miseria en la eterna rueda de la vida. Ellos persiguen la felicidad y jamás la alcanzan, pues se apegan a las olas y se fijan en el polvo. Mediante la meditación y el desapego en primer término; mediante el no apego finalmente, saldrás de la corriente.

Escucha, Hijo mío: los dioses nos envidian... Abandona las ceremonias y los cultos; la piedad suprime la diferen-

cia entre tú y los otros, y la noción del vacío engendra esta piedad. Hijo mío, allí está el gran misterio de los Budas: el Vacío... Medita sobre el *Vacío*.

En la forma no realizarás *esto* jamás; es imposible, pues tu mente se encabritará como un caballo al borde del abismo. Quitá, pues, esta capa mediante la meditación profunda, y penetrarás en el Vacío como un pez penetra en el agua...

Todo es ilusión, *todo*: los dioses, los hombres y el Universo. Todo es una creación de tu mente y la Ilusión arrastra la rueda diabólica en una ronda infernal. Existe el UNO inmutable. *Tú eres ese uno*... Medita, Hijo mío, y *ve*...

Y, según las instrucciones de mi Maestro, medito, con el *gomthag* (la cuerda de meditación) pasada detrás de los riñones para sostener mi cuerpo. Los días y las noches corren sin que mi espíritu, tenso en una abstracción extraordinaria, advierta el tiempo. Poco a poco, una luz brilla dentro de mí mismo y se alza una cortina, lentamente...

Los dioses protectores se me aparecen, saliendo de mi frente y adoptando posturas determinadas y todas simbólicas. Y las figuras, los *Kilkhôr*, tienen para mí un sentido profundo, vivo, inolvidable...

Comprendo que sólo los Iniciados pudieron crear los gestos y las poses de las estatuas del Asia. *Vieron* a los dioses brotar de la Luz y reprodujeron fielmente las expresiones simbólicas. Por ello, es un gran auxilio, según las reglas de la mística asiática, poder rezar delante de estas estatuas de bronce o de madera, que sirven de apoyo a la meditación para reunirse con los dioses impasibles y todopoderosos...

LA SOLEDAD NEGRA

En la montaña, a lo largo de los abismos infranqueables, en las cavernas naturales cuya entrada está tapiada artificialmente, los hombres meditan. No es que practiquen las reglas severas del *Yoga*, al aire libre; ellos desarrollan principalmente el *tuhmô*, el calor interno que al asceta lo pone al abrigo de la intemperie. Estos son los solitarios que vi durante nuestro desfile fantástico hacia Lapsché. Pero otros, escapando de la vida, del sol, del aire libre y de la compañía de los hombres, se encierran en las grutas sombrías y en las cavernas inhóspitas. Los *lamas* acuden para llevarles, a través de un minúsculo ventanuco, algunos granos de mijo y el puñado de harina que constituyen su alimento. Es una etapa necesaria en el desarrollo de las facultades latentes del hombre. Ciertos *Chelas* permanecen allí unos días; otros, unos meses; otros, toda su vida. Esto se llama el *Ta-Sham*. El *Chela* se encierra allí con las fórmulas de meditaciones dadas por el *Gurú*, y las estudia, las realiza y las *ve* según las instrucciones precisas del *Gurú*.

Pasé por la prueba de la Soledad negra. Cuánto tiempo, no lo sé; en estas alturas, la nieve es eterna... y cuando volví a salir, el sol se reflejaba también magníficamente sobre las cimas blancas del Himalaya. Es imposible describir las múltiples sensaciones y sentimientos experimentados en esta soledad absoluta; en todo caso, ésta dista muchísimo de ser monótona. La vida espiritual del ser humano que se somete a ella se enriquece singularmente en este análisis

metódico de la personalidad y esta lenta edificación de los poderes sobrenaturales...

¡Oh *Gurú* mío! Estuve vinculado con los dioses protectores de la familia espiritual del Gran Lama Mila Repa. En ceremonias secretas y temibles, bajo tu dirección suprema, el vínculo se creó. Delante del círculo místico de figuras entremezcladas, viejo pergamino que la tradición hace remontar al gran *Lama* Padma Sambhava, el aliento invisible de los dioses hizo impacto en mí de frente y en el corazón. La llama de su poder incendió mi cuerpo. Tú me condujiste, revestido con el hábito especial de los *Sham-Pa*, hacia la celda mística. En gran ceremonia, fue depositado el pergamino y, solemnemente, evocaste para mí al Dios protector: El que blande un tridente y medita, el *Ydam* de la montaña...

Estoy solo, en la oscuridad misteriosa de la caverna. Generaciones de *Chelas* y *Lamas* meditaron aquí. La atmósfera está impregnada con tales poderes psíquicos que la simple pronunciación de las sílabas santas hace pasar como un efluvio eléctrico por mi cuerpo y aparecen resplandores sobre las paredes de piedra. Los largos silencios y las profundas meditaciones me acostumbraron al aislamiento, y hay un áspero placer de sentirme solo, absolutamente solo, en este rincón perdido del Asia... Invocando la protección de mi *Gurú*, según las reglas clásicas del *Yoga*, respiro profundamente en un ritmo particular. Mi columna vertebral se calienta; una fuerza terrible y temible, la *Diosa*, sube de mi vientre, a través de la médula espinal, y bajo su impulso triunfal, los *Khôrlos*, los centros humanos, echan chispas. Como torbellinos, siento los de mi pecho, de mi corazón y de mi garganta que se irradian y mueven. La *Diosa* sube así a través de mi cuerpo, hacia la cima de mi cabeza, la coronilla, el loto de mil pétalos de los *Yogins*.

¡Oh, poder formidable! ¡Tú que creas a los santos y los ascetas, tú cuyo poder andrógino y misterioso abraza al cosmos, haces cantar a los astros y brillar a los soles!... Tú animas los universos y el resumen de los universos: el *Hombre*. Consciente o inconscientemente, eres tú a quien los místicos adoran, a quien los Sabios llaman, a quien los poderes del mal temen. Luz viva de Dios, esencia de Brahma, tú estás presente; siento tu acción potente que eleva mi cuerpo de la tierra y lo hace resplandecer, ante los sentidos nuevos de mi ser, las figuras misteriosas del pentáculo simbólico.

Pero, delante de mí, una forma luminosa se eleva del Círculo. De un modo impreciso primero, después más nítido, la figura de una divinidad aparece; una aureola radiante la rodea; letras tibetanas fulgurantes brillan, y leo... ¡Oh, es el dios protector y temible, el príncipe de la Montaña, el *Ydam* invocado por mi *Gurú*. El Ser evocado se materializa de alguna manera; una presencia llena mi celda sombría y converso con el dios resplandeciente y soberano, mientras los palillos de incienso se consumen lentamente en los vasos sagrados...

Aquí me detengo. No puedo continuar más. Las palabras que se intercambian entre el ser viviente y el dios son secretas y no pueden ser transcritas sino difícilmente. Son experiencias espirituales muy poco accesibles a los occidentales. Hay que saber soportar sacudidas psíquicas y pruebas iniciáticas terribles...

Y el tiempo fluye en el silencio negro. Mi *Gurú* vino a ayudarme y a darme fórmulas de meditaciones. Del círculo, en intervalos fijos, se eleva la sombra del dios, del *Ydam*, que sé que salió de mí mismo, pero que es la expresión concreta de mis posibilidades desconocidas y de mi inconsciente. Hasta el día en el que, de alguna manera, me

fueron revelados una nueva luz y un nuevo plan, me acompañó la presencia del glorioso *Ydam*, invisible para los otros, salvo para quienes desarrollaron la visión de las cosas espirituales y saben conversar con los poderes de la tierra y las fuerzas planetarias.

LA PAZ ETERNA

Un día, mi *Gurú* me hizo saber que él debía morir pronto. No me dijo la fecha ni la hora, pero subiendo a la gruta poco después, encontré a mi Maestro en la misma postura de meditación, con la boca muy abierta y los ojos fijos. Recogí cerca de él los objetos que dejara allí antes de desaparecer y una carta que me daba ciertas instrucciones para las operaciones mágicas para facilitarle su paso a los mundos superiores.

Yo no estaba emocionado, pues para mí, mi Maestro amado no había desaparecido; además, ¿de qué servirían estas emociones humanas? Una de las experiencias de la Ciencia consiste justamente en este completo desapego de las cosas y los seres a fin de unirse más íntimamente con ellos en los planos espirituales...

Y ese fue un gran día de fiesta en la región. Las caracolas retumbaron en las barrancas y las Montañas reprodujeron el eco, largamente. La muchedumbre de monjes y Solitarios llegó de todas partes. Sí, este fue un gran día de fiesta en la Montaña. Uno de los más grandes anacoretas de Lapsché se reunió con los dioses, y corresponde conmemorar este gran acontecimiento; se colocará el cuerpo en una de las grutas perdidas de la Montaña, frente a las blancuras eternas.

¿Qué pueden lamentar estos hombres que vivieron solitarios en su monasterio o en su gruta inaccesible? Viven una vida interior y contemplativa intensa, y la muerte es la liberación, la unión definitiva y absoluta con los Po-

deres superiores que el Solitario presintió en sus profundas meditaciones...

¡Oh, escapar del *Samsara*, del océano de dolores y penas! ¡Cuántas veces oí a los *Lamas* hablarme de sus esperanzas y sus deseos! Ser liberado de esta Ley ineluctable y soberanamente justa, del efecto que sigue a la causa, de la miseria que sucede a la miseria, de los dolores de la ilusión eterna de la Vida, espejismo engañoso que embauca a los hombres y a los dioses... Vivir —morir, Ser—, sufrir, equilibrio regular de los mundos. Sólo el conocimiento permite escapar de esto, pues toda ilusión desaparece ante la Verdad.

...Visión dantesca de los hombres y los dioses arrastrados en el remolino de la existencia que, por un movimiento engendrado en su propia esencia, tritura, desmenuza y transforma esta materia viva y palpitante que la compone. Todo vive, todo sufre, todo tiene esperanza, todo aguarda; todo aspira, todo se mueve. El Sabio debe cesar de sufrir, de tener esperanza, de aguardar, y así escapa a los torbellinos del Monstruo. Pues él alcanza el Centro, que está inmóvil, estable y eternamente fijo...

Y estas fueron las últimas enseñanzas que recuerdo, las últimas palabras del anacoreta que fue mi Maestro.

Según la usanza del país, se lo flexionó y se lo puso en cucullas en la postura del Buddha, en la postura de la meditación perfecta. Los ojos no se cerraron enteramente y la mirada parecía todavía totalmente interior y velada por la alta meditación. Y así vuelvo a ver por última vez el cuerpo de mi *Lama* bienamado, en la misma inmovilidad, en la misma postura de allá arriba, cuando me enseñaba las tradiciones de los *Tantras*.

Ahora, las caracolas aullan y los tambores resuenan. Los Solitarios formaron una gran procesión que acompaña

al cuerpo del Bienaventurado. Los buitres nos siguen y giran en el aire, pues saben también que pronto podrán acercarse...

Los *Lamas* pusieron el cuerpo en el fondo de la gruta del inmenso peñón que domina el valle. Vuelven a descender lentamente, dejando al muerto al que las bestias comienzan a devorar, allá arriba...

¿No es esta la Ley de la Naturaleza y no serán ellos transportados un día a una gruta parecida para ser también devorados por los grandes buitres del Himalaya? ¿Sus cuerpos no se pudrirán en el deslumbramiento del sol, sobre la nieve inmaculada? ¿Por qué temer, por qué condolerse, por qué retroceder? Estos Sabios y estos Monjes son lógicos y poseen la joya suprema: el desapego de todas las cosas...

EL MISTERIOSO REINO DE LA VIDA

Desde que mi Maestro desapareció, medito solo según sus últimas instrucciones. Nada puedo decir sobre esto; a medida que me sumo en los arcanos de la Ciencia Sagrada, sé y siento que toda divulgación será imposible... A menudo, pasan, por los parajes de Lapsché, Solitarios errantes, iniciados en las antiguas tradiciones según las mismas escuelas que la mía... Y conversamos sobre los secretos de los templos y los *Lamas* invisibles.

Yo había tomado la costumbre de ir a meditar a la gruta de mi Maestro. Una tarde, al borde del sendero que pasa delante de mi gruta y que serpentea a lo largo del abismo, subiendo desde el fondo del valle, y continuando hacia los glaciares de una de las cimas de la Montaña, vi a un hombre.

¿Qué quería este viajero? Hice las señales de reconocimiento de diversas sectas tántricas que yo conocía; pero el hombre no respondía. Su vestimenta difería notablemente de las de la región. Llevaba un gran hábito blanco, como ciertos sacerdotes de las Indias y una gruesa capa negra encima. Su larga cabellera flotaba al viento.

Como mis señales no obtenían respuesta, me decidí a dirigirle la palabra: —¿De dónde vienes, mi Hermano mayor, y qué quieres?

Su gesto indicó la cima de los glaciares. ¿Quién era? ¿Era uno de los solitarios de las altas grutas, de las que están perdidas en las nubes, y cuyos anacoretas jamás descienden a los valles? ¿Era un enviado de uno de los

Umzé de los monasterios vecinos?

Este hombre irradiaba un gran resplandor y me sentí frente a un Jefe espiritual eminente: —Maestro, estaba yo meditando cuando aparecísteis. Soy aún un niño en el alto camino del glorioso conocimiento esotérico, y todo consejo es bienvenido, pues los *trapahs* (estudiantes) deben escuchar a los *Thul-kuh*.

El sol poniente iluminaba ahora el rostro demacrado del Desconocido...

—Hijo mío, tu hora se acerca y vengo a prepararte.

¡Ah! ¡Se trataba de la muerte! Una orden del *Potala*, y ante mí, estaba uno de los médicos del Palacio pontificio, experto tanto en el arte de curar como en el de matar...

—Maestro, hace largo tiempo que estoy listo para morir; sin embargo, hubiera deseado realizar las sublimes enseñanzas de mis Maestros... Pero, si los dioses lo ordenaron de otro modo, que se cumpla su voluntad.

El desconocido me miró entonces con dulzura: —No es todavía para ti cuestión de morir; acuérdate de la palabra de nuestros libros: cuando el discípulo está preparado, el Iniciador lo está igualmente. El Maestro soberano te acuerda la entrada de los reinos secretos; vengo a buscarte y prepararte para tu nuevo sacerdocio...

—Pero, ¿quién sois? ¿Quién sois, Venerable, para hablarme así? ¿De qué monasterio, de qué país venís?... Vuestra ropa me es desconocida y, no obstante, conocéis lo que nadie sabe, salvo los Maestros; y el secreto iniciático nos une, el secreto absoluto hasta más allá de la muerte.

—Hijo mío, soy un enviado del Reino de la vida; nuestro monasterio es el Universo inmenso de las siete puertas de oro; nuestra Nación está arriba y debajo de la tierra; nuestro Reino está en los tres mundos de este ciclo...

Hablamos largo tiempo, y aprendí muchas cosas; no me está permitido dar cuenta de nuestra conversación. Empero, ante una pregunta sobre el silencio y el misterio que rodeaba al Reino de la Vida y a las dificultades para llegar a este Centro soberano, me contestó así:

—Hijo mío, te inquietas por la dificultad que vosotros, los hombres experimentáis para encontrar esta Verdad metafísica que se os escapa y desliza ante vuestro espíritu inquieto. ¿Por qué acusarnos del misterio? Sois vosotros, los hombres, quienes cerráis los ojos...

¿La ciencia? ¿La Paz? ¿El sereno esplendor de la gloria metafísica? Pero ellas os rodean, os penetran. Inconscientemente, rechazáis lo que deseáis en el fondo de vuestra alma y de vuestro corazón. ¡Sois ciegos y niños! ¿Pedís la Verdad? Sí, la que no hiera vuestros hábitos, vuestro amor propio, vuestras hipocresías... ¿Deseáis la Paz? Y reclamáis la ruina de vuestro enemigo social o religioso... ¿Buscáis la Ciencias? Y las pocas leyes naturales que recogéis al azar, en el gran azar de vuestras investigaciones, las usáis inmediatamente para vuestras obras de odio y muerte.

Hijo mío, es menester tener el corazón puro y temor de los dioses para sentir el aliento de la Paz. Es un murmullo que exige, para que se lo oiga, el apaciguamiento del corazón... Entonces, corresponde actuar en su cuerpo como muchos no osarían actuar en espíritu. La Verdad está más allá de todo, y es menester romper con todo para alcanzar el umbral de Su templo...

Escucha, Hijo mío; me pides la razón de nuestro silencio y de lo que llamas los misterios del Asia; comprenderás esto más tarde, pero retén y medita las palabras siguientes:

Otrora, el centro del Maestro de los tres Mundos no

estaba donde hoy está. Hubo épocas, en este ciclo, en las que la Tradición de vida fue conocida y adorada casi abiertamente; el Centro espiritual del mundo estuvo en el valle de un gran río; después, El lo transportó, ante las oleadas crecientes de los bárbaros, hacia el Oriente, donde El reside ahora, sutil y oculto a los ojos de los hombres...

¡Cuántas de estas épocas pasadas fueron gloriosas y bellas, pues el *Maestro* es también el Señor de la Justicia y de la Paz! Pero siempre los ciclos negros vinieron después de los ciclos blancos, según las reglas inmutables del Destino... En estos tiempos en los que la sangre cubre la superficie de la tierra revuelta, los Sabios son los únicos que conocen la existencia de la tierra bendita...

Lo que Nosotros somos, lo verás, Hijo mío. Cree y espera... aprende a reencontrar al Maestro de los tres mundos y a venerar al Santo, al Venerable, al Gran *Lama* Viviente, cuyos Budas encarnados son sólo los servidores a menudo inconscientes sobre esta tierra...

Y así me hablaba el Sabio del Reino de la Vida. La sombra lo invadía todo; pero yo sólo veía la cabeza blanca que resplandecía en la bruma y sólo escuchaba las palabras de misterio que caían de labios del Liberado...

Por la mañana, volví a descender al valle lleno de brumas de la aurora, pues la noche había pasado durante nuestra conversación secreta. Y yo canté el himno sagrado que se salmodia cuando mueren los *Lamas* o los *Yogins*:

Om. Om. Mani. Padme. Hum. Rhai!

El Santo *Lama* llegó a la puerta.

Tomó refugio. Om.

La luz le quemó y se convirtió en antorcha

Viva y llameante de la Vida. Om.

Paz a todos los Seres

Y que el Santo nos bendiga, en el esplendor del

[*Nirvana...*]

Om. Om. Mani. Padme. Hum. Rhai!

LA LUZ QUE SUBE ...

Las horas se desgranar lentamente. El silencio de la Montaña pesa sobre las cosas y mi espíritu se acomoda poco a poco a este terrorífico y solemne aspecto de las nieves eternas.

El Enviado del misterioso País se marchó; me dio ciertas instrucciones precisas, pero me ordenó el secreto más absoluto y callo como callan los muertos en su tumba. Se marchó hacia las cumbres de la Montaña, hacia los glaciares de las cimas, hacia un mundo ignorado...

Es un sueño inaudito el que vivo, pues la lenta preparación con tal desconocido hizo que los misterios de la muerte no sean nada junto a él. ¿De dónde vino este mensajero del reino de la Vida? ¿De qué caverna, de que abismo salió? Todas las marchas que recuerdo haber realizado otrora en el sendero que serpentea ante mi ermita me condujeron ante el glaciar brillante que desciende de los picos inaccesibles, y jamás hallé rastros humanos en estas cumbres desoladas e invioladas...

Las horas se desgranar lentamente... El silencio religioso de la Montaña me penetra hasta la médula, como dicen los textos de los libros lamaicos. No descendí más al valle, debajo de mí, rumbo al templito de techo bruñido, y me preparo para la solemne y triunfal iniciación en la soledad absoluta.

Ningún ruido alrededor de mí; los buitres vuelan debajo, en las sombras del valle donde florecen las rosas de perfume acre y las orquídeas que embalsaman pesadamen-

te los bosques silenciosos. A lo lejos, a veces, hay ruidos sordos: una tormenta que estalla en un valle transversal o un alud que desprende crestas nevadas hacia los abismos...

Medito. Me parece que el contacto con el Mensajero me colocó en una atmósfera oculta que me rodea y me protege noche y día. Me parece que rayos luminosos salen de mi cabeza y que brota una llama ardiente de la parte inferior de mi cuerpo; de hecho, dejé de saber qué es el frío. Sólo cubro mi piel bronceada y enflaquecida con una especie de capa blanca; tengo la cabeza, los brazos y las piernas desnudos. Sin embargo, permanezco en meditación toda la noche, en la tempestad glacial que barre las cimas y las nieves.

Ahora bien, medito y recuerdo. Ya no me es posible gozar de la vida. Aprendí demasiadas cosas, me acerqué a demasiados misterios, experimenté demasiados espantos. Aprendí a meditar y a oír en el silencio sonidos que no son humanos, a ver en la noche las formas y las claridades del más allá. Un día, vi a mi Maestro de Lhasa desencadenar el huracán y a mi *Lama de Ramot'*ché resucitar a un muerto. Los ídolos me hablaron, con la cabeza nimbada de llamas extrañas, al son de trompetas y caracolas, y el suelo temblaba largamente pues "sus espíritus se comunicaban..."

...Entonces, en verdad, ¿qué me puede aún enseñar la Vida?...

Por última vez, el Sabio me permitió echar una mirada hacia atrás; tomé el *Dordjé* sagrado y terrible, y pronuncié las palabras poderosísimas, aprendidas en Ramot'ché. El horizonte se iluminó y vi...

Vi mis miserias y mis errores pasados; vi los sufrimientos de quienes luchan, de quienes no saben; oí el inmenso clamor del hambre, de la sangre y de la injusticia;

experimenté los egoísmos y percibí los pecados del cuerpo y del espíritu en el ciclo maldito. Era un aullido parecido al retumbo perpetuo del mar, tan vano y tan terriblemente monótono. Entonces, no tuve ira, no tuve odio; Asia me enseñó la justa medida y la clara apreciación de todas las cosas; no me rebelé ni lloré; *vi*; esto es todo...

Vi las sombras de los dioses que, como monstruos gigantes, como aquel dragón de pesadilla que el mago chino me mostró en el *Potala*, interceptaban la luz del sol, oscurecían este océano inmenso. Y me invadió una gran piedad, pues pensé en el "ganado humano que ceban los Dioses" según las fuertes palabras de la Santa *Upanishad*...

Vi los terrores de los ciclos negros que agitaban al mar humano; ninguna esperanza, ningún auxilio le llegaba, y el sol de la Justicia estaba enteramente oculto por las nubes espesas; relampagueos sangrientos y fulgores siniestros y fríos como la pálida luz lunar atravesaban la profunda oscuridad...

Pero, entretanto, se preparan grandes cosas; me parece percibir un resplandor brillante en el horizonte. Se levanta e ilumina esta marea viva. Una forma resplandeciente se dibuja, luchando contra las sombras y las nubes opacas; reconozco el *Signo* de esta presencia; es El del Poseedor de los siete sellos lamaicos, que están en el tesoro secreto de Lhasa, El del Buddha Viviente que reina sobre el mundo. Los rayos salen de la boca del Bienaventurado e iluminan los tres mundos: los infiernos, la tierra y la morada de los dioses...

¿Visión oscura? ¿Simbolismo futuro? No lo sé. El poder del *Dordjé* me permite *ver* y traduzco mi última visión; pues no sé si pronto podré hacerlo...

Transcribí en estas páginas, que serán remitidas a un hombre de Occidente, la formidable experiencia de mis últimos años, en el país del misterio y de las leyendas. Mañana esto será lo Desconocido, sin retorno posible. ¡Qué importa el sacrificio de mi cuerpo, que quizá se me exigirá! Esto bien lo valía...

Las horas se desgranán lentamente... Lentamente, el sol del Asia desaparece detrás de los picos inaccesibles de los macizos nevados; en un último abrazo, la Montaña resplandece y la nieve eterna se vuelve oro y púrpura... Siempre, en torno de mí, esta impresión de desapego definitivo, de soledad absoluta, de muerte lenta. El silencio, el gran silencio eterno de las estrellas apacigua el horror de la sombra nocturna que sube de la tierra...

Me parece oír a lo lejos los sonos de las trompetas sagradas, en las puertas de los templos de Lhasa, sombría melodía que canta sobre las cosas que se duermen...

...Y los *Damarus* de plata, tensos con piel humana, comienzan, en el interior de los Santuarios, los ritmos rituales que pronto repetirán, gravemente los coros de los *Lamas* para conjurar los terrores de la noche...

EPILOGO

EDITORIAL KIER, de Buenos Aires, publica una nueva edición de mi libro sobre los Monasterios Tibetanos; este texto, ya antiguo, exige un epílogo para responder a las diversas críticas que suscitó en el transcurso de sus múltiples reediciones.

En efecto, se trata de una obra de juventud; no me gustan las autoconfesiones, pero es necesario volver a situar el ambiente en el que este texto fue escrito alrededor de 1925.

Yo salía de una juventud agitada por los problemas espirituales y los conflictos religiosos que habitualmente se plantean a esa edad. Oriente y, particularmente la India y el budismo, me habían atraído desde mi infancia; recuerdo las horas que pasé, al final de la primera guerra mundial, en el Museo Guimet. A la sazón, el señor Dupont reinaba amablemente sobre la biblioteca y, muy a menudo, siendo yo el único visitante, vagaba por las salas desiertas, entre los budas y los *kuan-yins* que surgían en la penumbra como apariciones sobrenaturales, en esa atmósfera impregnada del perfume muy particular del incienso, de viejas lacas, de pimienta y sándalo, y que jamás olvidé. Yo amaba ese ambiente que me comunicaba una paz interior casi tangible y me atraía profundamente.

Desde entonces, reservaba una gran parte de mis actividades para proseguir el estudio de estas culturas; en la Escuela de Altos Estudios, yo seguía los cursos de tibetano de mi buen maestro Jacques Bacot; para ese entonces, yo

era el único alumno en la vieja casa de la Sorbona. A menudo, para no interrumpirse, Bacot me pedía que acudiera a trabajar en su casa. Yo había hecho traer de la China una edición del *Lam rim*, el texto clásico de Tsong Kha-pa, el fundador de los *Gelug-pa*, y esta obra servía de base de trabajo para mis estudios tibetanos. Bacot me mostraba los textos raros y a veces ilustrados que trajera de sus viajes por los mercados tibetanos de los confines de la China, hojas oblongas, de papel rugoso, todas todavía impregnadas con el fuerte olor de los monasterios en los que las había recogido.

Además, yo proseguía sistemáticamente mis trabajos sobre el pensamiento metafísico, el arte y la historia del Asia, y me acercaba entonces a los grandes indólogos y sinólogos de la época, los “gigantes del Himalaya” como se los llamaba entre los estudiantes. Igualmente, yo seguía los cursos de Marcel Mauss y puedo evocar aquí el recuerdo de mi camarada de curso y fraternal amigo, Marcel Griaule, quien estudiaba entonces la lengua y la cultura etíopes, y preparaba su brillante y original carrera de africanista. Así, poco a poco, yo convertía el romanticismo emotivo de mi juventud en un conocimiento ordenado del pensamiento asiático.

Fue entonces cuando me sobrevino un fenómeno curioso: si mi vida durante la jornada era razonable, mis noches estaban llenas de sueños extraños. Los personajes, la gente, las cosas que describían los textos que yo estudiaba, cobraban vida; salían de las páginas impresas, de los libros ilustrados, de las descripciones de los viajeros, de los textos de los rituales y me hacían participar de su existencia. Yo vivía una vida tibetana fantástica, esencialmente religiosa y mística. Ponía en práctica, en mi sueño, las técnicas de meditaciones lamaicas que leía en la jornada; crea-

ba mentalmente mundos ilusorios, divinidades terribles o pacíficas. Siguiendo las sugerencias de un guía que yo sentía presente, los hacía surgir y desaparecer según el *sgrub-thabs* de los rituales. Mi sueños me introducían en un mundo super-real, pero ordenado, vivo y colorido. Por la mañana, yo salía a menudo aturdido de estas noches extrañas, preguntándome a veces dónde estaba la realidad. Las doctrinas *búddhicas* y vedánticas me incitaban además a no hacer distinciones demasiado netas entre estos dos estados que yo aceptaba con calma como una experiencia de enriquecimiento interior.

Un día, surgió en mi espíritu la idea de describir algunos de estos sueños, dándoles cierta forma aceptable; fue un impulso fortísimo aunque adivinaba las consecuencias enfadosas para mi futura carrera. El texto lo escribí rápidamente; era mi primer libro y yo tenía veinticinco años... Maurice Magre, el fino poeta de la *Chanson des Hommes*, comprendió de inmediato de dónde procedía esta inspiración y su prefacio lo refleja.

Una singular repercusión acompañó a este libro que tiene ahora cincuenta años; de inmediato me hizo sospechoso a los ojos de los "gigantes del Himalaya" de la Sorbona; esta fantasía oriental no podía hallar gracia en sus ojos. Los críticos me acusaron de presentar un aspecto imaginario, novelado e irreal del Tibet y de los rituales de los *gompas* lamaicos; jamás fue mi intención la de querer escribir una obra erudita ni revelar un aspecto todavía desconocido o esotérico de la vida religiosa tibetana. Según mi juicio, el prefacio de Maurice Magre ponía bien las cosas en su punto. Es un libro de ensoñación, de visiones interiores y jamás hubo otras pretensiones en mi espíritu. Sería deformar mis intenciones el hecho de buscar en él otra cosa.

En cuanto a la "realidad" de las experiencias descritas en estas páginas, ¿a cuál corresponde? En términos racionales occidentales, se tratará simplemente de puras alucinaciones de un joven cerebro de estudiante, fatigado por una demasiado fuerte tensión intelectual. En términos orientales, un budista *yogacarin* verá en él otra cosa; para él, los objetos exteriores, este universo material o mental, no son sino puras representaciones intelectuales, espejismos. Para un budista, y también para un vedantista, toda forma, física o mental, es una simple alucinación, un mundo de ensueño desprovisto de toda base, y, además funda su condición en el resultado de sus meditaciones y sus éxtasis.

¿A qué clase de realidad se puede atribuir las imágenes oníricas vivas y a menudo lógicamente ordenadas que surgen durante el sueño? ¿A qué corresponden entonces las visiones nocturnas? ¿Son ellas puramente subjetivas, simple fenómeno de la memoria, o corresponde ponerlas en relación con el mundo mental, desconocido del nuestro cuando estamos en estado de vigilia, pero que se manifiesta en el estado onírico y en los fenómenos parapsicológicos? Asanga, el fundador de la escuela *yogacara*, afirmó la existencia de una consciencia transpersonal, de una mente cósmica, depósito de todos los pensamientos, que se podría traducir con el término de subconsciente colectivo. ¿El mundo complejo de los sueños se originará en él? Un *lama* tibetano, acostumbrado al texto del *Prajñâpâramitâ*, respondería afirmativamente y agregaría que la Realidad en sí está más allá de la experiencia humana, y que el universo es pura representación mental. Ruego al lector que, a esta obra, la lea en esta perspectiva *búddhica*.

Jean M. Rivière

INDICE

	Pág.
Prefacio de Maurice Magre	9
INTRODUCCION	13
Hacia el Tibet misterioso	17
En la casa de la oración	21
Ante los dioses	30
La gruta del Buda que habla	36
La encarnación del Dios vivo	43
Hacia Lhasa	47
El oráculo sagrado de Lhasa	51
En Lhasa, la ciudad desconocida	57
El Maestro del trueno	61
Los misterios de la muerte	67
En el santuario del Dios vivo	73
La decisión del <i>Potala</i>	80
En la ciudad de los dioses	83
Evocación del dragón	87
El enviado del Maestro de la tierra	93
Leyendas y misterios del Tibet	99
La última etapa	104
El templo secreto del Himalaya	111
Las palabras del sabio del Himalaya	115
La soledad negra	119
La paz eterna	123
El misterioso reino de la vida	126
La luz que sube	131
Epílogo del autor	135

RITUAL DE MAGIA TANTRICA HINDU

por **Jean Rivière**

80 dibujos de **Marcel Nicaud**

2 ilustraciones

Un compendio esotérico de la milenaria doctrina de Shakti, el elemento femenino, la eterna pasividad que, como potencia divina, da al cosmos su razón de existir, su vitalidad pura.

Frente al dogmatismo complejo, distante y, con frecuencia, escolástico de los rituales brahmánicos y búdicos, el tantrismo incorpora modalidades de liturgias personales, de adoración mística, de magia individual, de medios de liberación fácilmente adaptables al ser.

Esta es una doctrina que, sin rechazar nada, sin alejar ni condenar, aproxima de algún modo los dioses y diosas a los hombres para que puedan realizarse en la trascendencia.

El tantrismo corresponde a la singular necesidad del alma hindú de refugiarse en la selva, en la jungla, en las cavernas, para meditar en soledad. No en vano, el anacoreta sigue existiendo en Asia y es una de las expresiones más vivientes y respetadas de la mística tradicional.

EL YOGA TANTRICO

Teoría y Técnicas de Meditación

10 dibujos y varios cuadros

por **Jean Riviére**

Una nueva edición, revisada y ampliada, con perfiles del Oriente secular y la exposición de una Doctrina cuyo conocimiento es imprescindible para interpretar a una civilización...

Temario: La doctrina del Yoga y del Tantrismo en Asia; La anatomía sutil del cuerpo humano según el Yoga —Los Nadis y los Chakras; Método y técnicas del Yoga tántrico; Las técnicas occidentales y orientales y su conformidad con las prácticas del Yoga ...

El problema sexual en el Yoga y el Tantrismo; La muerte, sus estados y la reencarnación; Ordenes monásticos hindúes de ascetas y yogins tántricos; La práctica del Yoga en Occidente...

EL YOGA TANTRICO es un trabajo maduro, completo y profundamente significativo, dotado de elementos de juicio comprobados, ajenos a toda especulación meramente libresca. **Jean Riviére** entrega aquí lo mejor de su saber en un soberbio compendio de esclarecimiento neto.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
INDUSTRIA GRAFICA DEL LIBRO SRL, Warnes 2383, Capital, en el mes de mayo de 1986



El Tibet, en el centro del Asia, es un país ermitaño al que pocos viajeros visitaron y del que se dijeron cosas tan maravillosas que, por lo general, uno se resiste a creerlas. Por la puerta de Djarjeling o a través de los montes Kuen-Lun, quienes cruzaron la tierra prohibida, cuando no fueron asesinados por las bandas errantes que la guardan, no efectuaron el relato de su viaje sino velándolo con un tinte de misterio... Todos conocen la descripción del padre Huc sobre el árbol de la lamasería de Kombum, que crece con caracteres perpetuamente renovados sobre su corteza. Se oyó hablar de Nicolás Notovitch que reencontrara, en el Ladak, la celda del ermitaño Issa, que habría sido Jesús. Dícese que, en el Tibet, viven los sabios con poder para prolongar la vida humana, guardianes del conocimiento antiguo que se perdió, y que, en sus archivos, poseen la historia de la Atlántida y la Lemuria, y también la historia de la humanidad futura... En Tibet, está la misteriosa ciudad de Shambala, la ciudad de los sabios... En fin, luego del atractivo prólogo de Maurice Magre, es posible entrar en la Casa de Oración, conocer sus dioses, morar en la gruta del Buda que habla, conocer el Oráculo de Lhasa, adentrarse en los misterios de la muerte, contemplar al terrible Dragón, recorrer el templo secreto del Himalaya, y observar un sinnúmero de cosas prodigiosas...

Jean M. Rivière, con mano maestra, nos entrega una obra singular, elevada y trascendente. Sus lineamientos puramente esotéricos le imprimen un sello de legítima sublimidad.